pedal

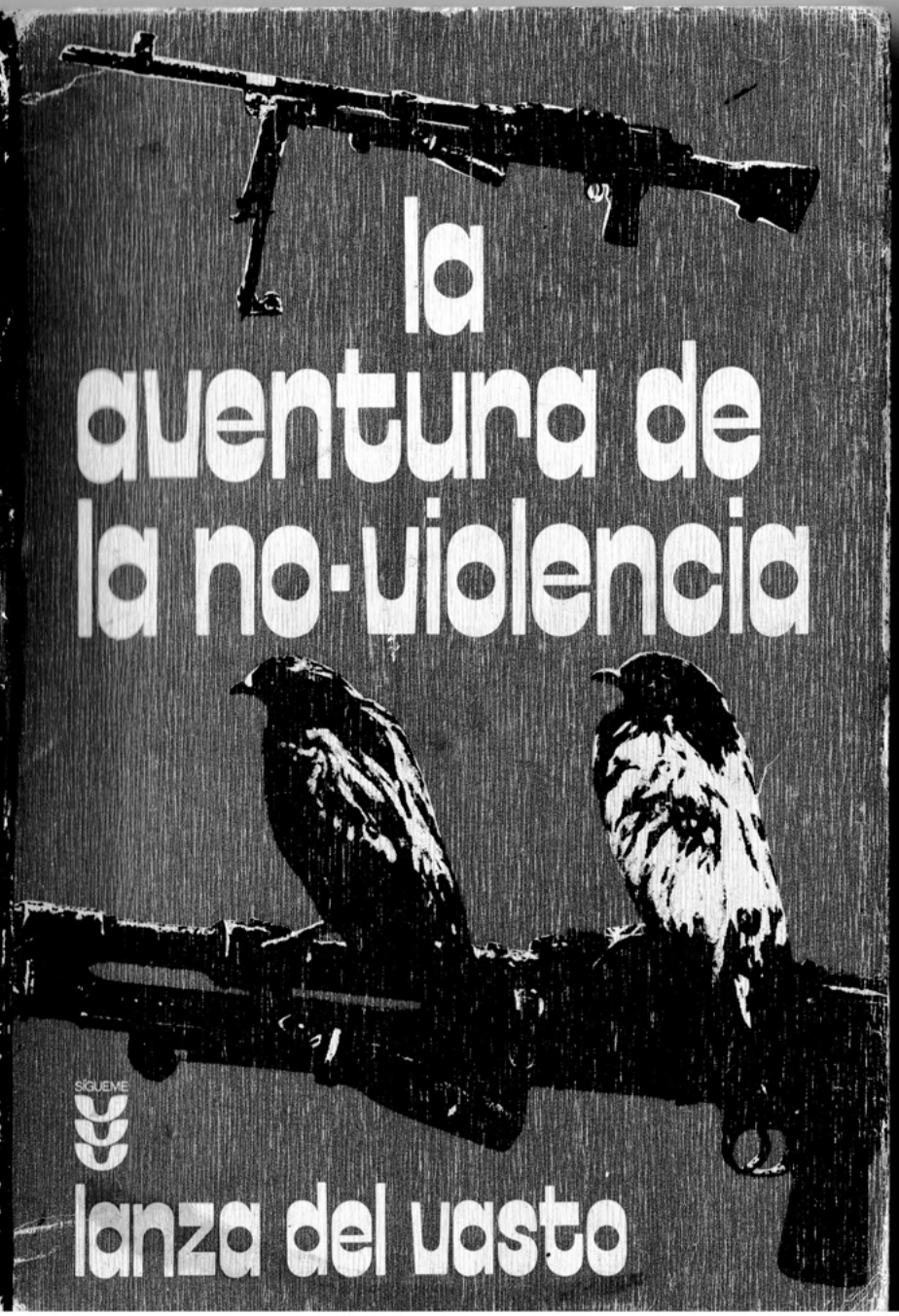
La no-violencia no puede entenderse como pasividad,
sino como una acción militante
que con frecuencia exige hasta el heroísmo.
Constituye, junto con la bomba atómica,
un descubrimiento capital del siglo XX,
es en cierto modo una respuesta a aquélla
y obliga a la humanidad a elegir entre la muerte y la vida.

La tesis que mantiene Lanza del Vasto,
los principios que define
y las informaciones que ofrece sobre las acciones no violentas
llevadas a cabo con sus compañeros,
hacen de este libro un desafío esencial
a todas las fuerzas represivas.

la aventura de la no-violencia

84

la aventura de la no-violencia lanza del vasto



la aventura de la no-violencia

SÍGUEME

lanza del vasto

PEDAL 84

LANZA DEL VASTO

LA AVENTURA DE LA NO-VIOLENCIA

Navit 1981

EDICIONES SIGUEME - SALAMANCA - 1978

Tradujo Gonzalo Arias sobre el original francés
Technique de la non-violence

Cubierta: Félix López

© Éditions Denoël, Paris, 1973
© Ediciones Sígueme, 1977
Apartado 332 - Salamanca (España)
ISBN 84 - 301 - 0746 - 0
Depósito legal: S. 281 - 1978
Printed in Spain
Imprime: Gráficas Europa
Sánchez Llevot, 1. Salamanca

CONTENIDO

Prólogo: El problema de la vida y el espíritu de la no-violencia 9

I. DEFINICIONES DE LA NO-VIOLENCIA ... 13

1. De la no-violencia activa 15
2. No-violencia y defensa legítima ... 44
3. Solución comunitaria 55
4. La causa profunda de una guerra ... 61

II. TACTICA DE LA ACCION NO-VIOLENTA. LAS CAMPAÑAS 69

5. Contra la tortura 71
6. Contra la bomba 88
7. Contra los campos de concentración 116
8. Por la objeción de conciencia y el servicio civil ... 147
9. El gran ayuno de Roma 170
10. El ayuno de las mujeres 180
11. Breve crónica de la no-violencia en occidente 199

Apéndices 227

EL PROBLEMA DE LA VIDA Y EL ESPIRITU DE NO-VIOLENCIA

El mérito de este libro es ser un camino. Hace ya treinta y tres años que Lanza del Vasto descubrió la fuerza de la verdad junto a Gandhi y se hizo Peregrino de la sabiduría, portador de un buen mensaje que, sin él, acaso no habría resonado tan pronto en occidente. Y ahora que todos los periódicos han hablado de ese mensaje, que todos los espíritus lo han escuchado, tal vez ha llegado a ser demasiado familiar para ser verdaderamente comprendido. Este libro está dotado de muchas cualidades, la mejor de las cuales es seguramente la de saber contar con humor y campechanía lo que es la aventura no-violenta cuando los policías le arrastran a uno tirándole por los pies o le dejan a uno abandonado en una carretera de montaña en plena noche. Ocurra lo que ocurra, el no-violento nunca debe perder su buen humor ni la esperanza de que el hombre que se sitúa frente a él, armado de insultos y de porras, llegue a calmarse e incluso a pedir información. Puede leerse este libro como se leen historias vividas, con la intriga y los cambios bruscos de situación suficientemente apasionantes para tomarle gusto al juego. Los jóvenes y los menos jóvenes a quienes suceden aventuras de esta clase dan pruebas de un valor, de una sangre fría y de un

sentido de la responsabilidad que aun sus adversarios se ven forzados a respetarles.

El éxito de estas acciones, que Lanza del Vasto presenta «como signos más bien que como obras», viene de la sólida preparación interior y doctrinal. La Acción cívica no-violenta salió en efecto del Arca, es decir, de la comunidad que Lanza creó para que los que se lanzan al combate perdiendo su puesto y su sustento puedan poner a su familia en lugar seguro, y para que ellos mismos encuentren allí refugio y apoyo moral. En el Arca se está en lucha con el siglo y fuera del siglo. Los compañeros del Arca no se lanzaron a la acción pública sino después de siete años de vida comunitaria. Esta es seguramente la razón de que, con treinta hombres bien disciplinados, Lanza del Vasto haya sabido impulsar campañas de alcance nacional y obtener resultados concretos.

El porvenir de la no-violencia está ya vinculado a las condiciones de nuestra supervivencia. Los argumentos de los pesimistas son, en su insoslayable lógica, inapelables; Karl Jaspers ha escrito una voluminosa obra sobre la bomba atómica y la posibilidad de su empleo. A la vuelta de mil páginas de argumentaciones concluye que, puesto que el hombre ha fabricado la bomba, está en el orden de las cosas que llegue la hora en que se sirva de ella; las civilizaciones son mortales y la nuestra está ya condenada. No pudiéndose traducir la vida en conciencia, se la traduce en beneficio económico y en poder, y poder y beneficio engendran ellos mismos las causas de su destrucción.

Antaño el pasado respondía del futuro. Hoy el futuro deja de tener una historia y de referirse a ella. La rebeldía de los jóvenes contra los responsables de la máquina que contamina la naturaleza y aplasta a los hombres es la aparición de una conciencia parcelaria ante la irresponsabilidad colectiva. Entre esos dos grupos que se miran sin verse, y se arman con intenciones igualmente buenas, ¿cuál es el lugar de la no-violencia?

Aquí es donde hay que dar un paso más. No es posible suprimir las causas de conflicto, pero hay que transformar

la violencia en conciencia, ir del respeto del otro al conocimiento de uno mismo y viceversa. Lanza del Vasto, «capitán» de su Arca, se nos aparece hoy, y a medida que el siglo avanza, como poseedor del secreto de una de las técnicas más eficaces para resistir a las lepras de los tiempos modernos.

Todo esto es sabido, pero ¿de qué serviría ser solamente profeta de la desgracia si no existiera escapatoria alguna? La no-violencia es ciertamente una clave y una palanca que ha mostrado su eficacia cada vez que ha sido empleada. Se trata de una actitud personal y colectiva que requiere, ciertamente, una preparación interior. Por ello he creído oportuno recoger estos textos, inéditos en su mayor parte en la medida en que no se han publicado hasta ahora sino en las Nouvelles de l'Ardhe, *boletín reservado a grupos de amigos, iniciados en la doctrina mediante una disciplina adecuada. La práctica de la no-violencia es tanto un estado de espíritu como una estrategia, y es también, además de una filosofía, una manera de tener hambre y sed de vivir.*

MICHEL RANDOM
Junio de 1971

Definición de algunos nombres y términos

El Arca. Orden fundada por Lanza del Vasto.

Compañeros del Arca. Miembros de esta Orden, ligados por votos.

Amigos del Arca. Adeptos que no formulan votos, que viven en ciudades y se agrupan para recibir la enseñanza espiritual del Arca.

Satyagraha. Fuerza de la verdad, nombre que Gandhi dio a la acción directa no-violenta.

Shantidas. «El servidor de paz», nombre dado por Gandhi a Lanza del Vasto.

El Peregrino. El mismo Lanza del Vasto.

Chanterelle. Esposa de Lanza del Vasto.

I. DEFINICIONES DE LA NO-VIOLENCIA

1. DE LA NO-VIOLENCIA ACTIVA

Sencillez sutil

La no-violencia es cosa sencilla, pero sutil.

Si es tan difícil aplicarla, incluso captarla, es porque es enteramente extraña a los hábitos corrientes.

Pero la dificultad se hace insuperable cuando se cree haberla captado muy bien, cuando parece evidente que consiste en negarse a toda lucha y en mantenerse prudentemente al abrigo de los golpes.

Vamos a tratar, en tres definiciones, de precisar sus rasgos esenciales:

1. No-violencia: solución de los conflictos.
2. No-violencia: fuerza de la justicia.
3. No-violencia: palanca de la conversión.

1. *La solución de los conflictos*

Lo primero que llama la atención en esta primera definición es que no se puede hablar de no-violencia mientras no hay conflicto, que no se puede llamar no-violento a aquel que se pone en lugar seguro mientras que el mundo está en

llamas. El que vive tranquilo es quizá no-violento, pero no puede saberse. Se sabrá el día en que estalle un conflicto y se le vea resolver el conflicto sin recurrir a la coerción ni a la astucia.

Pues la no-violencia es decir ¡no! a la violencia; a la violencia, y sobre todo a sus formas más virulentas que son la injusticia, el abuso y la mentira.

Ahora bien, ante el conflicto, ¿cuáles son las actitudes posibles? A primera vista distinguimos cuatro.

La primera es volver la cabeza y eludir el asunto, sobre todo si no se nos ataca directamente, ya que, como es sabido, «siempre tenemos valentía suficiente para soportar los males del prójimo» [1]. Bien mirado, esa historia no nos concierne. Permanecemos neutrales, o mejor dicho no permanecemos, nos escabullimos discretamente.

La segunda actitud es entrar animosamente en la pelea, devolver golpe por golpe, y dos por uno si podemos.

La tercera es dar media vuelta y poner pies en polvorosa.

La cuarta es levantar las manos, caer de rodillas, implorar piedad, evocar la clemencia de Augusto, en una palabra capitular.

¿Veis una quinta actitud posible?

El quinto y último recurso

La quinta actitud es la no-violencia. La quinta actitud excluye por igual las otras cuatro.

Repito: excluye por igual las otras cuatro.

Exoluye la neutralidad,
excluye la pelea,
excluye la huida,
excluye la capitulación.

¡Bien está! ¿Habéis comprendido?

Hemos comprendido, sí, pero nos quedamos bastante confusos.

[1] Chamfort.

Pues si no debo pelear ni abstenerme de pelear, ni huir, ni rendirme, ¿qué tengo entonces que hacer?

Comprendo vuestra confusión. Para salir de ella lo que tenéis que hacer es consultar el manual.

El manual es fácil de encontrar. Hojeadlo y buscad la página. El manual se llama el evangelio. ¿Lo conocéis?

Sí. ¿Y qué dice el evangelio a propósito de la legítima defensa, del castigo de los ladrones y los facinerosos, del honor de la patria, de la defensa de la civilización cristiana y de las demás buenas y bellas razones y necesidades de la guerra justa y de la pena de muerte?

«Si te golpean en la mejilla derecha, presentarás la izquierda».

«Si te arrebatan tu capa, darás también tu túnica».

«Si te obligan a andar cien pasos, andarás doscientos».

¡Bien! Ahora sí que habéis comprendido porque la cosa está perfectamente clara. Y conocéis de memoria estas palabras del evangelio puesto que sois cristianos, o por lo menos hay cristianos entre vosotros y habéis vivido siempre en medio de cristianos.

Concluyo que es eso lo que hacéis.

Que nunca obráis de otra manera.

Que nunca habéis visto a un cristiano obrar de otra manera.

Pues el que obra de otra manera no es cristiano.

No soy yo quien lo dice, es Cristo:

«Si amáis a los que os aman, si saludáis a los que os saludan, si prestáis dinero a los que os lo devuelven (con algunos intereses), ¿qué hacéis que no hagan los paganos?».

No hay duda: obráis de esa manera.

Y observo en seguida que al obrar así,

No permanecéis neutrales.

No golpeáis y no amenazáis.

No huis y no retrocedéis.

Resistís, hacéis frente a vuestro enemigo y no le vais a dejar mientras no se haya resuelto el conflicto.

Así pues, habéis encontrado la quinta actitud posible,

cosa tan nueva, tan original, tan audaz, que la gente se queda pasmada.

Queda por explicarles por qué hacéis eso. Les cuesta comprender. Podrían creer —¡pobre gente!— que sois unos viciosos y que os gusta recibir dos bofetadas en lugar de una.

Por qué debo reclamar la segunda bofetada

¡Paf en la mejilla!

— ¡Eh, señor! No se vaya, se ha olvidado usted algo.

— ¿Qué?

— Que tengo dos mejillas.

Tratad de explicar a la gente por qué hacéis eso.

Decidles ante todo que rara vez habéis encontrado un malo suficientemente valiente y perseverante en la maldad para aprovecharse indefinidamente de la apertura y de la impunidad. Que incluso habéis llegado a ver a hombres furiosos detenerse como heridos por un rayo. Explicadles por qué.

Hago esto porque sé que mi enemigo es un hombre.

Un hombre. ¿Oís? ¡Un hombre!

¡Bah! No vale la pena de gritar tanto; todo el mundo sabe eso.

¡Claro! Lo sabéis porque es evidente, pero sobre todo porque estáis tranquilamente sentados en vuestras sillas.

Pero en el calor del conflicto, cuando vuestra sangre empiece a hervir, ¿no se va a desvanecer la evidencia de repente? ¿Y no va vuestro propio enemigo a proporcionaros la prueba indiscutible de que es un animal dañino, un monstruo, un demonio?

Vuestro enemigo quizá está rabioso, es sañudo y tiene una fuerza irresistible; pero mucho más difícil de vencer, más rabiosa, más sañuda es la tentación que os acometerá de mirarle como una bestia, un monstruo, un demonio.

No es ahora, sino entonces cuando hay que sostener la difícil verdad de que es un hombre, un hombre como yo.

Si es hombre, el espíritu de justicia está en él como en mí.

Pues el espíritu de justicia está en todo hombre.

Pues la justicia es sencilla como dos y dos son cuatro.

Y dos y dos son cuatro para el blanco, para el negro y para el amarillo, para el papú como para el francés, para los buenos como para los malos, para mí y para mi enemigo.

Os hago notar inmediatamente la *fuerza coercitiva* que encierra la simple proposición de que dos y dos son cuatro. Pues si ponemos dos y dos, no depende de mi buena o mala voluntad, de mi saber o de mi ignorancia, de mi fuerza y de mi habilidad que resulte otra cosa que cuatro.

Pues bien, mi causa debe ser justa como dos y dos son cuatro, sin lo cual la no-violencia no podrá hacer nada por ella.

Y llegamos con esto a la segunda definición.

2. *La no-violencia, fuerza de la justicia*

Porque si sois defensores de la justicia —y quiero creer que lo sois, y tengo al menos la seguridad de que queréis serlo— conviene que os preguntéis si no hay una fuerza de la justicia. No os engañéis: digo una fuerza de la justicia y no una fuerza aplicada a la defensa de la justicia y justificada por esa razón.

Tampoco hablo de la fuerza que les da a los combatientes la convicción de estar del lado de los justos.

Hablo de una fuerza inherente a la justicia misma, de esa «fuerza coercitiva» que he demostrado ya con el A más B, quiero decir con el 2 más 2.

De dónde viene esa fuerza; sus efectos infalibles

Veamos: para que dos y dos sean cuatro es necesario que uno sea igual a uno.

Axioma común de la justicia y de las matemáticas.

Ahora bien, se discute de todo, y también y sobre todo de gustos y de colores, pero no de la verdad de los números.

La fuerza de la justicia es que todo hombre se ve forzado a rendirse a la evidencia de que uno es igual a uno.

La justicia es la exactitud matemática en los actos, y es también la irresistible concatenación de la lógica, y las implacables conclusiones prácticas de la verdad.

Pero si esto es así, ¿cómo explicar que haya injusticias, y quién es el malvado?

En realidad nadie lo es. Por lo menos, no hay uno solo que lo sea a sus propios ojos.

Todos, según dicen, trabajan y luchan por la justicia y buscan el bien, sin el cual su actuar no tendría sentido ni motivo.

Y como sin bien ni justicia no se puede hacer nada, a falta del bien buscan un bien, y a falta de la justicia encuentran la justificación.

El mal no es un mal, sino que es un bien parcial que se toma por el bien total, un bien inmediato que se toma por el bien eterno.

Lo contrario de la justicia no es la injusticia, sino la *parcialidad*.

Todo mal y toda injusticia comienzan por el error: «Cuando el pensamiento es falso viene en su seguimiento la aflicción, como la rueda del carro va en seguimiento del paso del buey», dice el sabio que gustamos de citar.

«Uno es igual a uno», todo el mundo lo sabe, y yo también lo sé, hasta el momento en que ese uno soy yo, pues en cuanto entra en juego esa enorme unidad, todos los cálculos se trastornan.

¿Quién es pues el malvado? ¿Quién es ése que me arrebata lo mío, que pisotea mis derechos, que quiere mi muerte o la de mis seres queridos? ¿Quién es ese individuo, ese mequetrefe, ese descarado, ese asqueroso, ese frío calculador, ese traidor, ese hipócrita, ese mal bicho, ese canalla, ese sinvergüenza, en una palabra, mi enemigo?

¿Quién es?

Es un hombre que se equivoca.

Esta constatación es de gran importancia, y sobre ella se asienta la no-violencia.

La primera consecuencia que hay que deducir de esta constatación es que no tengo necesidad de odiarle.

Sería en efecto vano, ridículo, inoportuno y completamente injusto odiar a un hombre porque se equivoca.

La segunda consecuencia es que tengo el deber elemental y urgente de sacarle de su error.

¿Qué puede haber más natural, por lo demás? ¿No es eso lo que todos hacemos, espontáneamente, cuando oímos a alguien afirmar algo falso, incluso cuando no se dirige a nosotros, incluso cuando la cosa no nos concierne? ¿Incluso cuando es una simple inexactitud sin importancia para nadie? Y tenemos razón, pues la verdad importa siempre, importa en sí misma, importa para todos, por ella vivimos y somos.

¡Cuánto más importa aquí corregir el malentendido, causa del conflicto y de todo el mal!

La tercera consecuencia es que tengo ante mí mi tarea y mi batalla como un plan trazado: tengo que hacer caer una a una las justificaciones de mi enemigo, las justificaciones que le defienden, que le aprisionan y le ciegan, hasta ponerle solo y desnudo ante su propio juicio.

La verdad le vencerá.

Habré encontrado la solución del conflicto.

La fuerza de persuasión

Se dice pronto y es ingenioso, pero no hay que creer que eso se hace con un golpe de varita mágica.

Hemos dicho que la no-violencia es cosa sencilla, no decimos que sea fácil.

Ya está bien saber y hacer admitir que es posible.

Aun cuando cueste fatigas, penas y sobre todo reflexiones, cuesta menos que la violencia. Y no tiene como consecuencias la derrota, la humillación y el desquite. Es la sabiduría, y la sabiduría es una inmensa economía de sufrimientos y de crímenes.

A veces previene el conflicto e impide que éste estalle, apaciguando con buenas palabras, dignas y justas, al que está enfadado creyéndose herido, ofendido o amenazado. Es lo que se llama la fuerza de la persuasión.

Fuerza de convicción

Mas a veces la palabra es acción, y más fuerte y real que cualquier otra acción.

Tomaré un ejemplo de la vida de David.

El rey David, como sabéis, había tomado la mujer de uno de sus soldados, y después había enviado al valiente a la muerte en combate.

Todo iba perfectamente, pues, cuando el profeta subió a la cámara real para someterle un caso lamentable:

— Conozco a un pobre hombre que no tenía sino una oveja a la que quería entrañablemente. Un rico vecino codiciaba su oveja blanca, y tanto se afanó que no sólo le quitó su oveja, sino que le tendió una emboscada y le quitó la vida...

— ¡Oh! —exclamó David indignado— ¿Quién es ese malvado? ¡Que me lo traigan, que le juzguen, que sea condenado a muerte!

Y el profeta, mirándole a la cara y señalándole con el dedo, le dijo:

— ¡Ese malvado, eres tú!

Y fue cosa hecha: David inmediatamente tomó el saco y la ceniza.

Pero no siempre se tropieza uno con un malvado de la especie de David. En general es preciso algo más para darle la vuelta a un hombre.

Nos equivocaríamos, sin embargo, si pensáramos de cualquiera: éste es tan vil y brutal que nunca comprenderá más que el lenguaje de la fuerza.

Era en Alemania durante la guerra, y la vida de los prisioneros era dura. Sufrían frío, hambre, los trabajos forzados, y un sufrimiento más era el regreso a las barracas al final de la jornada.

Pues allí les esperaba el guardián uniformado, que les hacía víctimas de sus fantasías con las que sólo él se divertía. Tiraba a uno de la nariz, daba a otro una patada en el vientre, y cada uno se preguntaba si no le tocaría a él ese día.

Hasta el día en que uno de ellos, adelantándose, dijo:

— Ya que cada día tiene usted que golpear a alguien, le pido que hoy me escoja a mí.

— ¡Ajá, francesito! Ya que eres tan ingenioso, dime cuántas veces te va a caer mi fusta en...

— No me toca a mí decir lo que he merecido: eso se lo dejo a su conciencia.

— ¡Mi conciencia, mi conciencia! ¡Yo no tengo conciencia!

— Sí, dijo después de una pausa el prisionero. Sí, tiene usted una conciencia, y la prueba es que no me ha pegado todavía. Se alejó tranquilamente algunos pasos y, sin mirarle, añadió: Incluso creo que no me pegará usted esta tarde...

Finalmente se marchó.

El otro, pálido, se quedó con la mirada fija, los ojos llenos de lágrimas, los labios temblorosos.

Nadie había hablado jamás de su conciencia a este desdichado, y tal vez fuera ésa la razón de su embrutecimiento.

Desde ese día ningún prisionero recibió sus golpes. Y esta historia es tan poco verosímil que yo no la contaría si no fuera verdad [2].

Fuerza del sufrimiento aceptado

Volvamos ahora al evangelio del hombre abofeteado, pues estamos en mejores condiciones de comprender de lo que se

[2] La conozco por mi amigo Jean Goss, quien la cuenta como si él hubiera sido testigo, pero yo creo que fue su protagonista, pues es muy capaz de ello.

trata. ¿Qué quiere decir «presenta la otra mejilla»? Quiere decir: «invita a tu enemigo a hacerte el doble del mal que pensaba hacerte». ¿Por qué?

Porque el hombre que te ha golpeado injustamente sabe de modo confuso que era injusto, o al menos lo sabe en el fondo de sí mismo alguien a quien él se guarda mucho de dejar hablar. El espíritu de justicia escondido en el fondo de su ser espera que se le devuelva la bofetada: lo necesita, pues la bofetada devuelta justificaría la que él te ha dado y permitiría continuar la lucha.

Pero en lugar de recibir la bofetada esperada, va a encontrarse por el contrario en la necesidad de duplicar, triplicar, cuadruplicar su falta.

Regla táctica de la acción no-violenta: procura forzar a tu adversario a que multiplique los daños que te hace.

Y tú, aguanta con paciencia, con constancia, con esperanza.

Espera sin doblegarte hasta que haya acumulado bastantes faltas e injusticias para que algo se tambalee en su alma oscura.

3. *No-violencia: palanca de la conversión*

Henos aquí en el centro del tema: la conversión del adversario es el verdadero fin de la no-violencia. El fin y no el medio para llegar al fin que uno se haya propuesto, por bueno, útil y justo que este último parezca.

La conversión del enemigo en amigo, del malvado en justo, del tirano en ordenador equitativo y generoso, es el verdadero fin, mientras que el objetivo que nos proponíamos alcanzar (reparación de las ofensas y de los daños, libertad, protección, paz) no será el resultado y una de las consecuencias de la concordia obtenida.

Pero si no se busca el acuerdo, y si sólo como procedimiento para alcanzar los fines se gana la benevolencia del adversario, entonces se trata de habilidad —que merece felicitaciones— y no de no-violencia.

Obtener lo que queríamos del adversario, no porque se rinda a nuestras razones sino porque teme el escándalo, por ejemplo, o porque se le molesta demasiado, no es no-violencia, sino que es lo que se llama «chantaje».

Pero el chantaje más innoble de todos es la especulación con la piedad, el escrúpulo religioso, el sentido del deber u otros buenos sentimientos; y la amante celosa que esgrime una pistola contra su galán es una ingenua al lado de la que le amenaza con dejarse morir.

¿En qué se reconoce el no-violento?

¿En que es amable y suave? ¿En que dice siempre sí, sí?

¡Claro que no!

¿En su paciencia, en su calma imperturbable?

No, pues para ser no-violento no basta no ser violento.

Es no-violento el que apunta a la conciencia.

Y si para conmover la conciencia de los furiosos sólo la calma es conveniente, les asombrará con su humilde serenidad bajo los insultos, y si para sacudir a los inertes son preferibles los gritos, las injurias y los golpes, encontrarás el coraje de la cólera [3].

Es capaz de burla y de provocación si ve que el adversario puede tomar el respeto que le muestra por aduiación y cortesía.

Es capaz de agresión. La no-violencia más legítima y más pura es la que no es defensiva. El no-violento premedita su ataque y se pone en camino, toma el barco o el tren para trasladarse al lugar en donde se perpetra la atrocidad o el abuso y para dar su testimonio, elevar su protesta, crear el incidente o el escándalo.

Al enemigo se le sirve, se le honra y se le salva combatiéndole.

[3] Véase «Jesús y los mercaderes del templo», en el *Commentaire de l'évangile* del mismo autor, capítulo XXV.

Y el combate hay que llevarlo hasta el extremo, que no es la victoria, que no es el botín, que es la reconciliación.

Vuelta a las primeras definiciones

Podemos volver ahora a nuestras primeras definiciones con precisiones nuevas. Ante todo: la solución de los conflictos.

Digo *la* solución porque no hay otras.

En efecto, si devuelves el mal por el mal, no reparas el mal; lo redoblas.

¿Cómo puedes llamar bien al mal que haces?

Si para castigar al asesino lo matas, la víctima no volverá por ello a la vida. Habrá así dos muertes en lugar de una, y dos asesinos: él y tú. ¿Cómo puedes decir que es un mal menor, puesto que tu justicia exige un castigo igual al crimen?

¿Cómo puedes creer que es una manera de detener el mal, cuando tú mismo añades un eslabón a la cadena a la que se añadirán otros?

Pues el vencido espera su hora para tomar su desquite.

Si le suprimes, su hermano le vengará.

Si le reduces a esclavitud, te verás atado al otro extremo de su cuerda.

La violencia es un encadenamiento. El que piensa liberarse mediante ella forja su propia cadena.

Las cadenas de la violencia legítima son de un hierro más fuerte y mejor fabricadas que cualesquiera otras.

Sólo la no-violencia es solución efectiva, ruptura de la cadena y liberación.

Aun cuando el adversario sea tan tenaz y retorcido que no puedas vencerle, la lucha te obligará a victorias sobre ti mismo, a experiencias y descubrimientos interiores de cuyo fruto gozarás.

Elogio de la fuerza

Hemos dicho: no-violencia, fuerza de la justicia.

Y hemos disociado así dos cosas que con demasiada frecuencia se confunden en la opinión común: fuerza y violencia.

La fuerza es la mejor de las cosas. La fuerza es el valor del ser. Fuerza, en latín, se dice virtud. La plenitud de la fuerza, la omnipotencia, es Dios.

De la debilidad, de la inercia, de la inacción, no se puede esperar nada bueno.

De la violencia tampoco, que es el abuso de la fuerza, y el abuso de la mejor cosa es lo peor.

La violencia es la fuerza del mal en todas sus formas: la brutalidad o predominio estúpido de las fuerzas inferiores, el abuso o violación del derecho, la mentira o violación de la verdad.

Es evidente que la violencia, o exceso de la fuerza, no puede detenerse por un exceso de la misma índole y de sentido contrario: es más, es así como se ejerce y se excita.

Está claro también que no puede ser compensada por la debilidad o por la cobardía. Es más, se combina con ellas. Los violentos encuentran a débiles y a cobardes en gran número (y su número hace su fuerza) para servirles y pagarles tributo. Y es de esta combinación de la violencia con la debilidad y la cobardía, consolidada por construcciones racionales y morales de las que después trataremos, de donde resultan la sumisión de los ciudadanos a los tiranos y a la disciplina de los ejércitos.

La única fuerza que puede oponerse a la violencia es pues la fuerza de la justicia.

Las dos fuerzas

«Hay dos fuerzas en el mundo, la fuerza de la espada y la fuerza del espíritu. La fuerza del espíritu terminará siempre por vencer a la fuerza de la espada».

Si creéis que esta visión de la historia es la de algún gran espiritual, profeta o predicador, os equivocáis. Es de Napoleón.

A otro héroe correspondía probar que esa visión es verdad, un héroe no manchado con la sangre de sus hermanos: Gandhi.

Y en recuerdo de su epopeya ha entrado la expresión no-violencia en nuestras lenguas, como traducción del sánscrito *ahimsá*. Pero Gandhi sintió la necesidad de encontrarle otro nombre más fuerte y más positivo: *satyagraha*, «fuerte adhesión a *sat*», «fuerza interior de *sat*». Y *sat* significa verdad y ser. Así pues, muy exactamente: fuerza de la verdad, o, para hablar como Napoleón, fuerza del espíritu [4].

De la eficacia

No hace falta ya demostrar la eficacia de la no-violencia. Es materia de estudios y tema de debates muy frecuente en nuestros días. No temo equivocarme enunciando esta regla general: todos los que la niegan o dudan de ella, comprobadlo, no tienen de ella ninguna experiencia. Respondedles: ¡Id a ver y hablaréis después!

No es sobre la eficacia de la no-violencia, sino sobre el valor de su eficacia sobre lo que quiero hablar.

La eficacia es un término que produce en nuestros contemporáneos un efecto mágico y fascinante. Tan es así que,

[4] En *Las cuatro plagas* (V, 46 a 52) he resumido esta epopeya tan brevemente como he podido: *Tres milagros históricos*. A esas páginas remito al lector. Hará bien, además, en leer la *Vie du Mahatma Gandhi* de Louis Fisher (Paris 1952) y, para entrar en el detalle de la táctica no-violenta, *Gandhi contre Machiavel* de S. Panter Brick.

Pero no hay que creer que la no-violencia es una invención de Gandhi. Cinco siglos antes de Jesucristo, Buda la enseñaba, y cinco siglos antes de Buda, José en la Biblia.

Tampoco hay que mirarla como una cosa oriental de la que seamos incapaces. La no-violencia tiene una larga historia en occidente, y una de sus hazañas no es otra que el establecimiento de la iglesia cristiana, pues es lo que se puede llamar «el método de los mártires». Polonia, Hungría, América del sur han ofrecido varios ejemplos de revolución y de liberación no-violentas en estos dos últimos siglos. No ignoráis que en este momento surgen por todas partes movimientos no-violentos, de importancia numérica muy modesta, pero creciente.

si se lograra hacer admitir a la opinión pública esta sencilla idea de que la no-violencia es eficaz, sería adoptada inmediatamente sin reservas y entraría en nuestras costumbres. Y es conveniente, es urgente, es de importancia vital y capital que así se haga. Pero el feliz acontecimiento podría ser tan sólo efecto de un malentendido. Esforcémonos por descartar el malentendido, aunque perdamos así la eficacia del malentendido.

La eficacia es el valor de un medio, haciendo abstracción del valor de su fin.

Así la técnica, la economía, la estrategia, la política, la ciencia son buenas para una serie de fines útiles.

La técnica es eficaz para producir toda clase de objetos, haciendo abstracción de la naturaleza de los objetos y del uso que se hará de ellos, pues pueden ser indiferentemente herramientas o armas, venenos o medicamentos, y servir para la felicidad o para la muerte. La técnica es eficaz para conseguir la aceleración de los transportes, haciendo abstracción del problema de si es bueno precipitarse sin saber hacia qué, si es bueno abreviar el tiempo mediante la precipitación general.

La economía es eficaz para aumentar las riquezas, haciendo abstracción del problema de si las riquezas traen felicidad o corrupción y confusión.

La estrategia es eficaz para ganar las batallas, haciendo abstracción de la causa por la que se combate, y del problema de si existe una causa que merezca que se destruyan por ella tantas vidas humanas.

La política es eficaz para conquistar y mantener el poder, haciendo abstracción del problema de si ese poder puede instaurar el bien común.

La ciencia es eficaz para poner en manos de los hombres las enormes fuerzas de la naturaleza, haciendo abstracción del problema de si es bueno que los hombres puedan provocar a su capricho inmensos trastornos.

Mas preguntémonos si tenemos derecho a hacer esas abstracciones, si tenemos derecho a aplicarnos por entero al desarrollo de los medios, dejando para otro momento y para otras personas la consideración de los fines.

¿No son esas abstracciones abdicaciones de la razón, cegueras voluntarias? ¿No son esas abstracciones lo que ha sacado [5] a nuestra civilización fuera de su camino, lo que priva a la vida de su sentido?

Todas esas cosas que se miden por la eficacia porque son del orden de los medios, todas esas cosas con sus necesidades y sus mecanismos, tienen un valor propio que es relativo, secundario, práctico, y que no se confunde con los valores religiosos y morales que son absolutos y primordiales, y que no se aplican sino a las acciones personales y libres.

Pero a medida que esas cosas ocupan un lugar mayor en la vida del hombre civilizado, a medida que le proporcionan mayores medios para prevalecer sobre su prójimo, he aquí que se les atribuye un valor superior, y finalmente supremo.

Ahora bien, el mal, como hemos visto, es un bien parcial que se toma por el bien. He ahí cómo, dejando de ser relativamente buenas en su medida, esas cosas se convierten en un mal en un plano absoluto, en un mal en la práctica. Lo que queda demostrado por el retorno periódico de las grandes plagas como la guerra, y no es difícil ver en qué medida esas cosas las preparan, las provocan y las sirven.

La degradación de los valores morales es la contrapartida de esa exaltación del orden práctico; sobre todo allí donde un amor propio colectivo se erige en virtud, y el interés del grupo en moral.

En tales casos, crímenes como el homicidio, la reducción a esclavitud o la explotación del prójimo, el engaño, la corrupción, se juzgan como «medios» y se justifican según su éxito.

Y se llega a la fórmula demasiado célebre de «el fin justifica los medios».

La eficacia de la no-violencia consiste en echar por tierra esas justificaciones, las cuales proceden todas de los falsos absolutos de la técnica, de la política, de la estrategia, de la economía y de la ciencia.

[5] *Abs-traer* significa sacar hacia fuera.

La no-violencia es lo contrario de la justificación de los medios malos por un fin bueno; es el ajuste de los medios al fin, y si el fin es justo los medios deben serlo también.

Gandhi enseña que medios y fines están vinculados como la semilla al árbol.

Y que la malicia introducida en la empresa por los medios se encontrará necesariamente en el fin.

Lo cual explica la decepción que sigue a todas las victorias y las liberaciones obtenidas por la violencia, incluso cuando la causa era buena y los combatientes heroicos y sinceros.

No, las buenas causas no justifican los medios malos, sino que son los medios malos los que echan a perder las mejores causas.

Hay que distinguir eficacia instrumental y eficacia final.

La ciencia se presta a cualquier aplicación; la conciencia no.

La inteligencia se adapta a cualquier combinación; la sabiduría no.

El poder puede hacer cualquier cosa; el dominio de sí mismo no.

El dinero se presta a cualquier uso, pero no la honradez.

La valentía se aplica a cualquier causa, pero no la caridad.

La fuerza puede servir a cualquier fin, pero la no-violencia o fuerza de la justicia sólo es eficaz para servir a la justicia.

Elogio de la justicia

La justicia, la buena, o para decirlo mejor, para decirlo como Gandhi, la justicia que es la verdad en los actos,

la justicia, primera de las virtudes sin la cual las demás pierden su valor y se convierten en defectos,

la justicia es la evidencia de la bondad.

La justicia es la ley de la vida y la razón de la armonía.

La justicia pone y mantiene cada cosa en su lugar, y cada cosa es buena en su tiempo y en su lugar.

Las cosas bajas son buenas abajo por su solidez, las cosas altas arriba por su limpidez.

El dolor es bueno en su hora para la purificación, la muerte es buena en su hora para la liberación.

La sombra es buena como un reposo, el fuego es bueno como la belleza.

Nada es vano, nada es vil, nada es falso, nada es sucio, nada es malo si no es el desorden.

La justicia es buena como la música.

Las dos justicias

Pero conocemos dos justicias, la buena justicia y la otra.

La buena justicia es la que devuelve el bien por el bien y multiplica el bien,

que devuelve los beneficios medida por medida, y por los beneficios sin medida, da gracia,

que da a cada uno lo que se le debe, honor al grande, ayuda al débil, piedad al pequeño,

que sostiene a los que andan derechos, retiene a los que se salen del camino, vuelve a él a los que se extravían, levanta a los que se caen.

La otra justicia es la que devuelve el mal por el mal para detener el mal, pero que se detiene en el mal y lo refuerza,

la que en el arte de descubrir y perseguir a los culpables introduce todas las malicias, todas las bajezas y todas las astucias,

la que en el arte de administrar la venganza introduce todas las dilaciones, todos los rodeos, todos los cálculos de la crueldad más fría y más inhumana,

la que en el arte de agravar las penas conoce los refinamientos más espantosos,

la que ahorca, quema, hierve, atenaza, ahoga, despelleja, aplasta, desgarra, arranca los ojos, corta las manos, retuerce los miembros, empala y castra, desnuda y revuelve las entrañas,

la que marca con hierro al rojo, degrada, exhibe, envilece, condena y mata el alma con el cuerpo;

la que en sus leyes, sus procesos, sus engranajes, sus recursos, sus sentencias y sus ejecuciones arma los miedos y las cóleras de la bestia humana con todas las potencias del espíritu de sistema.

¿Comprendéis ahora la oscura y terrible expresión de san Pablo: «La ley es la fuerza del pecado»?

¿Y veis claro el camino que debe recorrer la justicia, desde el Talión hasta lo que Santiago llama la ley de libertad? (Santiago 2, 12).

¿Comprendéis ahora por qué Cristo *debía* ser condenado legalmente y crucificado entre dos ladrones, y qué mentís a la «justicia de los hombres» es el signo de la cruz?

Y vosotros, buenas gentes, ¿queréis saber cuál de esas justicias es la vuestra?

Juzgad vosotros mismos, y poneos vosotros mismos a la derecha o a la izquierda.

Ante un crimen que os indigna, ¿qué se os ocurre preguntaros?

¿Qué pena se va a imponer al criminal que sea igual a su crimen, pues la muerte no es bastante?

¿O bien os preguntáis, ya que la justicia exige igualdad, qué bien podría encontrarse que pudiera compensar un mal tan grande? ¿Y qué hacer y qué decir a ese desdichado para que se recupere y se salve?

Todos los hombres generosos que en estos dos últimos siglos han hecho campañas para suprimir la tortura, los suplicios públicos, la picota, las galeras, los trabajos forzados, la pena de muerte, para sanear y humanizar las prisiones, reorientar a la juventud delincuente, acoger y dar trabajo a los ex-presidiarios, asegurar el respeto de los detenidos, conceder el beneficio de la condena condicional a los condenados por primera vez, establecer un régimen de prisión abierta para los presos que observen buena conducta,

esos hombres cuyo inmenso mérito es haber descubierto solos y contra el sentimiento de todo el mundo la evidencia

que es el horror de la justicia represiva, deben ser inscritos en la lista de los campeones de la no-violencia, aunque ellos no se den ese título.

Encadenamientos y desencadenamientos de la justicia

Sobre la justicia represiva y sus encadenamientos se basa la solidez de nuestras instituciones seculares: nuestros jueces togados, nuestros gobernantes condecorados no conocen otra, en ella se funda la prosperidad de nuestros negocios y la tranquilidad de nuestras familias.

No nos extrañemos de que Jesús revele en el último día de su vida que el Espíritu convencerá al mundo «de pecado, de justicia y de juicio» y «que el Príncipe de este mundo ya está juzgado» [6] (Juan 16, 8.11).

Pero si se quiere saber cómo este mundo está condenado por su pecado, por su justicia y su juicio, hay que considerar, además de los encadenamientos de la justicia violenta, los desencadenamientos de la violencia legítima.

¿A qué llamamos desencadenamiento de la violencia legítima?

¡A la guerra!

Y notad bien que hablamos de violencia legítima, pues la violencia ilegítima, la que viene del odio, de los celos, de la envidia, de la codicia, de la ira y de otras maldades, la moral se ocupa de ella, pero la no-violencia no le presta casi ninguna atención.

Así tengo el dolor de saber por los grandes titulares de los periódicos que ha sido capturado un hombre que ha matado a otros dos o tres, y que va a ser juzgado y tal vez ejecutado.

[6] Pues el Príncipe de este mundo... es prisionero de las leyes que ha hecho, sufre la violencia que ha provocado, sufre el miedo y el odio que él mismo ha creado y puede decirse que su propio juicio le excluye de todo amor, de toda verdad, de toda justicia; ese juicio le juzga: ya está juzgado (*Commentaire de l'évangile*, cap. XXVII).

¡Pero yo quisiera correr para felicitarle por haber matado tan pocos, dos o tres tan sólo, el infeliz!

Mientras que los que fabrican la muerte de todos nosotros con su bomba, los que preparan la lepra para millones de inocentes muchos de los cuales no han nacido todavía... ¡a ésos, no hay peligro de que se les ejecute!

¡Esos no son asesinos vulgares! Son ciudadanos honorables. Se les cubre de oro en la medida de su ciencia desinteresada, se les colma de honores por el gran bien que hacen a la humanidad.

¿Y los buenos obreros, los buenos empleados y hasta el encargado de la limpieza, que consagran sus jornadas, sus pensamientos y sus penas a esa maravilla de la técnica y a otras obras no menos útiles, ésos son honrados? ¿Qué decís?

Tanto que incluso están sindicados, y aun son socialistas, y pacifistas por añadidura, pacifistas borreguiles, no, más bien pacifistas rugientes, siempre dispuestos en las asambleas y en las manifestaciones a gritar por la paz.

Y cuando la cosa estalle, serán seguramente otros los que tendrán la culpa...

Pero nosotros, amigos míos, hermanos míos, ¿vamos a continuar como ellos «cumpliendo las obligaciones de nuestro estado» sin plantearnos problemas?

Cuando la cosa estalle, pese a que todo marchaba tan bien, ¿será necesario para explicarlo evocar la codicia de los fabricantes de cañones, la ambición de los dictadores, el odio frenético y la ferocidad del pueblo enemigo?

No, todo eso no es necesario para que la cosa estalle, sino que cada uno continúe cumpliendo las obligaciones de su estado, que obedezca a las órdenes superiores sin plantearse problemas, y es bastante para que infaliblemente, con precisión, la cosa estalle.

Y será el desencadenamiento de la violencia legítima o guerra por la justicia.

¿Para qué, oh patriotas, oh filósofos, oh teólogos, elaborarnos una doctrina de la guerra justa y demostrarnos que la guerra más justa de todas es la que nosotros hacemos?

¡Ya lo sabemos, pues si no, no la haríamos! Sin buena causa y buena razón nadie puede hacerla.

Si los animales no la hacen, es porque no son bastante razonables y no entienden nada de la justicia.

Pues es de su razón de donde saca el hombre las armas necesarias para la guerra.

De su razón, de su espíritu de justicia, saca los motivos necesarios para la guerra.

No basta decir que nuestra guerra es justa, hay que saber que la justicia es su causa y el espíritu de justicia es su apoyo.

¿Qué? ¿No nos cree usted? ¿Por quién nos toma usted, acaso por mentirosos?

¿O bien por bandidos, malhechores, asesinos? Esos no saben hacer la guerra. La guerra no se hace con malos sentimientos, la guerra exige valor, disciplina, abnegación, inteligencia. Somos nosotros quienes hacemos la guerra, nosotros, la flor de los hombres honrados.

¿Que no mentimos, sino que se nos engaña? ¿Quién nos engaña? ¿Nuestro gobierno? ¡Por una vez estamos de acuerdo con él!

¿Dice usted que nos obligan?

¿Es por la fuerza de las armas como se nos puede enviar a pelear, cuando estamos armados y podríamos imponernos a los que nos obligaran?

¿Será por interés? Eso pretenden ciertos economistas que se creen muy listos pero que no entienden nada de los resortes del corazón humano, y nada tampoco de los negocios.

Porque si es por defender intereses, ¿por qué marcharían los pobres igual que los ricos? ¿Para defender los intereses del prójimo? ¿O bien para enriquecerse vendiendo su piel? ¿Les toma usted verdaderamente por imbéciles?

Y a nosotros, ciudadanos medios, atentos a nuestras cuentas, ¿nos cree usted bastante idiotas para hacer la guerra por interés?

El interés de todos y el nuestro es que haya trabajadores que produzcan y ganen su pan, y no soldados que coman y destruyan.

Nuestro interés es la seguridad de las carreteras, la apertura de las fronteras, la amistad de los pueblos vecinos, en una palabra, la paz.

Porque la guerra no son los militares los que la pagan, incluso cuando la ganan, ni el gobierno, aunque otra cosa parezca, sino nosotros. Y las calamidades, los daños, los peligros son inmensos, inmediatos, ciertos, mientras que las ventajas en todos los casos son lejanas y dudosas.

Además, por apegados que estemos al dinero, más lo estamos a nuestra vida y a la de nuestros hijos, y no hay riqueza que proteja a nadie de los peligros de la guerra.

Entonces, ¿lo hacemos por odio?

Al enemigo no le he visto nunca. ¿Cómo podría odiarle? Pero sí, le odio, pues odio todo lo que él representa. No le odio por mí mismo, pero me impongo el deber de odiarle por amor a la justicia. Pues él es la encarnación del espíritu del mal. El es la fuerza contra el derecho, él es la barbarie contra la civilización. El es la servidumbre contra la libertad. El es el ateo, y Dios está conmigo.

Todas estas razones son irrefutables, y tal es nuestra sinceridad que estamos dispuestos a dar testimonio de ella hasta la muerte.

Y el enemigo igual.

La guerra es la exaltación del espíritu de justicia: ¿Hay algo más exaltante que ser a la vez el acusador, el juez y el ejecutor de la sentencia?

Pecado, justicia y juicio: ¡«ya juzgado»!

En este punto crucial de la historia, el árbol del conocimiento del bien y del mal da su más hermoso fruto.

El árbol cuya raíz es la astucia, cuya savia es la rivalidad, cuyas ramas principales son la técnica, la economía, la estrategia, la política, la ciencia; y, en el tronco donde se juntan esas ramas, el fruto:

La bomba.

¡Eh! ¿Habéis oído?

¿O bien tenéis oídos para no oír?

¿Os queda en la cabeza, a falta de sabiduría, un poco de

buen sentido, y en el corazón, a falta de amor, un poco de temor animal, para volveros hacia le única salida? Salida que se presenta precisamente en esta hora histórica. ¿Creéis que por casualidad? ¿Acaso tenéis ojos para no ver?

¿Puede la no-violencia detener la guerra?

Interrogad la vida de Gandhi, y sabréis que él detuvo una, él solo, en cinco días [7].

Si la no-violencia no puede detener la guerra, nada podrá detenerla. Y como dijo Kennedy, «o la humanidad termina con la guerra, o la guerra termina con la humanidad». Así pues, el porvenir es de la no-violencia, o bien no hay porvenir.

Pero contra un extranjero que, aprovechándose de nuestra renuncia a las armas, ocupara el país, ¿qué puede la no-violencia?

Preguntad de nuevo a Gandhi cómo él expulsó del suyo, sin disparar un tiro, a un ocupante magníficamente armado.

Pero si no os gusta recibir lecciones siempre del mismo, preguntad a King-Hall, coronel británico, su plan de defensa nacional en la edad nuclear [8]. Este militar dotado de una notable independencia de espíritu, de un sólido sentido pragmático sazonado con una punta de humor muy insular, tuvo la ocurrencia de observar que los tiempos de la buena reina Victoria han pasado, y que hablar hoy de la defensa armada contra los cohetes teledirigidos es perder el tiempo en un sueño pueril.

En consecuencia expone las tácticas mediante las cuales un pueblo digno de libertad puede poner en grave dificultad al opresor, o mejor dicho tomarle el pelo, pues el autor gusta más de la ironía heroica al estilo de Till Uilenspiegel que de la tragedia.

Pero hace falta algo más, hace falta un sacrificio casi igual

[7] Véase Lanza del Vasto, *Vinoba o la nueva peregrinación* (XXIV); *Las cuatro plagas* (V, 52), Masacres hindúes-musulmanes de 1947.

[8] King Hall, *National defence in nuclear age*, London.

al que exigiría la guerra, y un valor duplicado. No obstante, la vida de los pueblos ofrece algunos ejemplos.

Pero la violencia no es siempre sangrienta, ni la opresión siempre la del extranjero.

Hay también el abuso, que es un estado de violencia latente y constante, del que la rebeldía puede brotar en cada instante.

Tal es la violencia vertical [9], la que los ricos ejercen sobre los pobres, y los gobernantes sobre los gobernados para arrancarles trabajo e impuestos, sin contar los actos de acatamiento, en el marco del orden establecido y dentro de las formas de la más estricta legalidad.

Preguntad a Gandhi cómo liberó a los parias [10] y lo que él entiende por *swadeshi,* independencia económica o economía independiente de toda forma de explotación del prójimo y de coerción [11].

Preguntad a Vinoba cómo concibe y conduce él el Bhu-Dan y la elevación de todos o *sarvodaya* [12].

No olvidemos en fin que la huelga, que ha sido el instrumento histórico de la promoción obrera en occidente, es, pese a los Sorel y a los Marx, el arma no-violenta por excelencia que, purificada y generalizada en forma de no-cooperación y de desobediencia civil no-violenta, bastaría para producir las reformas necesarias, contribuyendo al mismo tiempo a la madurez de los pueblos.

¿Posesión de la verdad?

Acaso decís: no hay contra la no-violencia más que una objeción, pero seguramente insuperable, y es que la no-vio-

[9] La expresión es de Bartholomé de Ligt.

[10] *Peregrinación a las fuentes* IV, 31 s. *Las cuatro plagas* V, 49, 50, 51.

[11] La economía capitalista conoce la explotación y la coerción. La economía comunista suprime la explotación pero agrava la coerción.

[12] *Vinoba o la nueva peregrinación.*

lencia supone la posesión de la verdad, y nadie posee la verdad.

Que la verdad no es una posesión exclusiva de nadie, eso mismo es verdad, y verdad que el no-violento no debe perder nunca de vista. Es una razón más para utilizar la no-violencia, ante todo por si acaso estuviéramos equivocados y después, si estamos en lo cierto, para hacer de la lucha misma y de la preparación a la lucha un instrumento de conocimiento y para tener más verdad.

La rabia de tener razón es el rasgo más acusado de la violencia legítima, y es una pasión frenética.

Se completa con la convicción de que el enemigo es no sólo malo y de mala fe, sino que es el mal mismo, y que suprimirlo es la única manera de suprimir el mal.

El error es tan burdo que parece imposible que aun un imbécil caiga en él, pero los más inteligentes incurren en él en cuanto su cólera pronuncia juicios. Y pueblos enteros se ponen así de repente a juzgar a pueblos enteros, y ésa es la demencial razón de las guerras.

La frontera entre el bien y el mal, sería así la que nos separa del otro. ¡Qué simplicidad de espíritu!

Lo que debemos meternos en la cabeza y no perder nunca de vista es que la frontera entre el bien y el mal pasa exactamente por aquí. (Gesto desde lo alto de la frente hasta abajo del pecho).

Exactamente en medio de nosotros, entre la derecha y la izquierda.

El postulado fundamental del que depende toda la no-violencia es, como hemos visto, que el espíritu de justicia está en mi enemigo como en mí mismo.

Y el complemento de esta proposición es que el mal y el error están en mí como en él.

Al admitir el bien en él, contra las solicitaciones de mi cólera, le separo de su mal en el que mi cólera le hundiría.

Al admitir el mal en mí, que mi orgullo no puede ver, me separo de mi cólera y de mi orgullo, y penetro más profundamente en el corazón de la justicia.

Ahora ya no le odio a él, sino al mal que hay en él. «No combatimos contra la carne y la sangre, dice san Pablo, sino contra las dominaciones que habitan en los espacios aéreos».

Lo que retiene mi atención en esta frase es (entre otras cosas) el nombre de dominación que no es nombre de un mal o de un demonio, sino de un ángel.

Sí, pues como sabemos, el mal es siempre un bien parcial. El error de mi enemigo es una verdad, tal vez muy alta, que le impide ver la verdad, una justificación que sustituye a la justicia.

Patria, honor, derecho, libertad son cosas brillantes que no tienen su lugar ni en la tierra ni en el cielo. «Habitan los espacios aéreos», son cosas «en el aire», y por ellas peleamos hermanos contra hermanos y olvidamos a Dios.

De estas reservas respecto a la verdad absoluta, hay que guardarse de hacer un absoluto negativo.

Aun indignos, aun ignorantes, debemos levantarnos por la justicia, y eso es lo que nos librará de la ignorancia y de la indignidad.

Una cosa es pretender que una causa es absolutamente buena por ser la nuestra y otra cosa es hacer nuestra una causa porque es buena.

Como todos los mortales, podemos equivocarnos. De esa posibilidad debemos partir y, si somos verdaderamente humildes y sinceros, ocurrirá que, contra todas las previsiones, nuestra falibilidad misma juega en nuestro favor.

En el conflicto en que estamos envueltos, preguntémonos cuál es nuestra parte de culpa.

No hay duda de que tenemos alguna, pues si fuéramos impecables no habría conflicto. Las Yog-Sutras enseñan: «Una vez alcanzado el estado de no-violencia, la violencia cae por sí misma ante el sabio». La lucha será pues más ardua cuanto menos puros seamos. Pero las tribulaciones que tendremos que sufrir por parte de los injustos serán menos injustas de lo que parece. Si lo sabemos, nos serán beneficiosas.

Cuando hayamos descubierto nuestra falta, en lugar de hacer como nuestro enemigo, en lugar de disimularla, de en-

cerrarnos en nuestras justificaciones y de confirmarle en las suyas, confesaremos nuestra falta y ofreceremos reparación con una sencillez desarmante, para romper el círculo, para inclinar al enemigo a volverse sobre sí mismo.

El enemigo acusado responde a las razones con injurias, y a las acusaciones con acusaciones. Pero si nos acusamos a nosotros mismos, escucha atentamente. Somos nosotros los que tenemos ahora la iniciativa, y hemos puesto una mina bajo sus fortificaciones, quiero decir sus justificaciones.

Mas el valor de mi causa no guarda relación con los méritos o los deméritos del que la defiende. Es de su valor objetivo de lo que tengo que cerciorarme mediante una profunda reflexión; con ese valor cuento, no con mis fuerzas. A ponerlo de relieve debe tender mi acción: acción conforme a la naturaleza del conflicto y proporcionada a su gravedad, y de tal carácter que, por la elección del lugar, del tiempo, de la manera, y por el estilo del anuncio, se erija en símbolo.

Pero para no enturbiar la nobleza de la causa y para precaver mi debilidad, lo menos que puedo hacer es *no hacer como mi enemigo,* no quitar la razón al defensor del derecho. Todas las violencias, los engaños, las ofensas que le reprocho, debo evitarlas a toda costa. No hay ejercicio espiritual más difícil y más eficaz.

Sin combate contra mí mismo, no hay victoria posible sobre el enemigo en la no-violencia.

Si el mal está en mí como en mi enemigo, y si es sólo al mal al que tengo que enfrentarme, se deduce que tengo que proceder por orden y empezar por combatir el mal en mí.

¿Cómo convertir al otro si yo mismo no estoy bastante convertido?

Imposible poner su falta ante su conciencia y hacer caer sus justificaciones, si le dejo esta justificación, muy mala pero muy fuerte, de poder responderme: «¿Y tú, qué?».

El primer golpe que debo dar al mal en mí consiste en reconocerlo, y ese golpe por sí solo basta a veces para librarme de él.

No puedo actuar como justiciero antes de haber empezado por lo menos un trabajo de purificación.

«El campo de batalla de la no-violencia —dice Vinoba— es el corazón del hombre» [13]. El campo de maniobras, también.

La preparación regular a la no-violencia es la iniciación a la vida interior: conocimiento, posesión, don de sí. Por ello existe un Arca [14] para empezar por el principio (y desde la infancia para los que en ella nacen). Y el principio es establecerla en lo íntimo del corazón, aplicarla después al círculo de los allegados, aventurarse finalmente en la Acción cívica.

Pero si vuestra generosidad, conmovida por los peligros y las desgracias de vuestros semejantes o indignada por los escándalos, os ha llevado primero a las manifestaciones públicas, no hay que inquietarse demasiado por la falta de ejercicio y de fundamentos espirituales, con tal que os pongáis en las manos de un buen jefe. La experiencia os hará pronto sentir esa laguna y la necesidad de colmarla, y quien busca encuentra.

Cualquier cosa es mejor que excusarse con una fórmula como: «La no-violencia es cosa de santos y nosotros no somos santos».

Se trata de ser un hombre. «La violencia —dice Gandhi— es la ley de la bestia, la no-violencia es la ley del hombre».

Siguiendo la ley de la bestia, pero de la bestia armada de inteligencia contra ella misma, el hombre marcha primero hacia su embrutecimiento, luego hacia su destrucción.

Se trata de ser hombre y de salvar la vida: ¡de dar la vida para salvar la vida!

[13] *Principio de la independencia,* 54. Traducción y apéndice de *La nueva peregrinación.*

[14] Cf. *Présentation de l'Arche.* Ed. por el autor (Hérault, Francia).

2. NO-VIOLENCIA Y DEFENSA LEGITIMA

Un amigo: Si al atacarme un bandido por la noche me defiendo como puedo y llego a matarle, ¿seré condenado sin remisión por la «ley de la no-violencia»?

Respuesta: No. Cierto que los que pelean están todos bajo el signo del pecado, cuyo «aguijón es la muerte» [1], pero en grados muy diferentes.

No identificamos al que mata para defender su vida, porque al verse sorprendido no ve otra manera de hacerlo, con el que le ataca para robarle.

No identificamos, como hacen algunos, al soldado con el salteador, aunque lleguen a parecerse mucho.

Y tratándose de pueblos en guerra, no consideramos iguales la causa de los que se baten para subyugar o para aplastar y la causa de los que lo hacen para recobrar su libertad, aun cuando unos y otros se carguen de crímenes innumerables.

Un resistente a la guerra: Esa respuesta me decepciona e incluso me consterna. Creía haber encontrado por fin en la doctrina no-violenta posiciones firmes, respuestas sin equívoco, y he aquí que volvemos a caer en los argumentos añejos de la «guerra justa» y de la «legítima defensa».

[1] San Pablo.

Usted sabe mejor que muchos que defensa y ataque son anverso y reverso cada una de la otra, y que el argumento es reversible. Usted sabe que todo el mundo se defiende, incluido el agresor. Usted sabe que la mejor defensa es atacar primero, y sabe el resto. Se discutirá sobre esto hasta que la bomba ponga fin a los combates y a las discusiones, pues ya no habrá combatientes ni discutidores que justifiquen el golpe.

Respuesta: La no-violencia es cosa sencilla y primordial, no simplista y primaria. Si las cosas fueran tan claras como usted cree, tantos grandes espíritus, y tantos santos entre otros, no se hubieran embrollado y contradicho. Lo absoluto está en la dirección, pero en las cosas humanas el pro y el contra se entrecruzan y no podemos, lo lamento, disponer de juicios de una pieza.

El resistente: Pero si concede usted al no-violento el derecho a matar para defenderse, ¿en qué se diferencia de cualquier otro? Pues eso es exactamente lo que hace el último de los violentos.

Respuesta: No le concedo ese derecho, o bien le retiro el título de no-violento, pero tampoco le considero como un asesino.

El resistente: Sigo sin ver en qué se diferencia la no-violencia, con ese distingo, de la moral ordinaria.

Respuesta: En que nosotros reconoceremos que se trata de un caso extremo, un caso excepcional, un caso de fuerza mayor, y diremos que en caso de necesidad huelga la ley. Pero nos guardaremos de erigir el caso particular en regla general y de sacar conclusión o deducción alguna respecto a la legitimidad.

De hecho, la mayor parte de los conflictos humanos se presentan de modo muy diferente. A casi todos, si no a to-

dos, se les puede encontrar una solución humana. Pegar al que pega, matar al que ha matado o quiere matar o podría quererlo, no es una solución humana, es una reacción animal.

La no-violencia es, de todas las soluciones, la más humana.

El resistente: Ahora le comprendo mejor, disculpe mi estallido.

Respuesta: Su estallido le honra, amigo. La no-violencia no consiste en no estallar.

Un compañero: Pero volviendo al caso de la agresión nocturna, ¿qué debe hacer el no-violento?

Respuesta: Levantar las manos, pero para juntarlas, y ponerse a orar en voz alta por su agresor, pues si la muerte le sorprende en ese instante, os digo que es un bienaventurado.

Pero tal vez la muerte se alejará. Tal vez el agresor se encontrará desconcertado por un comportamiento tan extraño. Tal vez evitará un crimen inútil, ya que la más fuerte razón de las violencias es el miedo.

Y así el no-violento habrá salvado su vida. No era ése su objetivo, pero es de todas maneras un resultado bastante apreciable. Lo que digo es para mostrar que, incluso desde el punto de vista del más llano sentido común, la no-violencia no es tan loca y necia como parece.

Un visitante: Permítame que le diga que se hace usted ilusiones sobre la bondad de los hombres y en particular sobre la de los bandidos. Echo de menos en sus doctrinas, que por lo demás admiro, un sentido más agudo de las realidades.

Respuesta: Ya que habla usted de realidad, ¿se ha visto usted, en realidad, atacado de noche por unos bandidos?

El visitante: ¡No, gracias a Dios!

Respuesta: Pues yo sí. Y ya que prefiere usted las realidades a las razones, acaso una historia verdadera le convencerá mejor.

Era en el camino de Homs a Baalbek, con ocasión de mi peregrinación a tierra santa [2]. Me habían advertido que encontraría bandidos o lobos, pero había una luna llena, la noche era hermosa y la soledad atractiva.

No tardé en encontrar a mis bandidos, alineados al borde del camino. Me acerqué sin temor, no por valentía, sino a causa de esa falta del sentido de las realidades que usted me reprocha, no sin razón. Lo cierto es que se parecían tanto a las estampas de bandidos de los cuentos que casi era divertido.

En todo caso, en un santiamén me arrebataron mi bolsa y mi cayado, me ataron las manos y me empujaron, con un fusil apoyado en la espalda, hasta la tienda del jefe, oculta en un hueco del terreno.

Me cachearon, pero no encontraron nada.

— ¿Quién eres?
— Un peregrino.
— ¿A dónde vas?
— A Jerusalén.
— ¿De qué vives?
— Alá provee.

Desde entonces, todo cambió. Me hicieron sentar y empezaron a interrogarme sobre Cristo, sobre el Islam, sobre los alauitas (pues ellos lo eran), sobre la trinidad y la unidad. Se traducían unos a otros las respuestas, y se mostraban contentos.

Finalmente llamaron a una mujer (esclava o esposa), que se presentó sin velo, con el rostro marcado de tatuajes. Con una jarra me echó agua en las manos y en los pies, y me sirvió arroz y leche cuajada.

Después mis huéspedes me ayudaron a poner mi pequeña tienda al lado de la grande, y me dieron las buenas noches.

Poco después se alzaron unos aullidos del horizonte: los

[2] De Rodas a Tarso por mar, de Tarso a Jerusalén y vuelta a Beirut a pie. Desde allí a Constantinopla por mar. A Salónica por mar y del monte Athos a Atenas a pie, 1938-1939.

lobos. Los hombres salieron con sus fusiles y dispararon al aire. Y renació una gran calma.

Yo alababa a Dios por haberme librado de los lobos por medio de los bandidos. Meditaba sobre los lobos y los hombres y, a diferencia de varios filósofos, me inclinaba en favor de estos últimos (por razones muy subjetivas, desde luego).

Pero no podía conciliar el sueño, pues un pensamiento me inquietaba, el del dinero que llevaba conmigo y que los ladrones no habían encontrado. Un amigo había cosido la pequeña suma en un dobladillo, diciendo: «Haz como si no tuvieras nada, pero el día en que te veas en una necesidad extrema, te alegrarás de haber tenido un amigo prudente».

El dinero hasta entonces no había hecho más que pesarme, y ahora me quemaba. Porque las palabras que habían operado el cambio del bandido, aquellas palabras de desasimiento perfecto, de total confianza en Dios, quedaban falseadas.

«¡Bien tonto soy —pensé— en estropear mi camino y mis pasos por tan poco!».

Saqué el peculio de su escondite, lo anudé en un pañuelo, y por la mañana, al despedirme, se lo entregué al ladrón. El cual se puso hosco, llevó la mano al puñal y estuvo a punto de arrojarse sobre mí. ¿Por quién le tomaba? ¿Por alguien que se hace pagar su hospitalidad?

Le calmé como pude, explicación en verdad muy difícil.

Por último, con gesto furioso, metió el dinero en mi bolsillo, gritando: «¡Líbreme Dios de tocar cualquier cosa de un hadj, de un morabito, de un huésped!».

Y ése fue el preámbulo de la ceremonia de las bendiciones y los adioses.

El visitante: Es muy bonito, pero pienso que no habría tenido usted el mismo éxito con un apache parisino.

Respuesta: Es posible. No pretendo que la no-violencia sea una receta infalible para salir de todas las dificultades y para ganar en todos los casos. Pero ¿es alguna aventura desgraciada la que le hace tener tan mala opinión de los ladrones parisinos?

El visitante: ¡Oh, no! Pero me cuesta imaginarles como su noble árabe de Siria, detenidos por el respeto, religioso o de otro tipo.

Respuesta: Me gusta más la experiencia que el «sentido de la realidad» (teórico o imaginario).

El visitante: ¿Qué experiencia quiere tener usted con un ladrón, si no es la de ser robado y llamar a la policía? Esa la he tenido. Espero que no me imponga usted la obligación de correr tras el ladrón con un regalo...

Respuesta: Todos os reís porque la idea os parece divertida. Pero más divertido sería tratar de ponerla en práctica.

El visitante: ¡Habría que tener muy buenas piernas! ¿Y usted, ha intentado hacer eso, aparte lo de Siria?

Respuesta: No, pero por lo menos algo que se le acerca.

Una mañana, en Tournier [3], se presentó un hombre grueso, hirsuto, jadeante, con la ropa arrugada. Explicó que había errado toda la noche por el bosque en busca de la casa.

La acogida que se le dispensó pronto le libró de su aspecto extraviado, e incluso durante ocho días nos aturdió y nos divirtió con el relato de sus aventuras en todos los rincones del mundo. Y sin embargo, sus historias nos dejaban un malestar, porque se notaba que había otras que no contaba.

De manera que apenas nos sorprendimos cuando notamos que la caja de la comunidad (una caja de cartón en un cajón de la sala común) había desaparecido, y él con ella.

Inspeccionando la habitación que había ocupado y los alrededores, un compañero descubrió un montón de trocitos de papel y logró reconstruir una página que nos reveló, según supusimos, su verdadero nombre y su dirección.

[3] Nombre de la finca de Saintonge donde se fundó la primera comunidad del Arca (1948-1952).

Esa misma noche, el compañero tomó el tren para París y, a la hora del desayuno, llamó a la puerta. La puerta se abrió y apareció el hombretón, que inmediatamente se turbó y se enredó en un lío de explicaciones y de súplicas.

Pero el compañero le dijo: «Vengo expresamente de parte de la comunidad para tranquilizarle sobre este asuntillo. Estamos muy contentos de haberle prestado servicio, y también de haberle ofrecido asilo contra la policía que le andaba buscando».

Entonces, recuperando toda su locuacidad, el desdichado se deshizo en palabras de agradecimiento. Mas el compañero le interrumpió: «Agradezca más bien al cielo esta advertencia que le envía en esta hora de su destino. Somos nosotros los que le rogamos a usted que se apiade de sí mismo y cambie de vida».

No volvimos a tener noticias de nuestro pobre ladronzuelo, y no puedo aseguraros que se volviera honrado de la noche a la mañana.

Pero lo que me parece cierto es que nuestra persecución no-violenta era más adecuada para llevarle al buen camino que un proceso y tres meses de prisión.

Un padre de familia: Que se exponga usted al robo e incluso a ser asesinado, es algo que le hace honor; pero yo, ¿tendría derecho a exponer a mis hijos, y los bienes de mi familia, anteponiendo así mis ideas a su vida?

Respuesta: ¿Cree usted que yo antepongo «ideas» a la vida? ¡Mis ideas, no! Mi sostén y mi razón de ser. Y usted, una de dos: o cree usted en la no-violencia y la practica como otros practican la violencia, con riesgo de la vida, la de usted y la de los demás, todo es lo mismo, o no cree usted en ella y entonces no tiene ningún derecho a arriesgar la vida de nadie, incluso la propia, por curiosidad y para ver si la cosa funciona (que no funcionará). Por lo demás, se guarda usted mucho de hacerlo, ¿no? Y bien sabemos, por otra parte, que «los hijos» constituyen una excusa excelente, pero un poco gastada.

Una señora: ¿No ha escrito usted mismo que si, al suprimir la guerra, hiciera falta suprimir las virtudes guerreras, sería preferible la guerra?

El resistente: ¡Oh!

Respuesta: ¿Cuáles son las virtudes guerreras? El valor, la disciplina, el sentido del honor, el espíritu de justicia, el espíritu de sacrificio. Suprimir eso es matar el alma del hombre. Sí, más vale morir.

Pero ¿por qué a esas virtudes se las llama guerras? Porque se encuentran incluso en la guerra y porque se asombra uno de admirarlas allí, a pesar de los males que producen.

Pero se las admira como virtudes, no como guerreras; se las admira por su belleza, no por los estragos que causan.

También tienen su lugar, y mucho más adecuado, en la paz; mientras que en la guerra tienen también su lugar todas las cobardías, todas las rapacidades, todas las bajezas.

Pero en la paz, hay que reconocerlo, las altas virtudes quedan aletargadas en la mayoría de los hombres a causa de la tibieza de las comodidades, de la distracción de los placeres y de los cálculos del espíritu de lucro. El hierro y el fuego las despiertan.

El combate les conviene, por consiguiente. Pero la no-violencia, tanto en la guerra como en la paz, es un combate por la paz y que exige una doble medida de virtudes guerreras.

El resistente a la guerra: ¿Cuál es su posición exacta respecto a la objeción de conciencia al servicio militar?

Respuesta: El ejército y la movilización perpetua son, sin duda alguna, un signo del estado de pecado en que se encuentran todas las sociedades humanas, y el servicio militar es una señal de servidumbre. Que esa servidumbre sea más grave en las democracias que en cualquier otro régimen es otra señal de que no depende de la maldad de los poderosos, sino del pecado común [4].

[4] En *Las cuatro plagas* se pone finalmente en claro la relación

El objetor de conciencia tiene razón, pues, en lo absoluto, pero no vivimos en lo absoluto, y él tampoco.

Y entre los motivos que pueden inspirarle o empujarle los hay excelentes, otros discutibles, otros malos y aun muy malos.

Lo que es justo, digno y oportuno, es sostener ese primer derecho del hombre de elevarse por encima de sus pasiones de ciudadano, de obedecer a su conciencia antes que ceder al amor propio, a la opinión de la gente y a las amenazas del poder; el derecho de ver en el mandamiento divino «No matarás» un absoluto, y de actuar y dar testimonio en consecuencia. Cuando un hombre demuestra que prefiere morir antes que matar, los que le persiguen hacen de ese hombre un mártir.

Lo que resulta discutible es la actitud del objetor de conciencia que no tiene conciencia de todo lo que implica su negativa.

El que toma el ejército por la causa de la guerra, cuando no es sino su instrumento, y toma la guerra por un mal en sí y causa de todos los males, cuando no es sino un efecto.

Se opone a la guerra, pero no se opone a nada de lo que la hace inevitable, y acaso vive de ello.

El objetor de conciencia verdadero, es decir consciente, objeta tanto en la paz como en la guerra: a los abusos, a los excesos, a las mentiras cubiertas por la ley, a la opresión y a la explotación, al sistema industrial y comercial, político, policial y justiciero [5].

Y la primera objeción es negarse a prestar ayuda a todo eso y a aprovecharse de ello, y la segunda es formar una milicia de resistencia y de intervención, pasar de la objeción

siempre presentida, en ningún sitio explicada, de la guerra (así como de las otras plagas cuya causa es el hombre) con el pecado original.

[5] El Movimiento internacional de la reconciliación, la Internacional de resistentes a la guerra, el Servicio civil internacional, la Sociedad de amigos (cuáqueros) y otros no limitan la objeción a la guerra, sino que se esfuerzan por luchar contra sus causas, en la medida en que las conocen.

de conciencia a la Acción cívica no-violenta en cualquier forma que sea.

Mas ¿qué decir del objetor de conciencia que ni siquiera se ha elevado al grado de responsabilidad moral del ciudadano ordinario? ¿Y del que rechaza la obligación y el servicio como el imbécil que sabe que hay fuego en la casa y se niega a sumarse a los equipos de socorro por la razón de que su habitación está todavía intacta?

En fin, es completamente abyecta la negativa a la guerra que tuviera por motivo el miedo [6]. Siempre se considerará al objetor sospechoso a este respecto, a menos que dé pruebas de lo contrario, como hizo san Martín, su predecesor y su patrono.

Es sabido, en efecto, que Martín, por ser hijo de un veterano del ejército romano, había sido incorporado a éste a la fuerza. Hasta el día en que decidió, aunque fuera al precio de su vida, dejar la espada para hacerse soldado de Cristo.

El capitán y sus camaradas se burlaban de él y le tachaban de cobarde, pues se esperaba un ataque de los bárbaros para el día siguiente.

Pero el objetor les respondió: «Iré pues al combate, pero sin espada y sin coraza».

Y así lo hizo, poniéndose en la primera fila.

Mas los bárbaros quedaron tan impresionados ante este extraño caballero que, según dicen, bajaron las armas y pidieron la paz.

Es conveniente, honorable y razonable que un país civilizado reconozca el derecho que asiste a los objetores de conciencia y les permita trabajar para el bien común en lugar de languidecer en la prisión.

Por ello hemos unido nuestros esfuerzos a los vuestros,

[6] Es poco verosímil que un cobarde sepa oponer su negativa al mundo entero, a rostro descubierto. Preferirá desertar, o hacer que le declaren inútil fingiéndose enfermo o, en el peor de los casos, escurrir el bulto en el cuartel y huir o agazaparse en la batalla.

para obtener en Francia un estatuto de los objetores. Pero sin ilusiones, pues aun obtenido el estatuto queda intacto el temible problema de la guerra, e incluso hará perder al gesto del objetor una parte de su significación y su eficacia.

Alguien: La no-violencia, no he hecho otra cosa toda mi vida. Pero en total, confieso que es un fracaso...

Respuesta: ¡Es sorprendente! ¿Cómo se las ha arreglado? ¿Qué ha hecho usted?

El mismo: ¿Que qué he hecho? Precisamente, no he hecho nada, me he dejado hacer, como un idiota.

Respuesta: No digo nada.

El mismo: ¿Por qué?

Respuesta: Si no ha escuchado usted nada de lo que hemos dicho desde el principio, ¿qué probabilidades tendría de ser escuchado ahora?

3. SOLUCION COMUNITARIA

Primeros pasos

Vengamos a las conclusiones prácticas, pues el tiempo apremia: ¿cómo impedir que los dos bloques fabriquen nuevas bombas y que se las envíen después por encima de nuestras cabezas o a través de nosotros?

El tiempo apremia, en efecto. Un sabio decía: «Aprendamos pues a no apresurarnos».

Vuestra amplitud de miras y vuestra abnegación os honran. Pensáis inmediatamente en poner en orden los asuntos mundiales... ¡y os olvidáis completamente de vosotros mismos!

No hay que intentar, con el pretexto de que el tiempo apremia, dar el tricentésimo trigésimo tercer paso antes que el primero, pues sería perder el tiempo.

Os pregunto: ¿podéis dar lo que no tenéis, por magnánimos que seáis? Antes de llevar la paz al mundo es preciso que la hayáis instaurado en vuestra casa, y la paz no puede estar en vuestra casa si no está antes en vuestro corazón.

No podéis instaurar la justicia en el mundo sin violencia y sin coacción imponiendo a vuestros actos y a los de los demás las limitaciones de las leyes y otras reglas del juego.

La justicia es no-violenta y libre cuando la acción viene de dentro y cuando su orden refleja el orden que reina dentro.

Se habla de la no-violencia como de una técnica o de una táctica, pero no es nada de eso, salvo a manera de imagen. No es ni un procedimiento, ni una receta, ni un sistema.

«Es una manera de hacer que deriva de una manera de ser» [1].

La justicia, como hemos visto, se basa en la unidad y en la igualdad. Precisemos: en la igualdad exterior y en la unidad interior.

Mas esa unidad interior, ¿la tenéis?

¿Sabéis siquiera lo que es?

Y sobre todo: ¿sabéis que no la tenéis?

Si mi lector se pica porque aventuro sobre él un juicio temerario sin conocerlo, es que he acertado, y que mis palabras se dirigen efectivamente a él, no para insultarle, sino para advertirle. Pero el hombre que tiene esa unidad interior y sabe lo que es no se molestará; pues sabe cuán rara es y cuán difícil de adquirir. Por lo demás, es inaccesible a las picaduras del amor propio.

Ante todo tenéis que prepararnos para la no-violencia. Todo el mundo sabe que para la guerra hacen falta años de preparación. Y además una preparación para esa preparación, desde la infancia, en la familia y en la escuela.

¿Cómo podría ganarse la paz con menos esfuerzo?

Trabajo doble: no sólo tenemos que aprender la nueva manera, sino que tenemos que desaprender la antigua, que se nos ha inculcado en todo momento y cuyo modelo se impone todos los días, por todo lo que nos rodea.

La preparación para la no-violencia no requiere procurarse pertrechos costosos, ni desplegarse sobre el terreno de maniobras. Pero hay que ejercitarse con asiduidad, sin escatimar las penas, y de tres maneras: en secreto, en privado, en público.

1 Aldo Capitini.

De la preparación secreta

Por definición, no es publicable. No es que se trate de una confabulación, ni de misas negras, ni de ritos mágicos, ni de consignas de una sociedad secreta celosa de sus privilegios ocultos.

Al contrario, nada hay por naturaleza más sencillo y más claro: se trata de las aproximaciones del conocimiento y de la posesión de sí mismo con miras al don de sí, de la concentración mental, del dominio de las emociones y de los sentidos, del entrenamiento corporal y de la correspondiente regla de vida.

Por derecho propio, todo eso es universal y abierto a todos, pero incomunicable por escrito (como la esgrima o la música no se aprenden en un libro). La transmisión debe hacerse de boca a oído, requiere demostraciones, vigilancia y precauciones [2].

No podemos decir más, pero debemos insistir tanto más sobre la importancia de este punto cuanto que muchas personas lo ignoran o lo olvidan, y ésa es la razón de sus fracasos, pese a su abnegación y a su buena voluntad, pues pasan al lado de lo esencial.

De la preparación privada

«La no-violencia es la más fina cualidad del alma, pero se desarrolla mediante la práctica» (Gandhi).

Si la no-violencia es el arte de apaciguar los conflictos, no faltan las ocasiones de ejercerla, y podéis empezar desde esta tarde; o más bien desde mañana, pues la noche trae consejo.

En efecto, los conflictos son lo que menos escasea; no hay nadie que no tenga uno, pendiente o abrasador, con sus

2 Cf. Lanza del Vasto, *Umbral de la vida interior,* Salamanca 1976.

padres o sus hijos, su esposo o su esposa, sus obreros o su patrón, su portera, su vecino, o el primero que le pise un pie o le quite la cartera.

Empezad por casos sencillos cuya solución os parezca fácil (lo será menos de lo que pensabais y, en cambio, la que parecía imposible resultará accesible por este medio, pero no lo será por ningún otro).

Ejercitaos ante todo con personas a las que amáis y estimáis y que os estiman y aman. Antes de llegar a amar a vuestros enemigos, empezad por combatir a vuestros amigos.

Dejad las querellas, las discusiones y las predicaciones y emprended un ayuno hasta que vuestro amigo comprenda lo que por su bien y por el bien de todos debe comprender: que tal acción o tal gesto no es digno de él, que tal abuso o tal abandono no le está permitido...

Tened paciencia y calma si podéis, pero sobre todo intrepidez y firmeza, sin rodeos ni disimulos. Y buscad a alguien que os aconseje y sostenga.

De las acciones públicas

La preparación secreta y la preparación privada os hacen aptos para la acción pública, pero la acción pública es en sí misma preparación para la siguiente. No hay que emprenderla sin preparación, pero tampoco hay que esperar a ser perfecto para empezar, pues en tal caso se esperaría siempre, y los acontecimientos no esperan para caer sobre nosotros. Por lo demás, cada uno de estos planos ofrece las bases de experiencias distintas y específicas; lo mejor es, pues, actuar en los tres paralela y no sucesivamente. Basta cuidar de que nuestros proyectos sean proporcionados a las fuerzas y luces de que disponemos.

Un principiante no debe arrojarse solo a la acción pública, a menos que tenga una vocación especial. Debe tratar de entrar en un grupo bien dirigido. Hay que distinguir a los maestros de la no-violencia y a los soldados o servidores

de la no-violencia. Los primeros son capaces de sacarse de dentro un proyecto, de conducir y de instruir a sus hombres. Gandhi recogió a sus colaboradores en la calle por millares, y ellos se ejercitaron y se formaron siguiendo los pasos de aquél.

En Francia han surgido diversos movimientos que se han ensayado en manifestaciones silenciosas. Nosotros mismos hemos lanzado un movimiento de Acción cívica no-violenta y hemos abierto campamentos periódicos de instrucción y de formación, sin hablar de nuestros grupos de amigos del Arca en las principales ciudades.

Del Arca o la acción permanente

Pero el Arca está más consagrada a la preparación espiritual y a una enseñanza completa que a una acción pública particular.

Nuestras intervenciones nunca han sido más que testimonios y signos, no obras llevadas hasta el éxito.

Y es que para hacer hace falta primero ser, y en eso nos hemos esforzado. La preparación espiritual no se considera entre nosotros como un medio, sino como más importante que toda manifestación o victoria exterior. Poner al hombre ante Dios y ante sí mismo, he ahí algo que es deseable en sí. Del árbol de la vida hallado de nuevo caerán los actos como frutos maduros y sabrosos.

La acción más eficaz, el testimonio más significativo en favor de la no-violencia y de la verdad —más que salir a la calle, repartir octavillas, hablar a las multitudes, ir de puerta en puerta, realizar marchas y campañas, hacer irrupción en las fábricas de bombas, emprender ayunos públicos, hacer frente a la policía, sufrir golpes e ir a la cárcel (cosas todas ellas que está bien hacer en ocasiones, y que nosotros hacemos de buen grado)— mejor que todo esto, decimos, es vivir.

Es llevar una vida que sea una y en la que todo vaya en

el mismo sentido, desde la oración y la meditación hasta los trabajos para la obtención del pan cotidiano, desde la enseñanza de la doctrina hasta el manejo del estiércol, desde la cocina hasta el canto y la danza en torno al fuego.

Es mostrar que una vida exenta de violencia y de abuso (de violencia oculta tanto como de violencia brutal, de abusos legales y permitidos tanto como de abusos ilegales) es posible, y aun que no es difícil que una vida de lucro, ni más desagradable que una vida de placer, ni menos natural que una vida «ordinaria».

Es encontrar, para todas las cuestiones que se plantean al hombre de hoy y de todos los tiempos, la respuesta no violenta, formularla claramente y esforzarse por ponerla en práctica:

¿Hay una economía no violenta que no suponga presión alguna y no se preste a ningún abuso?

¿Una educación no violenta de los hijos y una enseñanza de la no-violencia a los pequeños y a los grandes?

¿Una autoridad no violenta que no se apoye en la fuerza y no implique ningún privilegio?

¿Una justicia no violenta, una justicia exenta de castigos, o unos castigos exentos de violencia?

¿Una agricultura y una ganadería no violentas?

¿Una medicina no violenta?

¿Una psiquiatría no violenta?

¿Un régimen de alimentación no violento?

Y ante todo, ¿está toda violencia —incluso verbal, incluso mental, incluso disimulada y disfrazada— eliminada de nuestra vida religiosa?

4. LA CAUSA PROFUNDA DE UNA GUERRA

La causa profunda de la guerra se encierra en tres títulos: posesión, poder, justicia.

Pero teniendo en cuenta que la posesión es un «derecho» sobre las cosas y el poder un «derecho» sobre los hombres, y que toda actividad del animal racional se traduce en términos jurídicos, puede reducirse todo al título de la justicia.

Causa de la guerra y de todas las guerras, de un lado como del otro: el espíritu de justicia: «¡Tenemos derecho! ¡Tenemos razón! ¡Se nos hace una injusticia!». Tal es —con razón o sin ella— la razón de la guerra.

La justicia, o mejor dicho la impureza de la justicia de los hombres, justicia combinada con la codicia y el orgullo que son la esencia del pecado.

No siendo los derechos reivindicados ni del orden de la naturaleza ni del orden de lo absoluto, sino ficción y convención y por tanto discutibles y discutidos, es siempre posible hacer juegos malabares con sus fórmulas sagradas, y aquí es donde el diablo entra en el juego

Así se explica que la guerra sea siempre justa: doblemente justa: justa de los dos lados. Y cuanto más justa es, más atrocidades justifica.

La misión de la no-violencia es liberar al hombre de las cadenas de la violencia legítima y de su lógica infernal.

Las siete evidencias que nadie quiere ver

Paz es una palabra muy fuerte, es de la misma raíz que *pacto* y supone el entendimiento confirmado por la fe jurada y por la ley. Es de la misma raíz que *pagar* («pacare» quiere decir *apaciguar*): implica pues compensación, medida, es un acto, y un acto que cuesta. Es, en fin, de la misma especie que *compacto* y entraña solidez y coherencia.

Esta sencilla consideración del sentido de las palabras conduce a proclamar la identidad de la paz con la justicia, que es estabilidad, equilibrio y ley.

Todo el mundo sabe que en la injusticia la paz es imposible, pues la injusticia es un estado de violencia y de desorden que no puede ni debe mantenerse. La injusticia se impone por la violencia, se conserva por la violencia y provoca la violencia de la rebeldía.

Lo que demuestra que, si la justicia es la razón de la paz, es igualmente la causa de la revolución y de la guerra, actos siempre justificados por la defensa o la conquista de los derechos y la supresión de las injusticias.

Insistamos en este punto crucial: conexión de la justicia con la lucha, verdad significada por esa espada que su estatua lleva en la mano derecha. No es una figura: en el fondo de todos los conflictos, hay ese grito: «¡Tengo toda la razón! ¡Y ese tipo, ese bruto, ese monstruo, ese demonio no quiere avenirse a la razón, por eso tengo el derecho y el deber de obligarle o de suprimirle!».

¡He ahí el nervio de la guerra y de todos los conflictos!

Se invoca a veces para explicar la guerra, el odio, el desprecio, el orgullo, la envidia, la codicia y otros malos sentimientos (y a veces es verdad, y otras veces no lo es).

Se invocan las necesidades económicas, la necesidad vital de recursos que están en las manos del vecino, las exigencias

del desarrollo y de la expansión (y a veces es verdad, y otras veces no lo es).

Se invoca el temor de perder la libertad, la vida o la muerte de los pueblos, de donde se deduce la legitimidad de la defensa o bien el generoso deseo de imponer la fe y la ley a los bárbaros que la ignoran, y se deduce la gloria de la conquista...

Se invoca el deber de mantener a toda costa el orden establecido. Se invoca el derecho y el deber de destruir por todos los medios ese orden, en nombre de los oprimidos y de los explotados para asegurar para mañana un mundo más justo...

Y se ve así que en todos los conflictos humanos, personales o colectivos, la cadena de las violencias va acompañada de la cadena de buenas razones, y ello en ambos bandos. Hay que reconocer, pues, que la justicia es no sólo el pretexto o la excusa de la violencia, sino su causa, a menudo mezclada a otras causas; pero mientras una u otra causa puede faltar, aquélla no falta jamás, y a veces es la única causa ante la que todas las demás consideraciones desaparecen.

Mas hemos partido de la justicia, fundamento de la paz, y he aquí que llegamos a la justicia, causa de todos los conflictos. ¿Hay, pues, dos justicias?

Sí, hay la verdadera y la falsa.

La verdadera que es una, como la verdad es una. La verdadera justicia forma un todo con la verdad. Está por encima de todo, está en todo, inscrita en el orden de las cosas, es en sí misma, es Dios.

La falsa es doble y contradictoria y, como las aberraciones de la razón, engendra ilusiones e ídolos, fantasmas a los que los hombres se agarran más que a la realidad y que les atormentan, les desgarran y les arrojan unos contra otros en una guerra perpetua que se llama la historia.

No digamos de la justicia lo que se dice de la verdad: que es inaccesible.

Digamos que es inevitable, digamos que es evidente co-

mo la luz y que salta a la vista, y que todo error no se sostiene si no es apoyándose en ella.

¿Cómo se opera el deslizamiento? A través de las tres fórmulas siguientes:

1. Que cualquiera tiene derecho a devolver el mal por el mal y a llamar bueno y justo el mal devuelto.

2. Que el fin justifica los medios, y los buenos fines los medios malos.

3. Que la razón, el común acuerdo y el consentimiento no bastan para mantener la justicia, y que es justo recurrir al temor, a la coacción, a la fuerza, no sólo en los casos de excepción sino de manera institucional y permanente.

Estas tres fórmulas son artículos de fe para el común de los hombres, así para los buenos como para los malvados. Nadie las pone en duda ni las discute, y la gente deduce de ellas su ley civil y su norma de conducta.

Rara vez se ha hecho notar que son contradictorias en sí, y no pueden dejar de conducir a conflictos sin fin.

Justicia y verdad exigen pues que se salga de esos argumentos y de esos encadenamientos. Hay que encontrar la salida bajo pena de muerte. Estemos seguros de que si no encontramos hoy otros medios de resolver los conflictos humanos, estamos todos condenados a muerte.

La buena nueva que hay que anunciar a nuestro siglo es que esos medios se han encontrado. Son las armas de justicia o no-violencia activa y revolucionaria.

El no-violento se distingue por rechazar las tres fórmulas que todo el mundo repite para justificar la violencia. El no-violento dice:

1. No, no se corrige ni se detiene el mal oponiéndole un mal igual, sino que así se duplica el mal y entra uno mismo en la cadena del mal.

2. No, el fin no justifica los medios. Los malos medios echan a perder las mejores causas. Si el fin es justo, los medios deben serlo también.

3. No, el temor, la coacción y la fuerza no establecerán jamás la justicia, como tampoco nos enseñan la verdad. No pueden sino falsear las conciencias. Y es el enderezamiento de la conciencia lo que se llama justicia.

El no-violento se vincula directamente, en espíritu y en acto, a la justicia, que es una, universal y sencilla como dos y dos son cuatro.

Son el hambre y la sed de justicia la razón de sus empresas. Sirve a la justicia, no se sirve de la justicia para justificar actos cuya razón son los otros móviles enumerados más arriba, o reacciones dictadas por la actitud del adversario.

He ahí por qué Gandhi da a la acción directa no-violenta el nombre de *satyagraha,* es decir, acto de adhesión a la verdad.

Convencer y transformar al enemigo, convertirle combatiéndole, y hacer de él al final un amigo, he ahí la victoria hacia la que tiende la no-violencia.

¿Es esto posible? ¿Cómo se hace? ¿Quién lo ha hecho? ¿En qué circunstancias y con qué resultados?

Lo primero que hay que hacer es instruirse y comprender, lo segundo intentarlo uno mismo.

Pero no se instruye uno como se aprende la aritmética o la gramática. Instrucción significa construcción interior, y comprender es agarrar, prender, dentro de uno mismo.

Los primeros pasos son, pues, vuelta sobre sí mismo, reflexión sobre los principios, conversión, inversión del sentido de la corriente.

En efecto: si el fin de tu acción es transformar al adversario sin forzarle, ¿cómo lo lograrías si no te has convertido tú mismo? Si el fin es librar al enemigo de su odio y de su mal tocando su conciencia, ¿cómo conseguirlo si no te has librado tú mismo del odio, del mal, de la inconsciencia?

Quieres llevar la paz al mundo, eso muestra que eres generoso. Hasta los confines del mundo, pues tu corazón es grande. Pero ¿sabes instaurar la paz en tu casa? ¿La llevas en tu corazón? ¿Puede darse lo que no se tiene?

¿Y la justicia? ¿Puedes establecerla entre tú y los otros,

incluidos los que te son extraños y hostiles, si no lo logras con tus allegados; más aún, si no la estableces entre tú y tú mismo?

¿Hay que deducir de estas palabras la conclusión desalentadora de que para entrar en el combate no-violento hay que ser un santo, un sabio, un hombre perfecto? No, pues esta forma de combate está hecha para todos los hombres y podemos entrar en ella tal como somos, con nuestras indignidades (y mejor si tenemos conciencia de ellas); pero hay que saber que en principio, si no de hecho, hay que prepararse a ella, como a cualquier otra lucha, si bien aquí la preparación es interior.

Por otra parte, la lucha misma y las tribulaciones que entraña son ejercicios que nos ayudan a transformarnos, y el dominio de sí mismo es prenda de victoria sobre el mal.

La paz y la justicia son un ajuste armonioso que no se hace solo, sino que es el fruto sabroso de un esfuerzo, de un trabajo sobre uno mismo antes y después del enfrentamiento. Por ello dice Vinoba: «El campo de maniobras de la no-violencia es el corazón del hombre».

No basta el ejercicio, ni el valor, ni la razón.

¡No olvidemos la música!

A los tres artículos de fe de todo el mundo que acabamos de exponer hay que añadir otros tres, y uno más, lo que hace un total de siete. Sigamos pues la enumeración.

4. Toda violencia, incluido el homicidio, es lícita en caso de legítima defensa.

Es otro punto que nadie discute.

¿Y vosotros? ¿Lo discutís? Sí, porque la defensa es legítima, es un derecho y un deber; pero no el homicidio, que no es defensa sino ofensa.

No hay que hablar pues de legítima defensa, sino de ofensa justificada, lo que es una contradicción.

No tengo derecho a quitar a otro su vida para defender la mía, como no tengo derecho a quitarle su mujer para conseguir mi felicidad.

Que se hable más bien de «defensa natural» o de «defensa animal». Es de capital importancia no mezclar la ley en este asunto.

Pues si se legitima el caso excepcional en el que no se ve más medio de impedir la agresión que matar al agresor, se construirá sobre esa base todo un sistema de legislación y de instituciones que no servirán más que para preparar y perpetuar el homicidio. Así se ha hecho: el ejército, la policía y la justicia penal no son otra cosa.

Entonces la defensa no será ya natural —lo que la hacía excusable—; será un crimen premeditado, sistemático, y no habrá ya restricción moral ni límite para las matanzas y las crueldades.

5. El homicidio no sólo está permitido, sino que es un deber cuando lo exige el bien común.

Mas el «bien común» en cuestión no es el bien de todo el mundo. Es el bien de un grupo limitado, aun cuando comprenda millones de personas (el número no cuenta). El bien común no puede hacerse en detrimento de nadie. Se llama justicia y caridad para con todo ser humano.

6. La técnica, la economía, la política son moralmente neutras. Obedecen a sus propias leyes ordenadas hacia la eficacia.

Y así es como el hombre construye esas grandes maquinarias que le devoran a él mismo.

Que la eficacia es buena y siempre necesaria para hacer algo, de acuerdo; pero es insensato concederle un valor en sí. Si se trata de eficacia para hacer el mal, cuanto mejor es, es más mala.

7. La justicia es el orden establecido.

Este séptimo punto —a diferencia de los anteriores— no lo acepta todo el mundo. No hay régimen que no tenga sus rebeldes. Pero la mayoría está tan convencida de ello que el ciudadano ordinario está dispuesto a matar y a morir por obediencia a la ley y al poder.

Ahora bien, la ley fija las costumbres. Las costumbres son el efecto de ciertos equilibrios de fuerza entre las tribus

y las clases, de los pactos obtenidos después de largas luchas para hacer posible la vida civil y el trabajo en común.

Ante la justicia absoluta, la ley implica siempre algunas enormidades. A ellas se añaden los excesos o los errores de los que tienen el poder. El hábito y la ignorancia lo cubren todo. Mas he aquí que los equilibrios de fuerza se desplazan y que las conciencias se abren: la rebeldía tendrá en seguida por efecto crear otros estados de injusticia.

Hace falta siempre, por consiguiente, una ley para corregir la ley y un trabajo constante de revisión y de ajuste de la ley, como en régimen liberal.

Pero ese régimen está en constante inestabilidad, zarandeado por las rivalidades de tal manera que los gobiernos han de trabajar más para mantenerse en el poder que para gobernar. Les queda, no obstante, bastante fuerza para abusar del poder, y a los pueblos bastante pasión y ceguera para abusar de su derecho de oposición. El régimen es seguramente más humano que los otros, pero la crítica de los oponentes es menos pura, pues requiere menos valentía. Existen las vías lícitas y legales para denunciar la injusticia mediante la prensa y plantear el problema en el parlamento; pero los ricos, los poderosos, los intrigantes son los que dominan el juego.

Por ello hay que saber recurrir a la acción directa no-violenta sin miedo, y, llegado el caso, a infringir la ley abiertamente, a hacerse castigar, a imponerse ayunos y otros sacrificios, para que la justicia, que está por encima de todas las leyes, se abra paso en las conciencias.

No queremos decir con esto que la acción directa no-violenta sea imposible en regímenes no liberales. Es ciertamente más difícil y su victoria más dudosa. Pero es por no haber recurrido a ella cuando era relativamente fácil como se merece caer en la servidumbre y sufrir la dictadura.

La sublevación sangrienta, los desórdenes, tanto como la aquiescencia cobarde, constituyen la base de los regímenes de fuerza.

II. TACTICA DE LA ACCION NO-VIOLENTA. LAS CAMPAÑAS

5. CONTRA LA TORTURA

LLAMADA A LA CONCIENCIA Y AYUNO (marzo de 1957)

Llamada a la conciencia de los franceses

Francia es todavía amada en el mundo como la más libre y la más humana de las naciones.

Si no tenemos la libertad de gritar el horror que nos embarga, si nuestro grito no provoca un estremecimiento en la conciencia francesa, entonces es que Francia ya no existe.

Se echa agua en un embudo, el embudo se pone en la garganta del hombre. El estómago del hombre se infla hasta que parece que va a estallar.

Los enterrados vivos, salvo la cabeza.

La picana eléctrica, la sal en las llagas.

La corriente eléctrica en el sexo o en la oreja.

Los dientes, las uñas, los ojos arrancados...

Tales son algunos de los métodos de pacificación en Argelia.

Sufren ese tratamiento los sospechosos: aquellos de quienes se sospecha que saben algo. Si no hablan, porque no saben nada o porque tienen demasiado orgullo para vender a

sus camaradas, el suplicio continúa si es preciso hasta la muerte.

Los Oradours [1] se multiplican. Las orugas de los tanques pasan sobre las viviendas, a veces sobre los habitantes, los niños y las madres.

Preguntad vosotros mismos a los que vuelven de allá. No todos hablan, ni lo hacen de buena gana, pero nadie ignora lo que pasa.

Las atrocidades de la Gestapo y de las S.S. que hemos sufrido, empezamos a hacerlas sufrir a otros quince años después.

Los crímenes de guerra valieron la horca a los jefes que los ordenaron, el paredón a los ejecutores. Suscitaron nuestra indignación y la del mundo entero.

Se nos dirá: también nuestros enemigos torturan y mutilan. Lo sabemos. Lo sabemos muy bien, pues incluso han asesinado a uno de los nuestros, a quien lloramos. Respondemos inmediatamente:

Las malas acciones del prójimo no nos justifican.

No aprobamos sus crímenes como no aprobamos los nuestros, pero repetimos:

Las malas acciones del prójimo no nos justifican.

Por lo demás, con la atrocidad no se reprime la atrocidad ni se le pone término: lo que se hace es provocarla y redoblarla.

Quienes amáis a Francia y no queréis verla rebajarse e ir al desastre, tened el valor de denunciar esas abominaciones. *Escribid a los diputados, a los ministros, a los prefectos, exigid que, al menos por nuestra parte, eso termine inmediatamente.*

Se nos dirá todavía: Sacar a relucir tales cosas es manchar la bandera, es deshonrar a nuestro país. Respondo: *Lo que mancha y deshonra es hacerlo, no decirlo. Y ahora todo el que se calla se hace cómplice del crimen.*

[1] Oradour: publecito francés cercano a Limoges, víctima de una acción de represalia particularmente brutal de las tropas alemanas en 1944, de la que resultó el incendio del pueblo y la muerte de 634 personas (la casi totalidad de su población) (*N. del T.*).

Mas nosotros ¿quiénes somos y qué pretendemos? ¿A qué partido le hacemos el juego? ¿Quién nos empuja, nos sostiene y nos paga? Somos hombres libres de todo compromiso, obedecemos a nuestro propio corazón.

Somos hombres a quienes esos horrores han quitado el gusto del pan.

No acusamos a nadie: sentimos profundamente que esas culpas en que se incurre en nuestro nombre son culpa nuestra.

A causa de nuestra culpa, a causa de la culpa de nuestros enemigos, emprendemos veinte días de ayuno completo, excepto el agua, hasta pascua, y permaneceremos en París expuestos al público durante todo este tiempo.

Es un grito mudo, una muda plegaria, una ofrenda de vida.

Imploramos a todos los ciudadanos, a todos los cristianos, a todas las personas honradas de Francia, que reflexionen, que vuelvan en sí, y después que actúen según su conciencia.

Lanza del Vasto,
Bernard Gasdhard, campesino,
Pierre Parodi, médico.

En el reverso de la misma hoja:

Llamada a los jefes religiosos del Islam y a los jefes del «Frente de Liberación Nacional» de Argelia

No ignoráis que hay en Francia cristianos que reclaman justicia para Argelia. Yo soy uno de ellos. Soy además un discípulo de aquel Gandhi que fue siempre un amigo del Islam y que, por haber obtenido la paz con el Paquistán, murió como un mártir.

Las crueldades, las torturas, las represalias colectivas, los crímenes que los nuestros añaden a las desgracias de la guerra me han llenado de horror y de vergüenza.

Me he sentido pues empujado por el Espíritu a emprender, con dos de mis compañeros, 20 días y 20 noches de ayuno, en un lugar expuesto al público, suplicando a Dios que nos perdone, pidiendo a los franceses de Francia que protesten contra esas abominaciones y que exijan que se les ponga fin. A decir verdad, la mayoría ignora estas cosas o no llega a creerlas verdad: no dudo de que, en cuanto las sepan, todos los cristianos y todos los hombres honrados se indignarán como yo.

Sabéis por otra parte que los vuestros también, a menudo, torturan, mutilan, matan a inocentes, a mujeres y a niños, lo que es tan contrario a vuestra ley como a la nuestra.

No creáis que voy a proponeros un pacto y un acuerdo de interéis: no os digo: «Si los vuestros se detienen, los nuestros se detendrán»; no me digáis: «Cuando los vuestros se hayan detenido, exhortaremos a los nuestros a hacer lo mismo».

El primero que deje de obrar mal podrá levantar de nuevo los ojos hacia el cielo.

Que Dios ponga la paz en nosotros y entre nosotros.

Lanza del Vasto
31 de marzo de 1957

A los amigos

Nuestra causa está en manos de Dios. No nos queda sino sufrir y esperar. Hemos escogido la mejor parte. ¿Por qué inquietarnos? Nada pueden contra nosotros. Si nos dejan es un escándolo, si nos detienen es un escándalo mayor. Como dice el abate Pierre: «Ellos son leones y nosotros somos una pulga. Por eso somos más fuertes que ellos: pues una pulga puede morder a un león, pero un león no puede morder a una pulga». Seremos la pulga que inquiete su conciencia.

Que se conmuevan varios corazones, que se levante una esquina del sórdido telón de indiferencia, que algunos desdichados sean librados de las manos de sus verdugos, que se dé un paso hacia el apaciguamiento, que la «fuerza de la verdad» dé una nueva prueba de lo que puede, he ahí lo que pedimos a Dios.

Pongo formalmente en guardia a los amigos contra el argumento corriente: que el enemigo comete también atrocidades, y mayores. A ello respondo en mis dos llamadas, pero hay que volver constantemente sobre el argumento, porque es tenaz: es una desazón del raciocinio.

El más y el menos nada cambian en el fondo del asunto: un crimen basta para hacer un criminal, un robo para hacer un ladrón. Un Oradour basta para hacer de un regimiento una banda de nazis. Pues bien, si creemos a una de las pocas voces que han podido hacerse oír del lado musulmán, habría que cargar a nuestra cuenta la devastación de «regiones enteras, seiscientas mil mujeres, niños y viejos asesinados, centenares de aldeas bombardeadas con fósforo y regadas con napalm» [2]. No podemos comprobar esas cifras, nadie puede hacerlo en este momento. ¡Esperemos que exageren centenares de veces, seiscientas mil veces!

Cualquier cosa que hagan nuestros amigos, les suplicamos que olviden, por el momento al menos, sus opiniones y sus pasiones políticas, que están aquí fuera de lugar; pues si las ponen por delante se romperá inmediatamente la cohesión que podría unir a todos los que quieren participar en el *satyagraha*, mientras que cada cual, sea blanco, rojo o gris, puede sentir que se le hace el mismo nudo en la garganta cuando se trata de atrocidades: ¡basta que sea hombre! Todos pueden

[2] *Appel du peuple algérien* publicado en L'Essor (marzo), Ginebra. Naturalmente la prensa francesa tiene perfecta libertad para hablar de los crímenes de los terroristas; cuando denuncia los de la policía y el ejército sabe a lo que se expone.

pedir a Dios perdón por sus hermanos movilizados de grado o a la fuerza, en este momento mismo, para realizar esa baja e infame tarea. ¡Todos pueden gritarles que no lo hagan!

¿Es esto una opinión?

Nosotros podemos tener una opinión, como todo el mundo: podemos tener nuestra manera de responder a la cuestión de la legitimidad o ilegitimidad de toda guerra en general y de ésta en particular,

del derecho de poseer o no poseer colonias,

de la verdad o la falsedad de la asimilación de Argelia a una provincia francesa,

de la oportunidad o inoportunidad de llamar «pacificación» a lo que allí se hace y de tratar al enemigo como a una banda de malhechores,

de la existencia o inexistencia de una nación argelina,

de la necesidad de negociar, o bien de esperar un nuevo Dien-Bien-Fu [3], o una nueva amenaza atómica de Rusia, o nuevas reconvenciones de los Estados Unidos, o una nueva condena de las Naciones Unidas,

o bien de ahogar simplemente la revuelta en la sangre.

Sobre todas estas cuestiones que son «complejas», como suele decirse, de las que estamos dispuestos a admitir que no disponemos de todos los datos, y que además no debemos ni podemos zanjar, esperamos tener el valor de guardar para nosotros nuestra opinión inútil.

Pero si, durante estos veinte días, se nos diera la buena noticia de una tregua, ¿suspenderíamos nuestra penitencia?

— No.

¿De un alto el fuego?

— No.

Porque no ayunamos *para obtener algo,* ni siquiera algo tan deseable como la paz: ayunamos para expiar.

[3] Dien-Bien-Fu: escenario, en 1953-1954, de una violenta batalla al término de la cual una importante guarnición francesa hubo de rendirse a los ataques vietnamitas después de una encarnizada resistencia. Este revés precipitó los acuerdos de Ginebra y la retirada de los franceses del Vietnam (*N. del T.*).

A lo más, renunciaríamos a continuar nuestro ayuno en público y descenderíamos de nuestra picota para ocultarnos en casa.

Varios de nuestros más caros amigos se han asustado de la duración del ayuno, no queriendo vernos sufrir y temiendo por nuestra vida. Algunos se han aplicado incluso a un afectuoso regateo para tratar de reducir la pena a quince días.

Otros temen que la prueba excesiva sea vista por la gente como un número de circo y una exhibición de faquires. Tenemos plena conciencia de estos peligros, sobre todo del segundo. Pero hemos obedecido a una inspiración interior que nos ha dictado el acto y su medida.

Mas cuando comparamos esa medida con la marea de mal a la que tratamos de hacer frente, entonces nos parece muy pequeña.

Y aun si nuestra vida fuera sacrificada, la medida sería demasiado pequeña.

Mas nuestra esperanza viene de que en este fin de cuaresma unimos nuestros sufrimientos a los del Señor, y una parte de sus méritos infinitos dará valor a nuestro sacrificio.

Los veinte días (abril de 1957)

El diario ultrapatriotero que, refiriéndose a la serie de acontecimientos que conmovieron a la opinión y prepararon o acompañaron nuestro *satyagraha,* los presentó como «una campaña de prensa hábilmente orquestada», «un complot», una serie de golpes teatrales urdidos por los poderes ocultos de la política y de las finanzas, tuvo al menos en favor suyo el apoyo de la verosimilitud, toda vez que los hechos presentan un sentido y un orden.

He aquí resumidamente la serie de esos acontecimientos, imprevistos el día en que tomamos la decisión del ayuno, a principios de marzo.

Hacia el 12 de marzo apareció el libro de Pierre-Henri

Simon *Contre la torture* y algunos días más tarde *Le Monde*, diario objetivo y moderado, hablaba de él en primera página.

Después tuvo lugar en una prisión de Argel el pretendido suicidio del abogado Ali Boumendjel, indebidamente detenido por los paracaidistas e «interrogado» por ellos y a su manera desde hacía más de un mes.

E inmediatamente la protesta de René Capitant, que suspende sus clases de derecho en la facultad.

Entre tanto, *L'Express* publica el relato de Servan-Schreiber, *Lieutenant en Algérie*. El ministro de defensa nacional anuncia sanciones contra los que denigran al ejército hablando de atrocidades. E inmediatamente ataca a *L'Express* a causa de una fotografía que no es un documento auténtico (pero lo que hubiera tenido que demostrar era que el texto no era un testimonio digno de fe). Ahora bien, el texto contiene afirmaciones como éstas: que en ciertas regiones «un aduar de cada dos ha sido destruido», que «el ejército se pudre por la cabeza y que los generales hacen carrera por la política», que «el ejército se convierte en algunas regiones en un elemento activo del contra-terrorismo», que «la rebelión recupera del ejército francés tres veces más armas de las que ha podido recibir del exterior», que «esos reclutas, esos movilizados, esos veteranos, los convertimos en asesinos racistas, en incapaces, y algunas veces en monstruos...». A esas cosas es a las que hubiera habido que oponer un mentís preciso y concluyente en lugar de limitarse a una fotografía.

Aparece entonces la declaración de una «Comisión de encuesta» que ha permanecido en el Oranesado durante cincuenta días, interrogando a los prisioneros sobre los tratos que han recibido (prisioneros todos ellos franceses, a lo que parece, y expuestos a las venganzas de aquellos a quienes podrían denunciar). Los comisionados concluyen que es imposible probar que aquellos con quienes se les ha permitido entrevistarse hayan sido torturados, pero su declaración es de un estilo embrollado y termina con una apología de las «medidas de excepción» (esto es, las detenciones ilícitas y la extorsión de confesiones por cualquier medio); además, uno de

los comisionados se niega a firmar. El buen sentido deduce de todo esto la prueba de lo que no había que demostrar.

Aparece la Declaración de los cardenales y arzobispos con claras alusiones a las atrocidades (nosotros y nuestros amigos habíamos proporcionado a su asamblea los documentos que habían operado nuestra propia convicción, igual que se los habíamos presentado al presidente de la república).

El Consejo de la federación protestante reunido el 12 de marzo había tomado igualmente posición y denunciado los hechos de manera más precisa: «Los testimonios recibidos son demasiado numerosos y de calidad demasiado segura, las sevicias ejercidas son demasiado ciertas y graves, la emoción de muchos soldados y oficiales es demasiado dolorosa para que no apelemos a la conciencia pública»... «estamos seguros de que defender el honor consiste en reprimir los abusos, no en censurar a los que denuncian esos abusos».

Témoignage Chrétien, L'Express, France-Observateur, Le Monde, hablan ahora abiertamente de las torturas y de las atrocidades. El folleto *Des rappelés témoignent* aparece en treinta mil ejemplares, publicado por nuestro Comité de resistencia espiritual con el aval de unas sesenta firmas que cubren a los testigos, a los que guardamos a salvo de eventuales castigos. Es un documento estremecedor e irrefutable. Escapa al secuestro de la policía, se envía a todas las autoridades, se distribuye en París y en provincias. El público lo bebe como la arena bebe el agua.

Los estudiantes socialistas protestan, los universitarios protestan. El propio ministro de justicia pide explicaciones. El partido radical pide al ministro de defensa que se explique. El se defiende siempre de la misma manera, atacando a los que acusan y cubriendo a los que torturan. Tiene el descaro de declarar que todos los testigos son culpables, no por denunciar los crímenes, sino por no haberlos denunciado a tiempo, o sea a sus superiores cuando estaban en el ejército, pues es evidente que el alto mando los ignora, los reprueba y, cuando tiene noticia de ellos, los castiga.

Pero en esto recibe, para su mal, un sonoro y público

mentís: el general Paris de Bollardière, héroe de la Resistencia, solicita ser relevado de sus funciones, mostrando así que las órdenes bárbaras vienen de más arriba que él. Escribe inmediatamente a Servan Schreiber, acusado de desmoralizar al ejército, para felicitarle por su relato y para confirmar su carácter verídico (es Bollardière el allí designado con el nombre de coronel Galland, y es su drama de conciencia el que se describe). Este acto de indisciplina le vale dos meses en un castillo. Shantidas le escribe: «Toda la gloria y las condecoraciones cosechadas en tantos campos de batalla no valen tanto, a nuestros ojos, como la valentía de haber sabido negar obediencia a órdenes imbéciles e impías».

Si tantos hombres de corazón, católicos y protestantes, juristas o militares, políticos o religiosos, profesores, periodistas o moralistas se han levantado, juntos, sin haberse puesto de acuerdo, es que está ahí el dedo de Dios. Esta convicción nos hace entrar en liza a nosotros también. Ciertamente, no es el primer escándalo en Francia desde que existe el Arca. ¿Por qué os habéis lanzado de repente a la acción?, preguntan algunos. La respuesta es: Porque esperábamos un signo, y lo hemos tenido.

Hasta el último momento habíamos vacilado en cuanto al lugar del sacrificio. Habíamos pensado ante todo en alguna vieja barca, en un pontón embreado, amarrado a un muelle del Sena. Lo pintoresco de la vivienda, las chirigotas de los curiosos y las canciones no nos asustaban; era una picota muy agradable. Pero se hubiera encontrado en el trayecto de la reina de Inglaterra, cuya visita se esperaba. Poner una mancha de penitencia en medio de la fiesta hubiera sido poco galante, y una fiesta de amistad entre dos pueblos no es de las que nos guste turbar. Pensamos en el claustro de Saint-Séverin, cuyas rejas nos habrían separado de la calle sin ocultarnos a las miradas y cuyas arcadas nos protegerían de la lluvia y de la noche. Pero temimos ser causa de dificultades para esta parroquia amiga, situada en un barrio tumultuoso. Quedaba la posibilidad de pedir refugio al abate Pierre, puesto que estábamos sin cobijo. Pero el abate Pierre estaba ocupado

en Marruecos en la mayor empresa de su vida. Shantidas no le vio sino la víspera del ayuno, y se alegró de no tener nada que pedirle, pues le encontró muy cansado y cargado de otras preocupaciones. Prefirió escucharle hablar de su tema preferido: a quien más sufre, hay que servirle primero; y de un comentario del padrenuestro que iba a tener que exponer ante una máquina: «es un buen ejercicio y un verdadero descanso hablar de esto con un ser vivo, mirándole a los ojos»...

Por la mañana del 1.º de abril los tres ayunantes fueron a ocupar su puesto en Clichy. Inmediatamente supieron, por tres africanos vecinos, que el primer día de su ayuno era el primer día del Ramadán. Vieron en ello un signo.

14 ter, rue du Landy. Nosotros no habíamos escogido el lugar. Alguien que se encontraba allí nos había invitado la antevíspera. Sólo sabíamos que la casa era muy pobre y eso nos había decidido. Pero enseguida advertimos que había razones para escoger este lugar entre mil, y también en ello vimos signos.

En el siglo XVII, Clichy era una aldea. El párroco de esta aldea era san Vicente de Paúl. A dos pasos de aquí, en el patio junto a la iglesia, se enseña el árbol bajo el cual el padre de los pobres iba a leer su breviario.

En el sórdido barrio donde no subsiste ningún reflejo de lo que fue, donde zumban y chirrían una multitud de pequeñas fábricas, donde trepidan los motores de los camiones, donde llueven copos de hollín que salpican los vidrios de las ventanas y manchan las fachadas, donde caserones desgarbados cubiertos de anuncios surgen de soslayo y gesticulan en lo absurdo, la presencia del santo es aún perceptible y sus huellas se prolongan.

En frente ha nacido la Jeunesse Ouvrière Catholique.

También l'Oeuvre des Petits Chanteurs à la Croix de Lois.

Más allá, calle arriba, «le Nid», casa de acogida para las mujeres arrancadas a la prostitución.

Al otro lado de la iglesia tiene su sede el Servicio civil internacional.

Hay, en fin, un equipo de hombres jóvenes que se aplican a la conversión de los alcohólicos, de los proxenetas y de los invertidos. Apostolado peligroso y lleno de extravagantes aventuras. Han salvado ya a tres mil bebedores y por consiguiente a tres mil familias. Para confirmar al hombre salvado en un nuevo camino, lo asocian a la misión de salvar a otros...

La casita en que estamos es un refugio para jóvenes obreros sin vivienda y su fundador, un joven obrero, es el amigo que nos ha invitado. Treinta y dos personas viven entre sus muros agrietados (aparte de los huéspedes de paso), entre ellos varias parejas de ex-bebedores, algunos marroquíes y un negro.

Esa misma noche hay reunión de familia del barrio, presentación y charla.

«Detrás de una casita de una sola planta, leprosa y de muros al parecer inclinados, una puerta entreabierta da a un patio pintoresco, miserable pero no sórdido: flores en las ventanas, algarabía de niños, ropa a secar al viento. A la derecha, bajo el gran cobertizo abierto, un círculo de bancos y de sillas cojas en torno a un fuego que humea suavemente entre tres adoquines»... (*Combat,* 17 de abril).

Nuestros 20 días transcurrieron allí sin debilidades ni vértigos, sin accidente ni dolor excesivo. Hasta el final pudimos levantarnos, ducharnos con agua fría, lavar nuestra ropa, responder a los periodistas, reunir a nuestros amigos, mantener debates y conferencias.

Al atardecer se reavivaba el fuego y los obreros de los alrededores, entre ellos varios africanos, se unían a los compañeros y a los amigos, de pie en círculo en torno al fuego, para la oración abierta y para el ósculo de paz.

Los periódicos no dedicaron a este simple suceso sino algunos sueltos durante la primera semana. Hacia el final de la segunda semana apareció un artículo en *Témoignage Chrétien* (12 de abril). Se encuadraba el ayuno en la tradición bíblica, cristiana y gandhiana y se citaba al abate Pierre, que había hablado de nosotros en su editorial *Faim et soif* y en sus discursos públicos. El artículo, interesante en sí mismo, tenía además el interés de estar firmado por Maurice Vaussard, presidente de Pax Christi, estrechamente vinculado al arzobispado. Hubo otros artículos en *Combat* (17 de abril con el título de *Gandhi vivant,* en *Libération* (17 de abril), en *L'Express* (19 de abril) [4].

Ningún periódico francés se atrevió a publicar íntegramente las dos llamadas y ninguna radio francesa o de lengua francesa habló de ellas. Aparecieron sin embargo en Marruecos (*Istiqlal,* 13 de abril) y fueron leídas en árabe y en francés en la radio marroquí. Alcanzaron así a sus destinatarios musulmanes.

En conjunto, la prensa fue muy discreta y favorable. Las injurias y las ironías fueron bastante raras. Lo que podía temerse —que una ruidosa y torpe publicidad desnaturalizara la acción, desviara su efecto, la hiciera ridícula— se evitó por el silencio de los periodistas en el que hay que ver una forma de respeto. En realidad, la cosa es tan nueva en occidente que no se sabía qué decir y qué pensar. «Presencia de una fuerza extraña...», murmuraban algunos.

Alguno de nuestros amigos nos había acusado de «hacer ahora política» o por lo menos de «hacer el juego a ciertos partidos», pero ningún hombre político ni ningún partido se engañó. «Lanza del Vasto, sin ser enemigo de los comunistas (ni de nadie), les vuelve exactamente la espalda», observa Hélène Tuzet. El «Mouvement de la paix», de extrema izquierda, hizo el 12 su manifestación callejera contra las torturas; no hubo la menor confusión, colusión o encuentro con nosotros, ni alusión alguna en la prensa a nuestro gesto. Parece por lo demás imposible que el Arca se confunda o incluso llegue a un acuerdo con cualquier partido, movimiento o agrupación, aun cuando haga ocasionalmente causa común con ellos; no se viene al Arca físicamente, no acude uno a ella porque pertenezca uno a tal clase, a tal nación, a tal profesión, a tal escuela; antes bien, a menudo viene uno a ella porque

[4] Véase este artículo en Apéndice.

está en conflicto con su propio grupo. Incluso ese «Comité de resistencia espiritual» del que Shantidas es miembro y cuya secretaría está todavía a cargo de Roland Marin, nuestro compañero, limitó su «resistencia» a la publicación de *Des rappelés témoignent* y declinó la responsabilidad de este ayuno que no comprometía sino al Arca.

He ahí cómo (querámoslo o no, y si es un bien o un mal, no lo sé) nos vimos reducidos a nuestros propios medios. Se trataba de llegar, con nuestro doble llamamiento, al mayor número posible de personas. Hicimos una tirada de 150.000 y nos impusimos el deber de hacerlos repartir por nuestros compañeros, nuestros amigos, nuestros grupos.

Se formaron equipos de jóvenes de ambos sexos. A ellos se unieron adeptos venidos de provincias, así como jóvenes residentes en nuestro refugio y transeúntes encontrados en la calle. Los altos funcionarios recibieron la hoja por correo. Se hicieron distribuciones en los bulevares, en los metros, en los cafés, a la salida de las fábricas, en los pórticos de las iglesias. Hubo choques, empujones. La policía recogía a nuestros muchachos por todos los rincones de la ciudad; ellos, tan pronto como se veían de nuevo en libertad, volvían a empezar.

Numerosos cristianos escucharon nuestro mensaje, se unieron a nosotros, nos saludaron y nos apoyaron. Digo cristianos, porque católicos y protestantes estuvieron igualmente cerca de nosotros, en la plegaria tanto como en la acción. He ahí la unidad de las iglesias, sin artificio y sin intenciones ocultas, sin controversia y sin compromiso, sin precauciones y sin esfuerzos; aunque sólo hubiéramos obtenido este resultado (tan conforme a la vocación del Arca), ya valía la pena. Emperazon los cuatro vicarios y el buen párroco de nuestra parroquia (el sucesor de monsieur Vincent), que nos visitaban y nos traían amigos varias veces al día, que pedían a sus feligreses que se unieran a nosotros en el ayuno, por lo menos el viernes santo. Lo mismo ocurrió en Saint-Sulpice y en diversas iglesias de París, de Lyon y de Dijon. El *Bulletin paroissial de la boucle de la Seine* reprodujo audazmente nuestra llamada, y también la publicó *Cité nouvelle,* hoja protestante. El pastor Trocmé vino a ayunar un día con nosotros. Los padres Journet y Régamey nos hicieron varias visitas. Louis Massignon vino varias veces a orar en nuestras habitaciones, y el abate Pierre vino a abrazarnos en los últimos días.

Cada mañana llegaban paquetes de cartas de amigos, de hombres célebres, y sobre todo de desconocidos: soldados a quienes nuestro llamamiento había llegado al corazón pues habían visto con sus propios ojos las atrocidades que denunciábamos (un licenciado afirmaba no haber visto nada semejante durante sus meses de campaña, pero, contra lo que afirma el gobierno, éste era «el caso aislado» y la rara excepción), niños de las escuelas que prometían privarse de chocolate durante toda la cuaresma... y también algunas cartas de injurias, por lo menos tres por correo (¿por qué los que nos insultan tienen todos los mismos argumentos, el mismo estilo y la misma letra?).

En cuanto a los jefes argelinos, supimos por un sacerdote relacionado con algunos de ellos que nuestra llamada había sido recibida y oída. Inmeditamente habían comprendido su carácter sagrado. Además, la vida de los compañeros del Arca, apartados del mundo, de las intrigas y de las ambiciones, añadía «a su gesto el peso de la verdad». Es por lo demás bastante notable que hoy los musulmanes no ponen su esperanza y su confianza sino en los cristitanos. Ello se debe a las valientes intervenciones del arzobispo de Argel, a la firme moderación de sacerdotes hoy en prisión, de los hermanitos de Foucauld y de los monjes blancos que han permanecido en la montaña y en los aduares mientras que la guerra causa estragos en torno, y también al actual movimiento de opinión en la metrópoli, que es sobre todo un despertar de la conciencia cristiana [5]. No tuvimos, sin embargo, ninguna res-

[5] Los comunistas, que han tomado decididamente partido por ellos, les repelen por sus teorías materialistas y su oposición a las tradiciones; aparte de que los patriotas comprenden mal que alguien tome las armas contra su propio país, aun para combatir al lado de ellos.

puesta directa; y ningún argelino vino a ayunar con nosotros para expiar los crímenes de los suyos, como hubiéramos deseado.

Las noches se pasan bien, de sueño ligero o de sereno insomnio. Pienso en los señores Guy Mollet, Bourgès-Maunoury y Lacoste, y en nosotros tres, aquí acostados en nuestra tabla. ¡Pobres! ¡Cuánto mejor estamos nosotros en nuestro lugar que ellos en el suyo!

Miro por la mañana los cinco hermosos tulipanes que nos ha traído nuestra vecina. Cortados de su tallo como nosotros y viviendo de agua clara y de amor desde hace más de dos semanas. La luz del día penetra por la claraboya para rebotar en la fresca llama de las flores, y mi oración y mi meditación se reducen a perder mi mirada en su color de vida. La lección que me enseñan es que la vida es buena en sí misma, y no feliz a causa de los placeres, que es pura alegría más allá del placer y de la pena; alegría perfecta por ser don de Dios, don que Dios hace de sí mismo pues Dios dice: Yo soy la vida. Los objetos del deseo, hay que atravesarlos, hay que mirar a través de ellos sin detener en ellos la mirada, sin poner en ellos el corazón, sin que en ellos queden prendidos y dispersos trozos de nosotros mismos. Hay que hacer de la fuente del deseo el único objeto del deseo y cerrar así el círculo, pues la fuente del deseo es la vida que tenemos en nosotros mismos. El placer que creemos extraer de los objetos es un velo que nos oculta la vida, hay que apartarlo para descubrir que la vida es pura alegría. Asimismo el dolor es un velo que nos oculta la muerte y hay que apartarlo para descubrir que la muerte es liberación y paz. El ayuno me enseña esta certidumbre y me hace tocarla. No es que temamos la muerte porque sea dolorosa, sino que la hacemos dolorosa porque la tememos. La tememos porque nos aferramos a esa envoltura nuestra que llamamos «yo» y que es nuestro límite, a la que tomamos por apoyo y que es el peso que nos arrastra, porque creemos que la única vida es la poca vida que nuestra envoltura contiene y la defendemos desesperadamente contra la muerte en la que vemos un negro vacío, cuando en realidad es el abrazo del infinito que viene a llevarnos, la marea de la vida eterna. El ayunante ve de hora en hora subir la muerte, sin temor, sin lamento, sin énfasis trágico, sin pensamiento fúnebre, sin fantasmas. Se asombra de no encontrar ese sufrimiento hacia el que corría a pecho descubierto.

El último día llega este telegrama de la India:

Dios bendiga vuestro satyagraha. *Espero ayudar fundiendo mi corazón con amor.*

VINOBA

6. CONTRA LA BOMBA

El ataque de Marcoule (abril de 1958)

El primer campamento organizado en Sénos por los compañeros del Arca para el estudio de la no-violencia tuvo un feliz éxito, ya que terminó con una campaña, y una campaña es mejor que un campamento.

Como es sabido, el campamento no estaba reservado exclusivamente a los amigos del Arca; fueron invitadas y vinieron toda clase de asociaciones: dos sacerdotes, un dominico, el padre Journet, el pastor Trocmé del Movimiento internacional de la reconciliación, Robert Barrat, Alfred Nahon, miembros del Servicio civil internacional, de la Fraternidad secular de Foucauld, Camille Drevet de los Amigos de Gandhi, la tolstosiana Olga Birioukoff, objetores de conciencia, cuáqueros, voluntarios de Emaús... Hubo hermosas charlas y testimonios conmovedores. Pero el discurso más aplaudido fue seguramente el más breve, el de Shantidas que proponía poner fin a los discursos y concluir con una incursión a la vecina fábrica de Marcoule, donde, pese a las desmentidas oficiales, todo el mundo sabe que se prepara la primera bomba atómica francesa.

Todo el mundo sabe también que si Francia tiene su bomba otras diez naciones tendrán pronto la suya.

La explicación con la que se nos quiere engañar es que se hace la bomba para no utilizarla, pues eso sería demasiado terrible y una locura excesiva, pero todos saben que en la última guerra se utilizó ya la bomba, y que nada es demasiado terrible ni locura excesiva para los que hacen la guerra.

La bomba, se dice, debe dar miedo al enemigo, que no pedirá otra cosa. Pero para que el enemigo tenga miedo tiene que pensar que puede utilizarse. No es posible a la vez meterle miedo y tranquilizarnos a nosotros. El miedo no puede dejar de incitar al enemigo a fabricar su bomba y a enviárnosla primero. Todo el mundo sabe que es el miedo (mucho más que el odio o que cualquier otra razón) lo que hace estallar las guerras.

Pero no es en absoluto necesario que estalle la guerra para que la bomba sea espantosa. Einstein, Schweitzer, Oppenheimer, Joliot-Curie y algunos centenares más de sabios han probado y proclamado que los ensayos bastan para oscurecer el sol, deshacer la tierra, herir a hombres y animales en sus órganos y en su simiente, hacer a unos impotentes y estériles, condenar a otros a engendrar monstruos, blanquear la sangre, atacar la carne con una lepra solapada. Aire, agua, alimentos, mar, lluvia y viento, todo puede hacerse vehículo de muerte para todos los hombres.

Mas la gente continúa, por un pequeño sueldo, fabricando tranquilamente su muerte.

A veces les grito: «¿Es posible que tengáis tan poca imaginación? ¿Hace falta verdaderamente que os maten para que empecéis a comprender lo que hacéis?».

En los Estados Unidos, nuestros amigos del *Catholic Worker* no han dejado, desde el crimen de Hiroshima, de multiplicar los ayunos, las protestas públicas y las publicaciones, siendo su última empresa la de hacerse encarcelar por haber intentado franquear las barreras del servicio de orden durante los experimentos de Nevada.

Otros resistentes a la guerra se negaron a meterse en los refugios durante los ejercicios obligatorios de defensa aérea.

Cuatro norteamericanos (negros al parecer) van a trasladarse a Inglaterra, a Francia, a Alemania, a Rusia, para dirigirse a los gobiernos y alarmar al público.

El escritor William Bross Lloyd, el doctor Linus Pauling, premio Nobel de química, el socialista Norman Thomas y otros ciudadanos norteamericanos han interpuesto el 4 de abril una demanda ante los tribunales contra los señores Neil T. McElroy, ministro de defensa, Lewis L. Strauss, presidente de la comisión de energía atómica, y varios miembros de ese organismo.

En esa demanda se pide que la justicia requiera a los acusados para que interrumpan toda participación en experimentos de armamento atómico en tanto que no hayan demostrado, en el curso de su proceso, que esos experimentos no son contrarios a las garantías constitucionales y a las leyes americanas.

En Suiza, desde hace varios años, Alfred Nahon lanza sus gritos de alarma apoyados en ayunos que han llegado hasta 19 días, y trata de establecer cadenas de ayunos: ayunos de corta duración cada uno, pero en los que habría un relevo constante.

Pero el *satyagraha* más heroico y más emocionante fue el del cuáquero Albert Smith-Bigelow y sus tres compañeros, todos ellos de edad madura y padres de familia. Aparejaron el barco «Golden Rule» (Regla de Oro) y zarparon de Honolulú el jueves 24 de abril, pese a las advertencias de las autoridades, poniendo rumbo a la zona prohibida en donde ha de lanzarse un artefacto cincuenta veces más destructor que el de Hiroshima, y «casi limpio», como anuncian extasiados los expertos. Al comandante del puerto, que le dice «Van ustedes a una muerte segura», el capitán del «Golden Rule» responde: «Queremos decir a todos los hombres: sed honrados con vosotros mismos».

En Inglaterra, el accidente radiactivo que echó a perder la leche de toda una región, y que no fue posible ocultar, despertó en parte el buen sentido popular, y aunque tal obispo haya declarado que la fabricación de la bomba no es contraria al evangelio, tal jefe de estado que es conforme a la prudencia y necesaria para el bien de todos, no han persuadido a todo el mundo.

Las fiestas pascuales se señalaron por una «marcha» que hizo ruido. Cuatro mil personas se trasladaron a pie por las carreteras hasta las verjas de Aldermaston, donde se prepara la bomba H. Los caminantes, saludados por la población, fueron hostigados por la propaganda adversa que gritaba sus consignas mediante camionetas publicitarias y aviones. Una campaña de prensa intentó en vano poner en ridículo esta manifestación, que fue sin embargo notable por su porte digno e incluso religioso. Había sido preparada y animada, por lo demás, por el filósofo octogenario Bertrand Russell, el comandante King-Hall, el canónigo Collins y otros personajes célebres por su pasado científico, político o incluso militar.

No se ha olvidado el ruido que hizo, el año pasado, la dimisión de dieciocho sabios en Alemania occidental.

Nuestra expedición se improvisó. Apenas enunciado el proyecto, fue aprobado sin discusión, y ejecutado el día siguiente.

De las ciento veinte personas que asistían al «campamento de información», ochenta y dos se embarcaron en la aventura sin reservas, aplicando espontáneamente la disciplina no-violenta.

Pensamos dejar en casa a nuestra compañera Denise, que estaba en su octavo mes de embarazo. Ella contenía sus lágrimas, pero en el momento de partir Nicodemo, su marido, vino con los labios temblorosos a decir a Shantidas que si no se aceptaba el testimonio de los compañeros con el pretexto de que tienen hijos, más hubiera valido impedirles que se casen. Se salió con la suya. También la Souricette («la Ratita»), que tiene doce años, se unió a la expedición, y se portó muy valientemente a su hora.

El viernes 11 de abril, hacia las cuatro de la tarde, un día

de mistral claro y helado, nuestra pequeña tropa penetraba en el terreno prohibido.

Rodeada de un cinturón de alambradas como los campos de concentración, la monstruosa fábrica con sus edificios pintados presenta el aspecto pimpante de un balneario en medio de un círculo de sonrientes colinas: país condenado.

Las órdenes eran las siguientes:

Acercarse a los ventanales del pequeño edificio del cuerpo de guardia como un grupo de curiosos extraviado.

Después, mientras que los tres parlamentarios se explican con los guardias y les entretienen lo que pueden, agacharse bruscamente y pasar bajo la barrera, análoga a la de los pasos a nivel.

Avanzar entonces por el camino lo más deprisa posible, pero sin correr, sin volver la cabeza a derecha ni a izquierda, sin responder a nadie, sin gritar ni hablar.

Rodear a los jefes en formación cerrada, interponerse entre ellos y el servicio de orden para dejarles el camino libre.

Si nos golpean, no defendernos; si golpean al vecino o éste cae, no detenerse para socorrerle; si nos agarran, no forcejear, pero en cuanto el guardia trate de arrastrarnos, sentarse en el suelo y no moverse. Si nos sueltan para agarrar a otro, levantarse y volver al grupo.

Si los guardias apuntan sus armas y amenazan con tirar, inmovilizarse en pie y esperar las órdenes de los jefes.

Mantenerse tranquilo y recogido, atento y disponible.

Nuestra mejor arma fue la sorpresa, que tuvo por efecto petrificar a los guardias. Cuando empezaron a agitarse, estábamos muy adelante...

Franqueamos, pues, sin dificultad y como volando los doscientos metros que nos separaban de los edificios administrativos que pretendíamos invadir; pero, al encontrar cerradas las puertas, nos agrupamos ante las fachadas de vidrieras.

Allí otros guardias nos rodearon, en número de una veintena, el revólver a la cintura.

Al ingeniero que había sido enviado a parlamentar le dijimos que estábamos allí para protestar y que no nos iríamos más que por la fuerza.

Pedimos entrevistarnos con el director y entregamos una carta para él. Estando ausente el director, pedimos que nos recibiera el subdirector. Pero el subdirector, un militar, se negó a recibirnos en esas condiciones. Poco después, no obstante, bajó él mismo para vernos. Y las preguntas y las respuestas se cruzaron.

Primeramente el tono era elevado: «No admito que... Considero, señor mío, que... No comprendo que...».

— No-violentos, dicen ustedes, pero por lo pronto violan ustedes la propiedad privada y empiezan por ponerse en una situación falsa...

— ¿Privada? ¡Vamos! En su propiedad privada cada cual hace lo que sólo a él le interesa, pero lo que se hace en Marcoule interesa a toda Francia y al mundo entero.

— ¿Y si yo invadiese su cocina y me negase a salir, qué harían ustedes? —preguntó el más indignado.

— Le daríamos de cenar.

Y el más indignado se suavizó.

Otro entró en escena con un refuerzo de cólera fresca:

— ¿No se dan cuenta ustedes de que están en plena ilegalidad, y de que tenemos derecho a expulsarles *manu militari?*

— Sí.

— ¿Entonces?

— Entonces, háganlo.

Otros vinieron a argumentarnos, a demostrarnos la perfecta inutilidad de todo aquello.

El tiempo pasaba, el frío se hacía penetrante. Nos sentamos en el suelo y nos apretamos unos contra otros.

— ¿Quieren quedarse ustedes toda la noche? ¿quieren quedarse tres días? ¡Como quieran, no veo inconveniente! ¿Quieren jugar con el desgaste? Serán ustedes los primeros gastados. Están derrotados de antemano, sin que necesitemos tocarles.

Es lástima que sólo fuera una amenaza en el aire: no podían ofrecerse mejores condiciones para un *satyagraha*.

La noche caía, el frío nos ganaba; nos pusimos a cantar el *Alle Psallite* dando palmadas con las manos. Después nos callamos.

— En definitiva —exclamó el jefe de la guardia— ¿qué quieren ustedes que hagamos nosotros?

El pastor Trocmé tomó la palabra:

— ¿Tiene usted un hijo?

— Sí.

— ¿De qué edad?

— Cinco años.

— Háganos lo que le haría a él.

Y el otro, con su buen sentido y su buen acento del terruño:

— ¡Oiga! ¿Me ven ustedes dándoles una azotaina? Me sentiría ridículo, y ustedes también.

Uno de nosotros, pasando al ataque, hizo a su vez una pregunta:

— Hacer la bomba, ¿no es un caso de conciencia?...

Los ingenieros se refugiaron tras los argumentos habituales, pero un pobre subalterno murmuró entre dientes:

— Un caso de conciencia, ya, ¡claro que lo es!

— ¿Creen ustedes que nos gusta más que a ustedes. la bomba? —exclamó un empleado.

— Entonces haga como nosotros, niéguese a hacerla.

Un vigilante, turbado, se acercó a los nuestros:

— Oigan, de hombre a hombre, explíquenme. Quisiera comprender...

Creo que si nos hubieran dejado allí tres días, no habríamos perdido el tiempo.

Mas he aquí que entraron en funciones tres brigadas de la policía venidas de Nîmes, cuyo jefe vino a conminarnos a que nos retiráramos, y ante nuestra negativa nos prometió que «la cosa iba a calentarse».

Pero la promesa tardó en venir, y el difícil calentamiento no duró hasta el término de la operación.

Los primeros esbirros que pusieron la mano sobre un compañero para arrastrarle por los hombros o por los pies se envolvieron en una nube de palabrotas para darse ánimo. Los primeros arrastrados recibieron bofetadas y patadas, tirones de pelo y de barba. Hubo un hombro dislocado y una sotana rota, pero a medida que el trabajo avanzaba, empezaba a diluirse la rudeza del adversario.

Cuando me llegó el turno, comprobé con mayor precisión lo que me había parecido desde el comienzo del juego: yo era un actor que representa un papel previamente escrito, yo era un espectador que se divierte con la comedia que le ofrecen y espera con curiosidad lo que ha de venir, y yo era el que se mantiene apartado, en oración, durante el combate y repite: «Que tus servidores te sirvan y que se haga tu voluntad».

Se nos ha dicho: «¿Para qué servirá todo esto?».

Es verdad: no servirá para nada, si nos quedamos solos.

Por eso ahora los compañeros van de puerta en puerta tratando de alarmar a la vecindad y de llamar a la gente a la resistencia.

No hay que decirlo para no desanimar a los que quieran seguirnos, pero es verdad: esto no sirve para nada.

Por lo menos no puede servir para impedir la bomba.

La bomba estallará porque la hemos merecido demasiado.

Estallará, porque se cosecha lo que se ha sembrado.

Estallará, y nada puede impedirlo porque el mal está ya hecho.

El mayor mal es el de haberla inventado. La subversión suprema, la blasfemia infernal, es haber desintegrado el átomo.

El hombre no podía encontrar más exacta oposición al acto creador de Dios.

Lo contrario de toda sabiduría, lo contrario de toda bondad, lo contrario de toda vida espiritual o natural. «Dios dice: Puesto que has hecho eso, ciertamente morirás» (Génesis 2). Dios no condena con cólera, comprueba con tristeza que el ladrón del fruto del conocimiento se ha condenado a muerte.

Para escapar a su destino, no es a la bomba únicamente a lo que debe renunciar, sino a todo el sistema del que la bomba es el producto necesario porque es su más perfecta expresión.

Pero ¿quién se rinde a esta evidencia?

Ese prepara el Arca, mientras que todos los demás contribuyen a fabricar la bomba.

¿Creéis que queremos la bomba?, dicen los que la fabrican.

No basta no quererla, hay que no querer hacerla.

Hay que querer no dejarla hacer.

Hay que querer no aprovecharse de todas las cosas que hacen que la bomba exista.

Hay que saber que si no renunciamos a esas cosas, se nos arrebatarán de todas maneras, pues es nuestra obstinación en conservarlas lo que las destruirá.

Mas la bomba debe estallar porque nadie quiere saber.

Con razón, pues, se nos ha dicho: «¿Para qué servirá eso?».

Eso no servirá para nada, aun cuando no nos quedáramos solos.

Entonces ¿por qué...?

El Eclesiastés dice: «Lo que tu brazo encuentra para hacer, hazlo con fuerza: ése es tu papel».

El ayuno de Marcoule y de Ginebra o los quince días

Mucha agua ha pasado bajo los puentes desde los acontecimientos de principios del verano de 1958, y no sin esfuerzo volvemos a ellos. Pero debemos su relato a nuestros amigos, varios de los cuales no han tenido de nuestra acción sino ecos incompletos por la prensa.

Tal vez, también sea bueno considerar un acto totalmente despegado de nosotros, como un objeto.

Se recordará que después de nuestra intrusión en la fábrica de Marcoule, después del campamento de pascua, preparábamos una marcha popular y nos esforzábamos por despertar la región a la conciencia del inmediato peligro del centro nuclear, ya capaz de envenenarnos el viento y la lluvia ahora mismo, sin esperar a la bomba ni a sus ensayos.

Quisiera a este respecto abrir un paréntesis y responder a dos objeciones que se nos han hecho varias veces.

Se nos dice: ¿Por qué os manifestáis contra la bomba atómica más bien que contra cualquier otra especie de bomba? Toda arma, hasta la de Caín, merece la misma reprobación.

Tal argumento no tiene valor alguno contra un no-violento. Que nos manifestemos contra la bomba no significa que aprobemos las otras armas. No está dentro de nuestras posibilidades manifestarnos contra todo lo que desaprobamos, y no por eso aprobamos todo aquello contra lo cual no nos manifestamos.

Otros dicen: ¿Por qué os indignáis contra la bomba atómica cuando los empleos pacíficos de la desintegración son casi tan destructivos y peligrosos?

Eso es lo que no hemos dejado de afirmar y de demostrar.

Pero las demostraciones de ese orden no pueden llegar sino a los que nos leen, nos escuchan, se encuentran en condiciones de razonar y tienen la voluntad de comprender y no cegarse. Son inaccesibles para la mayoría (y ¡cuántos a quienes sobra inteligencia se agregan a esa mayoría y le sirven de portavoz!).

¿Por qué, en las manifestaciones públicas que tienen por objeto remover la conciencia de una gran masa, centramos nuestra atención en la bomba?

Porque la bomba es la cabeza del monstruo y hay que apuntar a la cabeza.

Esa cabeza que escupe fuego, veneno y muerte, todo el mundo ve que es la cabeza de un monstruo. El resto del cuerpo no es menos monstruoso, mas los hombres son demasiado ligeros y demasiado tontos para advertirlo. Admiran las escamas de la cola porque brillan, y las articulaciones porque son muy fuertes...

Para una acción pública no-violenta, es preciso un motivo sencillo y al alcance de los sentidos.

La bomba lo es.

La bomba no es un fenómeno aislado. Tiene sus raíces, sus ramificaciones, sus vinculaciones que terminan por envolver nuestra civilización entera, de la que es uno de los frutos más característicos y más perfeccionados, por lo tanto inevitables. No es necesario que todos aquellos a quienes incitamos a resistir a la fabricación de la bomba capten todos los detalles de esa red de causas.

Durante todo abril, mayo, junio, los compañeros y las compañeras fueron pues cada tarde en pequeños equipos a visitar a los campesinos, a los comerciantes, a los sacerdotes, a los alcaldes y a los obreros e ingenieros de Marcoule. Mientras tanto. Shantidas iba a hablar en los ayuntamientos de los alrededores hasta Orange, Carpentras y Avignon.

En el departamento del Gard, el prefecto, bajo la fuerte presión de los directores de la fábrica, prohibió toda reunión y manifestación del Arca.

Nuestro proyecto era organizar el 29 de junio una marcha popular que saldría de Pont-Saint-Esprit (límite del departamento) y llegaría hasta las verjas de Marcoule.

Las prohibiciones de las autoridades no fueron lo que nos hizo renunciar a la marcha, pues no estamos tan faltos de imaginación que no sepamos encontrar alguna manera de burlar la prohibición, ni somos tan tímidos que no osemos desafiarla, aun a riesgo de sufrir prisión o golpes, si ello hubiera convenido.

Pero los acontecimientos de Argel y la llegada al poder del general de Gaulle habían desviado la atención general. Nos dimos cuenta de que no podíamos reunir bastante gente para un movimiento de alguna consideración.

Nos contentamos pues con reunir en Sénos a los vecinos que se nos mostraron más adictos y dedicar la jornada a un estudio de la no-violencia en estilo más popular que de costumbre.

Durante ese tiempo doscientos policías con sus vehículos

patrullaban por todas las carreteras de Pont-Saint-Esprit a Marcoule, haciendo en nuestro lugar la manifestación prohibida.

Quedaba el aspecto de la acción que no dependía sino de nosotros: el ayuno.

Publicamos la hoja siguiente:

> Dieciocho personas emprenderemos públicamente un ayuno completo durante 15 días a partir del 30 de junio, acampados unos en las inmediaciones del Palacio de las Naciones de Ginebra y otros en las inmediaciones de la fábrica atómica de Marcoule en Francia.
>
> En el Palacio de las Naciones, se espera una conferencia de expertos para estudiar los medios de control de las explosiones nucleares con miras a llegar a un acuerdo sobre la suspensión de las pruebas.
>
> Mientras tanto, en la fábrica de Marcoule, se precipitan los preparativos de la primera bomba francesa de plutonio, que se espera experimentar pronto en el Sáhara.
>
> ¿Qué menos podemos hacer que ofrecer estos quince días de sufrimiento y de espera para invitar a cada uno a reflexionar sobre esta cuestión de vida o muerte para todo el mundo? No tenemos poder ni autoridad, pero somos exigentes en nombre de la vida; por ello nos vemos obligados a ayunar.
>
> Nuestro ayuno es la espera y el sufrimiento de todo el mundo ante esos edificios en que, aquí, se discute sobre la vida y la muerte de todos, o allí, se premedita y se prepara la muerte de todo el mundo.
>
> La próxima conflagración nuclear: centenares de millones de víctimas, aniquilados unos en un instante, consumidos otros a fuego lento durante decenas de años; en cuanto a cuáles serán los pueblos más afectados, «eso, dicen los expertos, dependerá de la dirección de los vientos».
>
> En cuanto a los experimentos, no constituyen un «peligro», son una calamidad en sí mismos. Levantan toneladas de polvo mortal que tardará años en posarse y que recaerá sobre las generaciones próximas.

Las pruebas atómicas son una guerra que hacemos a nuestros hijos ya nacidos o por nacer.
He ahí la sencillísima verdad que no admite discusión alguna.
Ante esa verdad, es indiferente tener razón o equivocarse, ser fuerte o débil, vencedor o vencido.
Lo único que importa es abrir los ojos a esta evidencia:
Que ante nosotros, a dos pasos, se encuentra el abismo.

Y el domingo por la noche partió el equipo destinado a Ginebra, con Shantidas al frente.

El otro equipo, cuyo capitán era Pierre le Chamois, se dispuso el día siguiente de mañana a tomar posición sobre el terreno.

Llegados a Pont de Codolet, enviaron un mensajero, que volvió con malas noticias: la carretera estaba cortada por coches de la policía; los hombres que durante la noche habían ido a instalar el campamento y a poner una valla en el terreno privado (debidamente prestado) habían sido retirados uno a uno (se habían dejado arrastrar de la manera que nos es ya habitual) por los gendarmes, que habían arrancado las tiendas de campaña y roto el vallado, lo cual era, dicho sea de paso, perfectamente ilegal.

Los ayunantes, desconcertados, volvieron a Sénos para dar aviso. Se decidió que irían a su vez a ocupar el terreno con la intención deliberada de hacerse detener también.

Hacia mediodía volvió el equipo de noche, puesto en libertad por los gendarmes.

Los ayunantes se pusieron en camino, levantaron el vallado y colocaron a la entrada un letrero: Propiedad privada. Después se sentaron, esperando los acontecimientos. Hacia las seis de la tarde llegaron fuerzas de la policía, rompieron las nuevas vallas y se llevaron a los hombres, mientras que los autobuses de Marcoule pasaban por la carretera, llenos de obreros que se asomaban a las ventanillas para saludar a los manifestantes, a los que reconocieron.

Durante este tiempo, los compañeros que habían quedado en libertad instalaban un campamento en Lamotte, al otro lado del Ródano, en territorio de nuestro departamento, donde la policía del departamento del Gard no podía inquietarles. Había aquí un gran prado, una iglesita antigua, una oficina de correos y un calvario, en suma, todo lo que necesitaban. Allí se establecieron tan pronto como les dejaron en libertad, y allí pasaron sus quince días.

El párroco de Lapalud vino a decirles los oficios, y las bóvedas de la iglesia resonaron con los mismos cantos que las habían llenado cuando estaban nuevas. La voz de los cantores se debilitaba a medida que avanzaban los días.

Cada mañana y cada tarde a las seis, los ayunantes se ponían en fila sobre el terraplén frente a la carretera, mientras que desfilaban los autocares que llevaban a los obreros a la fábrica.

Los chóferes tocaban el claxon y los obreros, al pasar, hacían señales de amistad.

En Ginebra, la acogida fue muy calurosa. Un pastor puso a nuestra disposición un rincón de su parque con entrada desde la carretera, no lejos del palacio. Los periodistas y los cineastas de todos los países vinieron a fotografiar y a interrogar a los acampados, mientras que los amigos del grupo les rodeaban de solicitud.

Los periodistas hacían primero las preguntas que interesaban a su periódico y redactaban sus comunicados. Después, sentados en la hierba, empezaban a hacer preguntas para ellos, en cuanto hombres. Uno de ellos, por conciencia profesional y seguramente también para edificación propia, pidió que se le permitiera ayunar con nosotros durante un día. Otros volvían al día siguiente con su mujer y a veces con su hijo. Después, los vecinos de la calle, los transeúntes y todos aquellos a quienes la prensa había despertado la curiosidad, tomaron la costumbre de visitarnos.

Por la noche encendíamos un gran fuego para la oración abierta, y el círculo fue mayor cada día, hasta el último.

El primer domingo convocamos mediante la prensa y la radio a los fieles de las diversas confesiones (Ginebra es a

este respecto una encrucijada, y casi todas las del mundo estuvieron representadas) para tener algunas charlas sobre la unidad religiosa y sobre los medios de acercarse a ella. Los últimos días se señalaron por una reunión de los grupos del Arca próximos a la frontera, hasta Lyon y Grenoble.

A medida que pasaba el tiempo aumentaba nuestro campamento. Algunos amigos vinieron a ayunar los ocho últimos días, otros los tres últimos, y se descubrían nuevos amigos.

Extenso césped, hermosos árboles refrescados por los aguaceros de verano; estábamos en el paraíso.

Aparte de los malestares que obligan a uno u otro a acostarse, todos soportaron bien la prueba y aun salieron de ella fortalecidos, salvo Chanterelle que era del equipo de Marcoule y que, guardando cama desde el sexto día, sufrió en exceso.

Los resultados. Todos saben que los poseedores de la bomba decidieron de común acuerdo suspender las experimentaciones durante un año (al menos eso se dijo, aunque no se hizo). No pretendemos que esto sea efecto de nuestro ayuno, pero es indudable que la presión de la opinión pública a uno y otro lado del telón de acero ha desempeñado su papel. La opinión pública francesa se ha mostrado a este respecto particularmente indolente e inconsistente, mientras que los alemanes (¡sí, los alemanes!) se preguntan si «Francia está completamente dormida e inconsciente».

Cualesquiera que hayan sido las consecuencias prácticas e incluso aunque se probara que han sido nulas, nuestro gesto era necesario, aunque sólo fuera para salvar el honor del país.

El problema de la bomba o la desintegración lógica

La física enseña que la desintegración nuclear es un trabajo de reacciones en cadena.

El problema atómico provoca asimismo reacciones en cadena en la integridad de la razón y de la voluntad humanas y produce en las naciones una enfermedad mental que ataca al núcleo mismo de las facultades que deberían resolverlo.

Cada pieza de la bomba es una maravilla de lógica, de saber, de sagacidad, de previsión, de invención, de habilidad constructiva: el conjunto conduce a una explosión insensata y desastrosa.

De la misma manera, cada uno de los móviles que han llevado a su construcción se muestra irresistible, cada uno de los argumentos que defienden su necesidad, irrefutable; lo absurdo no estalla sino en la conclusión.

Es vano gritar que la acumulación de estas máquinas es un peligro mortal y un crimen estúpido, si no se reconoce la concatenación impecable de reacciones normales, de razones tradicionales, de motivos de prudencia, que empujan a los hombres a esa extremidad.

Es una trampa lógica, es una jugada del diablo. Los más «listos» se meten en ella de cabeza.

Es imprudente, claro está, no poder oponer a las potencias vecinas sino un armamento inferior. Incluso es probablemente más imprudente que no armarse en absoluto.

¿Hay algo más razonable que tratar de recuperar el retraso, si por desgracia se ha dejado uno adelantar?

Pero aquellos a quienes hayamos alcanzado no querrán perder su adelanto, aquellos a quienes hayamos adelantado querrán alcanzarnos de nuevo: ¿hay algo más razonable?

¿Hay algo más razonable que decir: si yo poseo el arma absoluta, el vecino aterrorizado reflexionará y yo estaré a salvo de su ataque o me veré libre de su resistencia?

Reflexionará, ciertamente, pero ¿sobre qué, si no es sobre los medios de procurarse también él esa arma y por las mismas razones?

Sí, pero ¿no es razonable que unos y otros se doten de «armas de disuasión», como dicen en su lenguaje excesivamente suave nuestros estrategas y nuestros políticos? Hablan también de equilibrio del terror y sobre él fundan nuestra seguridad.

Así pues, nuestros economistas tan precisos y estrictos para medir los gastos, nuestros financieros tan atentos al lucro, nuestros técnicos tan apegados al rendimiento, nuestros hombres de estado siempre temerosos de poner en déficit el presupuesto, invierten en esta empresa tantos millones y miles de millones con la única finalidad de hacer que la empresa sea inútil. Es muy razonable, ¿verdad?

Es el «equilibrio del terror» lo que nos ofrece la última posibilidad de paz, ¿no es así? Pero hablar de equilibrio del terror es como evocar la redondez del cuadrado o la blancura de lo negro.

Está escrito que «el temor es el comienzo de la sabiduría», es verdad, sí, el temor de equivocarse por ejemplo, o el temor de ofender al prójimo, el temor de Dios, sí. Pero el terror es la raíz de las más oscuras locuras.

Puesto que a esa arma sin defensa sólo se le puede hacer frente oponiéndole el miedo de un arma análoga, cada cual piensa protegerse haciéndose amenazador y, cuanto más amenaza, más se ve amenazado. Es un círculo vicioso, un torbellino que aspira todo y no deja más salida que la muerte.

Cada potencia que entra en el torbellino arrastra a otras a él, empezando por aquella que más le desagrada ver irrumpir en su órbita: su peor enemiga. Y cuanto más aumenta el número de naciones dotadas del privilegio de hacer estallar la tierra, más se multiplican los riesgos.

Que a causa de una falsa noticia, de un malentendido, se apodere el pánico del pueblo vecino o de un jefe de estado un poco nervioso, que se imagine obstinadamente que antes de medianoche vamos a atacarle por sorpresa. ¿No intentará golpearnos él primero, y aniquilarnos de un golpe?

Mas si los beligerantes resisten a la tentación del primer momento, ¿resistirán a la del último? ¿Es imposible que aquél de los dos que se vea perdido juegue su carta suprema en un acceso de rabia desesperada? ¿Puede pensarse por un momento que Hitler, en el momento en que en su subterráneo se disparaba en la sien y se entregaba a las llamas, se

hubiera privado de la siniestra alegría de arrastrar al mundo entero en su caída?

Poco ha, un ministro británico de defensa nacional declaraba sin rodeos que no hay defensa posible contra un ataque nuclear. La única seguridad que podía dar a la nación era que un dispositivo automático devolvería inmediatamente al adversario golpe por golpe. Concluía su histórico discurso agradeciendo a la población que tomara tan bien la cosa.

¡Podía agradecerlo, en efecto! Pues si yo tuviera que morir pulverizado, no sé si esa venganza póstuma sobre millones de inocentes me consolaría.

Diréis, una vez más, que no se trata de venganza, sino de protección: el enemigo, sabiendo que no puede escapar a la respuesta aun cuando nos aniquile, se guardará de atacarnos, y los inocentes quedarán a salvo de uno y otro lado.

No estoy tan seguro. Si el contraataque depende de un mecanismo delicado que es fácil poner inmediatamente en movimiento, ese aparato debe estar bajo la vigilancia permanente de algunos técnicos. Supongamos que nuestro enemigo haya sobornado a uno de ellos para cortar los hilos de transmisión; estará entonces seguro (con razón o sin ella) de que no habrá contraataque, y toda la ingeniosidad y la astucia de nuestra formidable maquinaria serán vanas e irrisorias.

Puede ocurrir también que el mecanismo se ponga en movimiento sin cálculo, sin astucia y sin traición, por un simple incidente técnico. Y también es posible que una ligera avería de la mecánica nos haga descargar el golpe sobre un vecino pacífico, sobre nuestro aliado o sobre nosotros mismos.

Gribouille es ese tonto de pueblo que, para protegerse contra la lluvia, se metía en el estanque de los patos. Gribouille era un precursor. Es el maestro de nuestros estrategas, de nuestros políticos, de nuestros valientes defensores, de nuestros dirigentes de vanguardia.

Pero por temible que sea lo que nos reserva el terror el día en que se desencadene sobre los pueblos, y por locos que

sean los gestos que provoque, nada es más alarmante hoy que la falta total de miedo, la indiferencia y la insensibilidad generales.

«Así también, en los días de Noé —dice Jesús— los hombres comerciaban, se casaban y daban fiestas, y vinieron sobre ellos las grandes aguas y se los llevaron a todos».

«Profeta, no profetices —gritan todos como a Isaías—; vidente, no veas: dinos más bien cosas agradables».

Se miran entre bostezos las imágenes de Hiroshima: ¡el Japón está tan lejos! Los llamamientos suplicantes de Einstein y de Schweitzer provocan encogimientos de hombros: ¿qué hacer?

Lo mejor que se puede hacer es no pensar. ¡Divirtámonos, pronto!

Entre otras diversiones aplaudamos, con la boca abierta y la nariz al aire, los cohetes disparados contra el cielo, admiremos la sabiduría de los que sueñan con habitar la luna después de haber hecho inhabitable la tierra. Esperemos que la ciencia y la técnica nos fabriquen excelentes legumbres, en previsión de la hora en que hayan envenenado todo lo que la tierra produce de manera tan burda y primitiva.

Escuchemos al político entendido que nos enseña que cuantas más bombas tengamos en reserva, más paz tendremos.

Escuchemos con confianza al sabio de servicio cuya función consiste en demostrar que «se han tomado todas las precauciones para proteger a las poblaciones»; y sobre todo al teólogo que explica que todo esto es ortodoxo, que no se encuentra en santo Tomás argumento alguno que se oponga al armamento nuclear y que sería imprudente adelantar objeciones a la doctrina de la «guerra justa».

En efecto, tan justa es la guerra, que lo es por partida doble: ¡lo es por ambos bandos!

Y en la duda, abstente, soldado, abstente de pensar y dispara...

Entonces una nación se levantará contra otra... Y será el comienzo de los dolores... (Mateo 24, 7-8).

Cuando la explosión de Hiroshima, hubo un resplandor cegador y todo el centro de la ciudad voló en un instante.

Se levantó en la ciudad un viento tan violento que desnudó a los supervivientes. Las mujeres que llevaban kimonos se encontraron desnudas, con los dibujos de la tela impresos en su carne salpicada de quemaduras. El viento ametralló los cuerpos con picaduras de fuego. Cientos de miles de personas fueron aniquiladas instantáneamente, otras se consumieron durante decenas de años. Para escapar al suelo ardiente como la placa de un horno, algunos se arrojaron al río, pero el agua del río hervía.

Y los hombres se llenarán de terror a causa del ruido del mar y de las olas... (Lucas 21, 2-5).

Las 500.000 toneladas de ácido nítrico que produce una bomba H, los dos millones de toneladas de polvo que levanta, interceptan la luz del sol. Mil de esas bombas la ocultarían para siempre y harían de la tierra un astro muerto.

Y habrá señales en el sol, la luna y las estrellas... y se tambalearán las virtudes de los cielos... (Lucas 21, 25 y 27).

Y habrá en esos días tales tribulaciones como no las ha habido tan grandes desde el comienzo de la creación que Dios hizo, hasta ahora... (Marcos 13, 19).

«Después de todo —dicen algunos— tal vez es la voluntad de Dios que el mundo perezca», y hablan con una sonriente serenidad que sería verdaderamente sublime si viniera del despego o desasimiento de todas las cosas.

Pero aquellos que toman con tanta grandeza de alma el fin de todo en el diluvio del fuego se espantan ante la idea de perder su puesto o de desagradar a los que les rodean o de ser tomados por malos ciudadanos (protestando contra la bomba, por ejemplo).

Su imaginación y su buen sentido son tan débiles que son incluso incapaces de miedo animal. Van adonde se les empuja, como ganado camino del matadero, con la diferencia de que van filosofando, con la diferencia además de que ningún animal construye su matadero, ni forja el cuchillo con el que se le ha de degollar.

A fin de que tengan ojos para no ver, oídos para no oír...
Y Dios endureció el corazón de Faraón...

Dice Virgilio: «Júpiter vuelve locos a aquellos a quienes quiere perder: *Quos vult perdere Jupiter dementat*».

Hasta que un aturdido entre tantos millones de aturdidos haga saltar todo, por error.

Prestigio, honor y bomba

«Es verdad —se nos dirá— que la primera bomba atómica destruyó de un golpe a trescientas mil personas; pero muchas más de trescientas mil fueron destruidas sin escándalo por bombas no atómicas de varios golpes. El número no hace al asunto. Si se renuncia a la bomba, hay que renunciar también al cañón, al fusil, a la espada. Pero entonces siempre quedarán bastantes piedras para lapidar al prójimo».

Y unos nos dirán esto para demostrarnos que la empresa de desarmar a los hombres, en poca o en mucha medida, es imposible y ridícula, ya que la guerra es ineluctable y por tanto necesaria, incluso saludable y gloriosa; y otros lo dirán porque consideran que la guerra es un crimen y encuentran imposible y ridículo no reclamar el desarme total e inmediato.

A estos últimos responderemos que el desarme total e inmediato no puede imponerse, y también que, si por azar pudiera imponerse, sería inoperante, ya que no sólo es posible matar y matarse con la piedra, el agua, el fuego, el cuchillo del pan, el incensario, sino también con la lengua, con el odio y el desprecio, con la indiferencia.

Si se renuncia a todas las armas, hay que renunciar ante todo a la voluntad de matar.

El desarme no puede ser pues el primer paso. Es el segundo. El primer paso es el entendimiento (no digo el acuerdo, no digo el amor, para reducir al mínimo la exigencia, sin llegar a la cual no hay nada que hacer).

El desarme total sería una tal rectificación de nuestras

costumbres y de nuestras actitudes milenarias que no puede pensarse en realizarlo de golpe: hay que proceder poco a poco. Ya es mucho poder esperar que se dé un primer paso.

El primer paso es evidentemente aquel cuya necesidad debe reconocer todo ser razonable, y respecto al cual no puede dejar de sentir la urgencia del entendimiento, bajo pena de muerte.

He ahí por qué insistimos en la bomba, lo que no implica en absoluto la aprobación de las demás armas.

Aquel que anunció: «Quien se sirva de la espada, por la espada morirá», no ha esperado a la invención de la bomba para condenar la guerra y hacer ver que ésta lleva en sí misma su propio castigo.

A los que justifican la guerra, no les discutiremos la fuerza de su principal argumento, que es el de la «defensa legítima». No tacharemos de asesino al hombre que, atacado de noche por sorpresa, mata a su agresor, si no encuentra una mejor manera de salvar la vida. No discutiremos que haya que poner fuera de combate al loco furioso que dispara sobre todos los transeúntes, si es ésa la única manera de impedirle que haga daño. Pero lo que afirmamos con fuerza es que se trata de casos accidentales, de casos de excepción, de casos límites, y que hay que guardarse de hacer de ellos ejemplos y deducir de ellos leyes generales, y sobre todo teorías de la legitimidad.

La mayor parte de los conflictos humanos se presentan de modo muy distinto, admiten soluciones legales o morales, en una palabra, humanas, mientras que devolver golpe por golpe hasta que el más fuerte se imponga al otro es algo que se sitúa en el plano del reflejo animal y nada tiene que ver con el derecho ni la razón.

En caso de guerra, ¿quién es el agresor? Cada cual dice que lo es el otro. Tanto es así, que nuestro ministerio de la guerra ha pasado a llamarse «ministerio de la defensa nacional». «Si todo el mundo se defiende, ¿de dónde viene el ataque?», pregunta Tolstoi. Si empezamos por justificar la defensa, tendremos que continuar justificando el ataque como

defensa preventiva, o como reacción a la provocación, o como rebeldía contra el opresor, o como recuperación de un bien que se nos ha arrebatado.

O para arrebatar al vecino un bien que nos es necesario, y que él no utiliza, o que ha adquirido por malos medios.

O para defender nuestro honor, cumplir nuestras obligaciones, sostener nuestro prestigio.

O para distraer la atención de los escándalos del régimen, resolver el problema del desempleo, desviar contra el extranjero a nuestros enemigos del interior.

Para basar la paz en la justicia y la justicia en la fuerza...

Y mientras que la cadena de los furores y de los horrores se alarga, la de las justificaciones se añade a ella y la refuerza.

A todo lo cual nada hay que contestar, si no es que las razones son demasiado buenas. Tan buenas, que no hay ninguna causa que no se justifique, ninguna atrocidad que no se cometa en razón de la justicia de la causa. Y esa masa de justificaciones tan perfectamente trabadas que no puede recusarse ninguna cubre completamente el quinto mandamiento de Dios: *no matarás,* que se dio sobre una tabla de piedra sin márgenes, para que no pudieran añadirse comentarios.

Por eso los comentaristas no pusieron su comentario al lado ni debajo, sino encima, y, en lugar del mandamiento, se leen ahora todas las enseñanzas y recomendaciones de lo contrario.

En consecuencia de lo cual, la guerra viene como una plaga.

Y es una plaga hecha por la mano del hombre.

Y todo el mundo sabe que es el castigo de Dios.

¿En qué se reconoce el castigo de Dios? En que el culpable se lo aplica con celo, con encarnizamiento, y lo ajusta él mismo a su caso.

A la *concatenación de las violencias legítimas,* las que encuentran su justificación *en los entuertos del adversario,* se le pueden hallar dos salidas, y sólo dos:

O bien *la guerra perpetua,* como lo demuestra la historia; y ahora, con el advenimiento de la guerra total y del arma absoluta, *la destrucción total.*

O bien *la ruptura de la cadena,* o *liberación,* o *conversión,* o, en fin, *no-violencia.*

La que predica el evangelio; y cinco siglos antes, Buda; y diez siglos antes que Buda, José, hijo de Jacob; aquella cuyas condiciones espirituales y disposiciones internas han sido fijadas por una tradición constante de santos, de sabios, de profetas.

Mientras que en nuestro siglo expuesto a un peligro extremo, Gandhi ha hecho ver sus aplicaciones prácticas.

Mostrando que esa resistencia por la fuerza del espíritu (pues se trata en efecto de poder y de lucha, no de resignación y aquiescencia) es capaz de rechazar a un invasor, aunque esté mil veces mejor armado, aunque esté instalado en el país durante más de un siglo.

Es capaz de levantar a una clase de oprimidos, como lo demuestra la liberación de los parias.

Es capaz de poner fin en unos días a una guerra, pues las matanzas de hindúes y paquistaníes se detuvieron en seco.

La justicia exige que combatamos por ella hasta la muerte, pero estos ejemplos históricos abren el camino a otras formas de combate y enseñan que la guerra, recurso dudoso en todos los tiempos, desastroso hoy, es desde ahora *inútil.*

Dicho esto, y confesado en dos palabras el fondo de mi pensamiento, vuelvo al primer punto, quiero decir a la bomba, y encuentro a los que no queriendo seguirme hasta el final se aferran al argumento razonable y tradicional de que las armas se justifican por la necesidad de la guerra y la guerra por la necesidad de la defensa.

Aunque esto fuera verdad —y bien podía creerse en tiempos de Mac Mahon e incluso de Joffre y de Foch—, queda el hecho de que las armas nucleares son específicamente diferentes de todas las demás. La cantidad de las víctimas y de los daños no es lo único que entra en juego. Hay puntos críticos, límites cuyo paso hace que la diferencia cuantitativa

afecte a la calidad misma de las cosas y a la naturaleza de los problemas.

Si la guerra es aceptable hasta cierto punto como defensa, como mal menor, porque el bien que de ella se espera es superior al mal inmediato y cierto que ocasiona, también el armamento sólo es aceptable dentro de un equilibrio entre las armas ofensivas y defensivas.

La edad media, tiempo considerado bárbaro, pero tiempo de leyenda y de epopeya, tiene la característica de una notable superioridad de las armas defensivas.

Las armas ofensivas son entonces casi tan rudimentarias (dejando a salvo su forma y su ornamentación) como las de la edad de las cavernas: hondas, arcos y flechas, mazas, hachas, espadas, lanzas, eso es prácticamente todo.

Pero ¡qué maravillas técnicas y qué inventiva para la defensa! Cota de malla, coraza completa del caballero y del caballo, yelmo con visera, guantes articulados, escudo —caparazón móvil sobre el caparazón—; y, además, murallas, recintos dobles o triples, fosos, estacadas, puentes levadizos, rastrillos, puertas revestidas de metal, atalayas, torreones, almenas, barbacanas y matacanes, y la gran torre y las galerías subterráneas.

El caballero es casi invulnerable, el asalto a las murallas es a menudo imposible. Hay que reducir ciudadelas y castillos por el hambre o tomarlas a traición. Hubo batalla histórica cuyo saldo fueron algunas decenas de muertos. Al enemigo derribado se le hacía prisionero, se le ponía en libertad mediante rescate, y a menudo bajo palabra. La guerra conservaba su aire de torneo, juego a veces mortal, pero por accidente, prueba de coraje y de dominio de sí.

Con el cañón y el mosquete se acusa el predominio de las armas ofensivas (e inmediatamente las virtudes caballerescas caen en desuso y en descrédito). Se hunde la coraza, se derrumban las murallas. El hombre termina por presentarse a la metralla a pecho descubierto, sin más defensa que la esperanza de deslizarse entre las balas, sin más escudo que la fila de los que le preceden.

La primera guerra mundial marca el límite extremo de la renuncia a toda defensa, salvo la más elemental que es agazaparse, acostarse boca abajo en los huecos y los repliegues del terreno.

Las oleadas de atacantes avanzan, haciendo muralla y talud de centenares de miles de cadáveres.

Al final, se ve reaparecer un casco precario para protegerse de las balas perdidas, de la metralla y las piedras lanzadas por las explosiones; y, en los últimos meses, carros de asalto para lanzarse contra las trincheras.

Entre las dos guerras surgió todo un equipo defensivo basado en cálculos falsos, en teorías estratégicas caducas. Se eleva, o más bien se hunde en tierra, la línea Maginot. Pero desde el primer empuje, esta nueva muralla de China se deshace como un castillo de arena al subir la marea; el ataque aéreo con sus tropas de paracaidistas se burla de ella pasando por encima y atacándola por detrás.

Otro tanto ocurrió con los Blockhaus del muro del Atlántico y de la línea Sigfried.

Es más: el frente de batalla entero no constituye sino una protección muy imperfecta para el país que queda detrás, expuesto a las incursiones aéreas y a los disparos de largo alcance.

Podía oponerse la defensa llamada «pasiva», consistente en encerrarse en los subterráneos, tirar contra los aviones o presentarles batalla en el aire.

Nada de esto tendrá eficacia contra los cohetes, y ni siquiera los refugios subterráneos nos protegerán contra el bombardeo atómico, si éste envenena en forma duradera las superficies de las que habrá que tomar el aire y la subsistencia.

La espada, arma noble.

Sólo por la punta es ofensiva, defensiva por el resto.

La bomba es el arma innoble y prohibida por definición, pues no hay protección contra ella.

Si la legitimidad de la lucha es la defensa, el arma ab-

soluta contra la que no hay protección es toda ofensa y absolutamente mala.

Lo que es absolutamente malo es también absurdo.

Se concibe que un hombre se sacrifique por su país y por su hogar; pero si sacrifica al mismo tiempo aquello por lo cual se sacrifica él, no hay ya sacrificio, sino suicidio y crimen sin perdón.

Morir en la guerra nuclear es morir tres veces: morir uno mismo, morir en sus hijos, morir con toda la naturaleza.

¡Ay, amigos! Levantad la mirada, poned los ojos en el cielo ahora que todavía está azul.

Tocad la tierra antes de que se desintegre.

Corred a beber a la fuente antes de que la envenenen, a bañaros en el mar antes de que esté infecto.

Pero sobre todo, mirad cómo juegan vuestros hijos antes de que se desvanezcan sin fuerzas, antes de que su sangre se descomponga, antes de que ardan a fuego lento.

Tenéis miedo de que se mojen los pies, ¡pobrecitos! Tenéis miedo de que cojan frío. Tenéis miedo de que fracasen en sus exámenes, ¡pobres hijos!

Mas las llagas científicamente estudiadas que les preparan los manipuladores de átomos, ésas no os preocupan lo más mínimo. ¿No es verdad?

Nos encontramos en un viraje de la historia en que Francia hubiera podido desempeñar su papel.

No creemos en la «vocación nuclear de Francia»; creemos en su vocación caballeresca.

Los «medios de destrucción masiva» son la negación de toda virtud caballeresca.

Exterminar al enemigo mecánicamente, de lejos sin haberlo visto, hombres, mujeres, viejos indistintamente, es lo contrario de toda justicia, de todo honor y de toda gloria.

¿Se trata de prestigio? Preparar en frío ese crimen enorme es señal de la más grande cobardía y bajeza. Astucia inspirada en el terror... y por lo demás astucia ciega, que cae en su propia trampa.

¡Felices los pueblos que no tienen esa tentación, y más aún los que saben resistir a ella por su grandeza de alma o simplemente por buen sentido!

Los que no tienen la bomba son también los que tienen más probabilidades de escapar a ella.

Pues si estalla un conflicto entre una potencia dotada de armas nucleares y otra sin ellas, es probable que la primera se limite a emplear las armas clásicas, como en la guerra de Corea, aunque no haya podido obtenerse una victoria decisiva.

Esto es tanto más probable cuanto más débil sea el armamento del adversario.

El más ambicioso e inhumano de los conquistadores no puede tener el menor interés en reinar sobre pueblos desintegrados, en anexionarse desiertos radiactivos.

Hablar de conquista o de defensa a golpes de artefactos atómicos es mostrar una mentalidad anticuada, es creerse en los tiempos del nacionalismo revanchista.

El futuro pertenece a los pueblos sin bomba. Estos representan, por lo demás, la mayoría, el fondo, la reserva.

¿Tendrán la lucidez de darse cuenta que es un honor, una ventaja, y una seguridad? ¿Sabrán enfrentarse con los desintegradores y disuadirles?

¿Quién puede hablar en su nombre, defenderles, unirles, cubrirse a sus ojos de la gloria de un salvador, si no *el que podría poseer el arma absoluta, pero la rechaza? Aquel que la posee y renuncia a ella.*

He ahí el papel de primer plano que Francia podría desempeñar.

¿Continuará arruinándose para mantener su puesto de último entre los grandes, olla de barro entre dos ollas de hierro, suscitar desconfianzas y odios por todas partes, precipitarse en trabajos, sinsabores y peligros, con el único fin de reivindicar el derecho a participar en la gran destrucción?

¿O bien se mostrará bastante inteligente, bastante libre, bastante valiente para asumir esa misión que la haría merecedora de las alabanzas y las bendiciones del mundo entero y de las generaciones futuras?

7. CONTRA LOS CAMPOS DE CONCENTRACION

La expedición del Larzac (junio de 1959)

El asunto empezó con una conferencia en Le Vigan de Jo Pyronnet, profesor de filosofía, al final de la cual pidió a sus oyentes que terminaran con un acto de caridad, por ejemplo llevando una ayuda al vecino campo del Larzac, recientemente instalado, algunos de cuyos detenidos se sabía que carecían prácticamente de todo.

Del acto de caridad como medida de urgencia pasó a la acción no-violenta, es decir, a la consideración del fondo del problema, y ante todo a preguntarse lo que era ese campo, quiénes eran los detenidos, por qué y cómo, y, en fin, si no se les podía socorrer en lo que constituía su más grave privación: la de la libertad.

No tardó en descubrir que, bajo el título de «camps d'assignation à résidence surveillée» (campos de asignación a residencia vigilada), se trata de una institución que hemos conocido bien bajo la ocupación alemana: los *campos de concentración*. Los de Alemania comenzaron así, se encerraba en ellos a los enemigos del régimen, o que se les suponía tales, para que no pudieran hacer mal, y la cosa terminó en

las cámaras de gas y los hornos crematorios. Se objetará que Francia es conocida por su humanidad, y que ciertas cosas son imposibles en ella, argumento que sería mucho más tranquilizador si todavía pudieran ignorarse las atrocidades sin número y sin nombre cometidas por la policía y por el ejército franceses en Indochina, en Madagascar, en Marruecos, en Túnez, en Argelia y en la propia Francia.

Existen hoy cuatro campos de concentración en Francia, que se van llenando más y más con argelinos recogidos en redadas, o a la salida de las cárceles. Mañana podrán recibir a franceses de uno u otro lado según el color del gobierno de la época.

El 28 de junio, al terminar las reuniones celebradas con ocasión de la festividad de san Juan en la comunidad del Arca, sesenta personas se trasladaron a la meseta del Larzac. La jornada empezó con una misa. El cortejo se formó a la puerta de la iglesia de la Cavalerie y desfiló ante las alambradas del campo, mientras que la policía de estado, el arma en la mano, formaba en hilera en su honor.

No habiendo provocado esta marcha una reacción de la fuerza pública, siete voluntarios se destacaron para presentarse a la entrada del campo y reclamar su internamiento: «También nosotros somos *français à part entière* [1] y también nosotros tenemos pleno derecho al título de 'sospechoso', ya que es sospechoso aquel contra quien no se puede formular ninguna acusación precisa».

Pero aquí los no-violentos tropezaron con un obstáculo inesperado: tropezaron con la no-violencia de la policía y de la dirección del campo. Se les hizo notar que el internamiento sólo era posible por orden del ministerio. Se les conminó cortésmente a que se retiraran, después se les rogó y finalmente se les suplicó que no prolongaran una discusión peno-

[1] *Français à part entière* (franceses cien por cien): expresión muy utilizada en la época por los que se empeñaban en mantener la ficción de una Argelia provincia francesa cuyos habitantes, de origen europeo o africano, tendrían exactamente la misma consideración jurídica que los del territorio metropolitano (*N. del T.*).

sa e inútil. Les pareció, pues, que era más adecuado y decente ceder, y fueron a unirse en Millau al grueso de la tropa, que desplegaba en la ciudad endomingada sus banderolas y avanzaba hacia la subprefectura. Al poco tiempo se les habían quitado sus cartelones y se les había cerrado el paso en la calle. Entonces los manifestantes se sentaron en la calzada. Entre ellos se encontraban tres habitantes de la ciudad (y aun cuatro, contando un novicio del Arca), uno de los cuales era un personaje conocido, cuyo mérito era por lo tanto mayor al sentarse en el borde de la acera entre nosotros, ante los ojos asombrados de sus conciudadanos.

También aquí se mantuvo con la policía un diálogo en el que se rivalizó en cortesía. Los gendarmes terminaron por declarar que no harían uso de la fuerza en ningún caso y permanecerían en pie todo el tiempo que fuera necesario, pero rogaban que, por caridad, se abreviara la manifestación. De nuevo los no-violentos, que habrían soportado los malos tratos, fueron vencidos con sus propias armas.

Esta jornada produjo sus frutos. Fueron numerosos los que ese día descubrieron la no-violencia, su fuerza y su belleza, entre los manifestantes nuevos que se habían dejado arrastrar a la acción, entre el público, y sobre todo entre los policías. Un comisario encargado de hacer una encuesta confesó no haber dormido durante dos noches a causa de la crisis de conciencia que había provocado en él este encuentro, único en su vida.

Claro está que no podemos retirarnos satisfechos después de esta partida nula (en cuanto a los resultados exteriores). La acción continúa, y probablemente nos tendrá en pie de guerra todo el año.

Ante todo, Jo y Daniel, junto con nuestra compañera Piera y un grupo de amigos, emprenden un ayuno de nueve días a fines de julio, frente al campo, sobre el terreno; entre tanto, se ha enviado la carta siguiente al ministro del interior (para seguir el procedimiento jurídico que el propio jefe del campo había indicado cuando daba sus razones para prohibir la entrada a los voluntarios):

Castelnau-le-Lez, 9 de julio de 1959

Carta abierta al ministro del interior
De los firmantes al Sr. ministro del interior,
por conducto del Sr. subprefecto de Millau
y del Sr. prefecto de Rodez

Señor ministro:

La creación y el desarrollo en Francia de los campos de asignación a residencia ha conmovido profundamente nuestra conciencia, nuestro honor y nuestra dignidad de hombres y de franceses. El hecho de que miles de simples sospechosos sean encerrados en esos campos por medida «administrativa» quita todo su sabor y toda su significación a nuestra libertad. Por ello, para tomar sobre nosotros una parte de la injusticia que se hace a nuestros hermanos argelinos y como continuación de la jornada de protesta del 28 de junio de 1959 ante el campo del Larzac, nos sentimos obligados a solicitar de su alta benevolencia nuestro internamiento voluntario en ese campo o en cualquier otro campo o prisión que usted tenga a bien designar. También nosotros queremos ser considerados, en efecto, como sospechosos merecedores de figurar en una lista negra y nos ponemos a su disposición para ocupar las plazas todavía vacías en los campos, a la hora y en el día que le convengan. Poco nos importa estar a uno u otro lado de las alambradas, si nuestra libertad tiene el precio de la de nuestros hermanos. Puede estar seguro, señor ministro, que al actuar así obedecemos únicamente a una presión de conciencia y no a una consigna ni a una maniobra de orden político.

Le saludamos con nuestro más profundo respeto.

Daniel Wintrebert
Jo Pyronnet
domiciliados ambos en
Castelnau-le-Lez (Hérault)

¡La lista de voluntarios está abierta!

Se trata ahora de obtener dos cosas: que un número suficiente de ciudadanos franceses demuestren su amor por la

libertad del país presentándose voluntarios para reclamar su detención; después, si su petición escrita no recibe satisfacción, se trata de hacer lo necesario para hacer valer ese «derecho a la prisión», es decir, entrar en la *desobediencia civil* propiamente dicha, hasta la abolición del decreto inicuo [2].

Los treinta ante Thol

Los amigos del Arca habrán podido seguir en los periódicos el *satyagraha* de esta primavera de 1960, pues esta empresa ha hecho más ruido que las precedentes. Gracias a ella la expresión no-violencia apareció en los grandes titulares ilustrada con fotografías, en los informes de las gendarmerías, en las caricaturas y en la actualidad cinematográfica, suscitó polémicas apasionadas, proporcionó a muy esclarecidas inteligencias la ocasión de proclamar algunas notables estupideces y al *Canard Enchaîné* [3] la de charles la respuesta con la seriedad que conviene, provocó en varios una inquieta curiosidad, produjo en algunos la conversión.

Mas de todas las relaciones y discusiones publicadas, no sé si se desprende una imagen bastante viva de la aventura, una idea bastante neta de su sentido. Eso trataremos de ofrecer en este relato.

La cosa empezó en el campamento de no-violencia instalado este año en Grézieux, cerca de Lyon. Días claros y frescos en el prado bajo los manzanos en flor. Unos ciento cincuenta amigos. Jo Pyronnet habló de la verdad y de la vida, Hegnauer de la no-violencia y del miedo, Jean Goss de sus llamamientos a la no-violencia bajo los techos del Vaticano y en la Plaza Roja de Moscú, Shantidas de la verdadera guerra santa que es la defensa de la justicia con las armas de la justicia.

[2] «Asignación a residencia vigilada».

[3] Semanario satírico político muy audaz en la forma y muy sólido en su contenido (*N. del T.*).

Los treinta voluntarios estaban allí, veinticinco de ellos del Arca (19 amigos y aliados, 5 compañeros y un novicio). Era su base de partida y su velada de armas.

Su reunión deliberativa en torno a una larga mesa merecía ser vista, pues hubiera sido difícil inventar una tal diversidad de clases, de razas, de religiones, de caracteres y de aspectos. Y sin embargo, pronto la no-violencia les daría un «aire de familia», como suele decirse.

Nada faltaba en la preparación de la jornada del 10 de abril, ni siquiera la visita de los gendarmes para comunicarnos que estaba prohibida toda manifestación en la región de Thol. Esto entraba en nuestros planes. En efecto, cuando una manifestación está permitida por aquellos contra quienes va dirigida, es que les parece insignificante y sin trascendencia. Por lo demás, como es sabido, los no-violentos no se habían contentado con reclamar la supresión de los campos de asignación, sino que se proponían, para dar paso a su petición, hacerse encerrar ellos mismos allí y, en caso necesario, «salir de la legalidad» para obtener satisfacción. Mas no siempre es fácil violar la ley sin herir ni ofender a nadie. Para lo cual los decretos arbitrarios y los actos de fuerza del adversario son una gran ayuda.

Salió el sol en un cielo despejado ese domingo de Ramos. En Pont-d'Ain, pueblo vecino al campo de Thol, a la salida de la misa, los amigos de Grenoble y de Annecy debían unirse con los de Grézieux y Lyon.

«Es ciertamente hermoso conmemorar la pasión de Cristo mediante la lectura y mediante la misa —había dicho en el sermón un sacerdote de Grenoble— pero más hermoso es participar en ella haciéndose perseguir por causa de la justicia como van a hacerlo dentro de poco los que se presenten ante el campo de Thol». Y allí fue él con otros tres sacerdotes y algunos feligreses.

Los manifestantes, en número de doscientos, desfilaron por la plaza y salieron del pueblo en silencio, con las banderolas desplegadas. Mas apenas habían quedado atrás las últimas casas, tropezaron con una barrera de policías. Se les

ordenó que se dispersaran y se les quitaron los carteles. Todos se sentaron. Era mediodía, el sol del domingo quemaba, los gendarmes se interrogaban con la mirada, las órdenes se entrecruzaban, los motoristas partían con estrépito en busca de refuerzos y de instrucciones. Los no-violentos esperaban con calma. Sentían que la fuerza estaba de su lado. Para la mayor parte, era la primera salida. Algunos habían venido «para ver». No hizo falta más: desde ese instante, veían y palpaban algo. Aquello valía más que diez años de lecturas y de reflexiones sobre la no-violencia.

Fueron necesarias dos horas para meterles en los coches celulares. Pero ya se había entablado el diálogo con los gendarmes y con el público:

— A esos argelinos se les da buena comida y se les trata bien, en los campos. ¡Están mejor que en su país!

— Entonces ¿para qué las alambradas, las ametralladoras, los centinelas y los perros policías? Dejen las puertas abiertas, y vendrán por su propio pie.

— ¿Qué es lo que les reprochan ustedes a esos campos?

— Que se mete a la gente en ellos sin juicio alguno.

— Son peligrosos, hay asesinos entre ellos.

— Entonces que se demuestre y que se les juzgue.

— ¿Y creen ustedes que se habrá hecho más justicia cuando se les haya procesado?

— ¿Es usted quien dice eso? Si es usted quien lo dice y si así juzga usted la justicia a la que sirve, nada tenemos que añadir.

Finalmente los coches partieron, y seis kilómetros más allá nos descargaron en un prado de margaritas.

El cortejo se formó de nuevo, evitó a los policías que guardaban la carretera bordeándola sin salir de los prados y se dirigió hacia Pont-d'Ain, mientras que los treinta, tomando la delantera a paso rápido, cruzaban el pueblo en dirección a Thol. Pero los gendarmes les rechazaron hacia la plaza, el punto de partida, como si hubieran querido dar la mayor resonancia posible a la manifestación que impedían.

Los espectadores endomingados no faltaban, divididos

en sus opiniones y discutiendo. En primera fila el alcalde, que gritaba furioso: «¡Echenles al río! ¡Mano dura, quítenles de en medio! ¡No quiero a esa gente aquí!». Y era como el perro que ladra al mismo tiempo que menea el rabo, contento de producir una cólera tan grande y tan honrada.

Pero Jo Pyronnet, el jefe de los treinta, después de haber concedido a sus hombres un momento de descanso en la explanada frente a la iglesia, les recordó en breves palabras su objetivo y la necesidad de conservar la calma y obedecer a sus órdenes. «¡Adelante!», concluyó poniéndose en marcha. Pero el brigada, para quien no podía haber más órdenes que las de los defensores del orden, abrió los brazos y dijo: «Le ordeno que se esté quieto». Se sintió ofendido al ver que la no-violencia desobedecía, y un forcejeo se desarrolló a continuación.

Ya no se trataba, como por la mañana, de sentarse en el suelo, sino de echar a andar hacia el campo de Thol; no obstante, a fuerza de zancadillas y de cargas los voluntarios se vieron en el suelo de todas maneras. Después se les metía en los coches. Pero los que habían sido derribados se levantaban de nuevo, y los metidos en el coche celular volvían a salir, y entonces empezaban a llover los golpes.

«¡Ese es el jefe! ¡Agárrenle! ¡Que no se escape!». Así se hizo, pero otro levantaba la cabeza y gritaba: «¡Soy yo el jefe!». Y sus compañeros se agrupaban tras de él y los gendarmes se le echaban encima. Cada uno fue jefe por turno, hasta caer a su vez.

Roger, que había recibido algunos buenos golpes a la derecha, miró a su gendarme y dijo: «¿Y qué, eso es todo?». Y recibió lo que le correspondía a la izquierda.

El gran Joseph, después de encajar una lluvia de golpes, estuvo a punto de estallar, se contuvo, y finalmente estalló: levantó ambos puños hacia el cielo gritando «¡Que bu... buenos son ustedes!».

«¡Mal bicho! —aullaba uno con el rostro descompuesto por el furor—. ¡No te nos escaparás, tú!». Y arrojaba por tercera vez al jefe de la banda dentro del coche, golpeándole

como para dejarle allí clavado de una vez para siempre. Pero el otro, en cuanto tuvo las manos libres, se agachó para recoger algo y tendérselo: «Creo que se le ha caído esto». El gendarme reconoce su reloj, que se le ha caído durante el tumulto, lo coge, se vuelve, se quita la gorra para secarse el sudor.

El grueso de los manifestantes llegó en estos momentos, a tiempo para ver cómo se llevaban a los últimos. Una vez desaparecidos los voluntarios, a los amigos no les quedaba sino volver a sus coches y regresar a sus casas.

El hombre propone y Dios dispone, se dice. Los que se disponían a sufrir la prisión tuvieron que soportar la pena de la libertad más total. Se les repartió por el campo raso en medio de la noche.

Al día siguiente por la tarde llovía, había empezado la semana santa, no tenían medios de transporte y estaban solos. No había, como la víspera, amigos para acompañarlos, para sostenerlos, ni espectadores que, aunque sean indiferentes, obligan a un comportamiento gallardo. Esta vez llegaron al campo por otro lado. Habían escapado a las patrullas de las carreteras, no por habilidad maniobrera, sino por error y por haberse perdido en el camino. ¿Qué iban a encontrar ahora? ¿Las porras? ¿Las metralletas? ¿Los perros sueltos que saltan al cuello y, en lugar de los buenos gendarmes de Pont d'Ain, los cancerberos de la policía de estado? [4].

Sí, ellos fueron en efecto, ante las primeras barracas. La limpieza se hizo pronto, mucho más deprisa y suavemente que la víspera, a decir verdad. Y todos se vieron de nuevo en el patio de la gendarmería de Pont-d'Aine, o sea en tierra conocida.

Los gendarmes se acordaron de que eran funcionarios y se aplicaron a su función, que consiste en multiplicar las formalidades inútiles. Alinearon a los delincuentes a lo largo de la pared, como si fueran a fusilarlos, anunciaron al menos un cacheo, esbozaron su simulacro; después muy seriamente

[4] Llamados C.R.S., célebres y temidos.

tomaron nota por escrito de la identidad de cada uno —que no había cambiado desde la víspera— y registraron las declaraciones de los no-violentos, que tampoco habían cambiado. Los treinta se reconocían culpables de haber infringido conscientemente y con premeditación los decretos de la prefectura, de haber turbado dos veces el orden público mediante manifestaciones prohibidas, desobedecido a la policía, etc. Afirmaban además su voluntad deliberada de reincidir. En conclusión de lo cual reclamaban que se les aplicaran las sanciones previstas por la ley...

Pero el comportamiento de la ley no es tan fácil de prever, y la lógica no sirve aquí para nada. Se les hizo dormir en el garaje, pues se quería evitar toda apariencia de internamiento y de sanción legal.

Al día siguiente se les enseñó la puerta abierta y se les permitió ir de compras, pero ellos protestaron: había que alimentarles, ya que estaban detenidos. Pero una vez más la lógica se equivocaba, y tuvieron que repartirse los restos de la merienda de la víspera, a razón de una pizca de pan y una pizca de queso por persona.

Después de lo cual llenaron el patio de la gendarmería con su canción:

Etions réunis trente,
trente voleurs ensemble,
tous habillés de blanc... [5].

Las mujeres de los gendarmes se asomaron a las ventanas, los niños pronto les rodearon y los hombres se acercaron también, los mismos que les habían arrastrado y golpeado dos días antes, para charlar, participar en los juegos, en las conversaciones, y preguntar.

A la puesta de sol se les hizo subir en camiones y creyeron que por fin se les iba a llevar a prisiones lejanas, a

[5] Canción popular de la Vendée del siglo XVII («Estábamos reunidos treinta - treinta ladrones juntos - todos vestidos de blanco...»).

encierros adaptados a su caso. Pero el paisaje se ensanchaba, el aire se refrescaba, era la alta montaña. Se les abandonó por la noche cerca de Saint-Claude y en los pasos de montaña del Jura, desde donde se trasladaron a Lyon como pudieron.

El jueves hubo deliberación, y prevaleció la opinión de observar la tregua de pascua, ayunar durante los dos días siguientes, celebrar la vigilia de las tinieblas, ya que la parte más evidentemente buena de la acción e indudablemente eficaz era el esfuerzo para vencerse a sí mismo ante Dios.

El día siguiente, por insistencia de un periodista amigo que había buscado una sala, soportaron, entre otras penitencias, una conferencia de prensa. Se trataba de mantenerse en pie, en ayunas, en un aire gastado, tras el portavoz que respondía a las preguntas y a las objeciones de los adversarios, de los amigos, de los que tratan de comprender. Siendo el acto no-violento un testimonio de verdad, la explicación del acto es, en sí misma, un acto y un deber que hay que cumplir.

Hecho esto, se dio por terminado el capítulo. Pasados los días santos, no quedaba sino volverse hacia París, asestar allí un golpe más fuerte y someterse a una prueba más dura para la que los voluntarios se sentían ahora preparados.

Los treinta en París (pascua de 1960)

Los treinta llegaron pues a París durante la semana de pascua, no sin cierta aprensión, pues todo lo que concierne a la capital, hasta la porra blanca del guardia, está rodeado de prestigio.

Ciertamente, puesto que iban a reclamar la parte que les correspondía en los tratos reservados a los sospechosos, esta vez esperaban tener «satisfacción» (para emplear el término de su carta al ministro); pero el exceso en todo tiene algo de temible, incluso el exceso de satisfacción.

Pero el combate fue menos duro de lo que esperaban: se

vieron rechazados constantemente, pero sin malos tratos importantes, y a veces con cierta cortesía, lo que hizo durar la tentativa, y esa duración les fue más dura que las brutalidades de la prisión.

Ante todo no tenían ya, como en Lyon, un «hogar», lugar de reunión abierto en todo momento, dormitorio, refectorio, lavandería y cuartel general, ni las atenciones de Christiane, mujer del jefe y madre de toda la banda. Se veían dispersos por todos los rincones de la gran ciudad en casas de amigos a veces cargados de hijos, en un sofá del salón, en un pasillo, donde era difícil conseguir a hurtadillas algunas horas de sueño matinal después de las peripecias de la noche. Además les hacían falta horas de trayecto para reagruparse, poco antes del asalto, en el tercer piso al fondo del tercer patio del 253 de la sórdida calle Saint-Denis, donde se montaba el complot abierto, el complot sin secretos.

Allí Jo el jefe consultaba a los suyos uno a uno sobre la línea a seguir, sobre los peligros y los errores a evitar, hasta que resultara esa decisión unánime y espontánea que no era otra que la que él se había trazado la víspera en su fuero interno...

No es que este hombre de complexión de legionario romano, de acento campesino, les manejara a su guisa con maniobras, mañas y astucias, sino porque es jefe, y la magia del jefe (no-violento o no) consiste en transformar y refundir en la suya las voluntades de unos y otros sin que pierdan nada de la fuerza de su libertad.

Los treinta llegaron sin dificultad hasta la entrada del campo de selección de Vincennes, lo que nunca habían podido hacer en Thol.

Pidieron una entrevista con el jefe del campo, el cual no se dignó responder, pero en cambio envió los coches celulares, y los treinta se encontraron pronto en la comisaría... o más bien los veintinueve, ya que uno de ellos faltaba: Hamdani, el argelino.

Cuando el joven Hamdani (que había pasado todo el año en Sénos, en el Arca) se había presentado voluntario para el

satyagraha, los demás se esforzaron por disuadirle, temiendo que se expusiera a penas mucho más fuertes que las suyas. Después, al perseverar en su resolución, tuvieron que reconocer su derecho de argelino de asumir su parte de tribulación en nombre de sus hermanos de uno y otro lado. Y todos comprendieron el valor simbólico de su presencia entre ellos. Le rodeaban, pues, y le cuidaban. Se habían alegrado al ver que, en las primeras acciones, se le había dejado con el conjunto, se le había tratado como a los demás. Y he aquí que llegaba lo que se había temido: le habían separado discretamente aprovechando la confusión de la redada.

Había otra cosa: esta vez se presentaban sin documentación, para tener un título más que les hiciera merecer la detención.

Así lo habían declarado desde el principio de la ceremonia de la «verificación de identidades». ¡Que por eso no quede! El agente se disponía, papel en mano, a creerles bajo palabra, procedimiento por lo demás enteramente ilegal.

— ¿Nombre? —preguntó al primero—. Pero el interrogado no respondió.

— ¿Y usted? —gritó amenazante y dirigiéndose hacia otro de aspecto más tímido, pero del que tampoco obtuvo nada.

Entonces Jo el jefe se adelantó y dijo:

— Escriba: Nos llamamos todos Hamdani.

— ¿Qué dice? ¡Explíquese!

Fue el joven tímido el que explicó:

— Hamdani es nuestro hermano argelino, al que ustedes han separado de nosotros.

El jefe siguió:

— Vaya a decir a sus superiores que todos somos Hamdani.

Y el tímido comentó:

— No tendrá usted otra respuesta mientras no nos lo devuelva.

Hamdani no les fue devuelto, pero se les condujo a todos a la sala donde aquél estaba secuestrado. Lo que venía a ser lo mismo, salvo el punto de honor de la fuerza pública. Y ahora, toma y daca, dieron contentos su nombre, apellido, dirección y demás, para que los policías emborronaran papeles a placer.

Al día siguiente volvieron en destacamentos de tres o cuatro, por variar la maniobra, para alargar la operación, para no dejarse tragar de un bocado, sobre todo para templar el coraje de cada uno, mejor que cuando se avanza codo a codo protegidos por el número...

Esta vez la ceremonia de verificación de identidad fue más solemne, pues el ministerio había enviado al efecto un equipo de especialistas. Una hilera de mesas hasta el fondo de la sala; sentados a uno y otro lado de cada una de ellas, el interrogador y su respectivo voluntario.

— ¿Apellido?
— Courtois.
— ¿Nombre?
— Christian.
— ¿Profesión?
— Estudiante.
— ¿Profesión del padre?
— Oficial colonial.
— ¿Qué? ¿Entonces usted...?

En otra mesa:

— ¿Apellido?
— Lanvin.
— ¿Nombre?
— Jean-Pierre.
— ¿Profesión?
— Representante de la casa Lanvin [6].
— ¿Profesión del padre?
— Industrial.
— ¿Qué? ¿El patrón de la casa Lanvin? Entonces usted...

Pero Jean-Pierre ya no escuchaba. Toda su atención es-

[6] Fábrica de chocolates muy conocida (*N. del T.*).

taba puesta en la voz que venía de la mesa contigua: «¿Cómo te llamas tú? ¡Vamos, espabílate! No seas cuco ni trates de mentir, si no...». Jean-Pierre iba a decir a su interrogador: «Por favor, tráteme de tú, ya que su colega...»; pero las palabras se detuvieron en sus labios, pues Hamdani se había levantado, pasaba al otro lado de la mesa y con tono festivo, dando una palmadita familiar en la espalda del policía, le decía: «Mira, te voy a enseñar cómo se escribe, yo mismo te lo escribiré, ya que tú no sabes, ya que tú no comprendes, no comprendes...».

El otro había comprendido: «No, gracias, no es necesario. Siéntese. Bien, dice usted que Hamdani, con H. ¿Profesión? ¿Domicilio?...». Todo estaba ahora en su sitio.

Otro día dejaron que el servicio de seguridad les esperara en vano. Tenían otra cosa que hacer. Una visita proyectada desde el primer día.

Desde la jornada del Larzac y cada vez que tropezaban con la fuerza pública, se repetía la invitación: «Diríjanse al ministerio. Nosotros no podemos hacer nada».

Se dirigieron pues a la Place Beauvau.

El portero les preguntó: «¿Les ha convocado el señor ministro?». «¡Ya lo creo! —respondieron— ¡Hace mucho tiempo que se nos espera!». El portero no se hizo de rogar. El señor ministro no se precipitó al encuentro de sus visitantes desde la escalera de mármol, pero a falta de él, otros representantes de la república les rodearon con solicitud.

Y se desarrolló la escena habitual, en un escenario en que no lo era tanto.

La chirona del distrito VIII era distinta de todas las que habían frecuentado. Era lujosa, pintada y con vidrieras. La llamaban el acuarium, y les llegó a ser tan familiar que pronto se sintieron allí como peces en el agua.

Aquella noche les soltaron más tarde que de costumbre, llevándoles hasta Mont-Valérien. Poco después tropezaron con un pelotón de gendarmes.

— ¿Qué hacen aquí a estas horas?

— Pregúnteselo más bien a la policía que nos ha traído.

— Esto no está nada claro, vengan con nosotros.

— ¡No pedimos otra cosa, señores gendarmes!

Pensando que se burlaban de ellos, empezaban a enfadarse; después, al recibir respuestas cada vez más graves y corteses, desconcertados, preguntaron:

— Pero bueno, ¿quiénes son ustedes?

— ¿Nosotros? Los no-violentos.

— ¡Ah, son ustedes! ¡Eso es demasiado! ¡Lárguense entonces! ¡Despejen, desaparezcan! ¡Y muy deprisa!

— Tienen razón, señores gendarmes: nuestra jornada ha terminado y la de ustedes también, vamos a acostarnos.

Pero su noche no había terminado, había que añadir veinte kilómetros a pie por las calles desiertas de las afueras hasta el primer autobús de la mañana.

Al día siguiente para desmentir esa definición que se ha popularizado demasiado, según la cual la no-violencia *es sentarse sobre el asfalto*, decidieron mantenerse en pie todo el tiempo posible, sustituyendo la solidez de la base por la movilidad.

Y, puesto que se les ordenaba circular, circularon.

Fue lo que llamamos la corrida. La Place Beauvau es redonda y frecuentada, y se presta a ello.

El resultado fue cierto desorden en la calzada, algún atasco en los pasos de peatones, una afluencia de curiosos divertidos y, no sin razón, una repentina ebullición de mal humor en nuestros bravos agentes. De ahí que hubiera un bolsillo arrancado, un ojo morado, algunos daños en la ropa y algunos desgarrones en esos «vestidos de piel» con que la naturaleza envuelve a todos los hijos de Adán.

Un anciano bien vestido, con una alta condecoración en el ojal, se quedó hasta el final y concluyó: «Son treinta hoy, mañana quizá treinta mil. Cuando sean trescientos mil no habrá policía ni ejército que les resista, y será como Gandhi en la India...».

Al día siguiente no éramos treinta mil en la explanada ante el Château de Vincennes, pero éramos ya más de un millar.

Encontré en el lugar de cita a viejos amigos, a algunos de los cuales no les había visto en quince años: Madaule, Marrou, el padre Régamey, el pastor Roser, Massignon, Barnat, Domenach, Tresmontant, Théodore Monod y muchos otros... En tiempos habíamos pasado veladas discutiendo sobre filosofía, no-violencia y otros temas, y yo estaba muy lejos de imaginar y de esperar que nos encontraríamos un día codo a codo sobre el terreno.

Cuando el grupo de las llamadas personalidades llegó a la plaza, la acción había ya empezado. En torno al gran cuadrado de tierra apisonada ocupado por los manifestantes sentados, la policía trabajaba activamente retirando las banderolas, y los fotógrafos y cineastas apuntaban con sus cámaras.

Los grandes camiones maniobraban, y empezó la recogida. Nos sentamos con los demás en el polvo.

«¡Vamos! —dijo un policía a un monje alto de rostro marmóreo, de mirada perdida en la lejanía— ¡Vamos, padre, no se haga el niño!».

Al ir un agente a agarrar las piernas de un anciano, su camarada moderó su ímpetu: «¡Despacio, amigo, que es un académico!».

Tras lo cual el ilustre profesor voló patas arriba, seguido del monje con su hábito blanco y negro, como un gran pájaro. La fotografía de la escena llevaría, en un periódico del día siguiente, este título: «¡Jamás se había visto esto en París!».

En lo más animado del cuerpo a cuerpo, un individuo cualquiera salió de la boca del metro, muy peripuesto, para ir a sus negocios.

Pero la fuerza pública, estimando con razón que la broma estaba fuera de lugar, le cerró el paso y le apostrofó.

El replicó que no quería saber nada de esas historias ridículas. Animadversión por la que se vio justamente castigado con un vapuleo.

No siendo no-violento, se debatió, lo que le valió con toda justicia una doble ración de patadas.

En fin, para terminar con su molesta e inoportuna neutralidad, los agentes le agarraron, le sacudieron, le zurraron y le metieron en el coche celular.

Llegó entre los últimos a los sótanos de la comisaría del distrito III interrumpieron con sus protestas indignadas y vociferantes las conversaciones, las presentaciones, los intercambios de tarjetas de visita, las exclamaciones de sorpresa de buenos amigos que vuelven a encontrarse o de enemigos antiguos que se abrazan.

Un agente le dice sosegadamente: «¡Vamos, señor, bien sabe usted que la violencia nunca conduce a nada!».

Por mi parte, mientras tanto viajaba, lo digo con orgullo, en el coche celular más académico que jamás ha habido.

— ¿Qué piensa usted, querido amigo, del libro *Evangile et labarum,* que acaba de aparecer y que es la tesis de doctorado de un teólogo suizo?

— Es una buena obra de erudición, pero la tesis no tiene nada de nuevo: todo el mundo sabe el horror de la iglesia por el derramamiento de sangre, por las armas y los ejércitos, antes del edicto de Constantino (razón por la cual, seguramente, Constantino no recibió el bautismo sino en su lecho de muerte). Pero mucho más interesante, a mi juicio, sería demostrar que esta actitud pudo mantenerse en muchos puntos hasta mediados del siglo X, y es de usted, Marrou-Davenson —prosiguió volviéndose hacia él— de quien lo aprendí hace ya diez años, en el congreso de... A un historiador como usted corresponde ahora continuar esa obra, por lo demás muy documentada y muy bien hecha...

El coche rodaba al mismo tiempo que los discursos. Franqueamos una verja que no parecía la de una prisión.

Era la del cementerio de Bagnolet. Nos hicieron bajar y nos llevaron en cortejo ante la tumba de un joven agente recientemente asesinado por un argelino.

Un policía vestido de paisano tomó la palabra y nos dijo: «Señores, ya que son ustedes no-violentos, les invitamos a meditar ante esta víctima de la violencia y del deber».

Este fúnebre engañabobos, que varios diarios comentaron como «una buena lección a los no-violentos», tenía por autor

al señor Papon, prefecto de policía del departamento del Sena. Siendo tan gran filósofo como gran alguacil, y sabiendo con qué clase de gente tenía que habérselas, pretendía, como se ve, vencer a las claras cabezas en su propio terreno.

No pretendimos devolverle la lección, y guardamos algunos minutos de silencio ante el túmulo del desdichado joven.

En cuanto a reflexionar sobre el tema, no habíamos esperado a esta hora, ni a recibir la orden del prefecto de policía, ni su dirección de conciencia.

Mucho tiempo antes habíamos llegado a la conclusión de la igualdad de la muerte.

Y de que conviene no mostrar predilección alguna por un cadáver o por otro, ni por un homicidio que se llama atentado o por otro que se llama represión, o guerra, o justicia, o pacificación.

(Debo confesar no obstante que tengo una cierta simpatía a un homicidio que se llama homicidio).

El pastor Roser, después de una breve alocución a este respecto, regresó hacia la puerta y preguntó al comisario lo que se pensaba hacer con nosotros. «Están ustedes libres, señores», dijo éste saludando a su vez. Y añadió: «Estoy de corazón con ustedes».

Y aún prosiguió, con los ojos brillantes de sinceridad: «¡Ah, les deseo que tengan éxito! ¡Que se supriman esos campos y todo lo demás, y nos dejen volver a ser lo que somos: *gardiens de la paix!*».

«¡Ay, policías, amigos —exclama Arnaud el novicio—, qué difícil nos es amaros! ¡Quince veces seguidas os hemos atacado y provocado y ni uno de vosotros se ha convertido todavía!».

Convertido no, pero todos por lo menos están amansados, casi todos turbados e intrigados.

Prueba de ello es la irresistible necesidad que experimentaban de entrar en la celda y discutir con los voluntarios, de demostrar que los no-violentos «están absolutamente equivocados».

Otras veces era para charlar verdaderamente, e incluso para escuchar, y algunas veces para traer cañas de cerveza. Un suboficial, en fin, invitó a un voluntario a almorzar con él el día siguiente. Cualquier lector que conozca un poco las costumbres de los policías no dejará de decir que su intención, más que obsequiar al amigo, era desatarle la lengua. Pero se equivocaría. Pues fue el policía el que descubrió muchos secretos, mientras que no intentó siquiera sonsacar uno solo al voluntario, sabiendo muy bien que no los tenemos.

Entre tanto, la lucha se hacía más dura. Se acabaron para los no-violentos las cómodas sentadas en la acera y los paseos circulares. Ahora se servían de la «torre». Es una máquina de guerra que consiste en ponerse en tres círculos de diez, todos vueltos hacia afuera, fuertemente agarrados brazo con brazo y con las manos enlazadas sobre el estómago.

A su llegada al bloque, recibían a veces del adversario hurañas felicitaciones.

Pero un día se presentaron tan descubiertos y desamparados que les hubieran podido tomar por transeúntes, si no les conocieran bien.

El jefe dijo: «Nos hemos enterado del atentado de ayer del que resultó muerto uno de los vuestros. Para mostrar que os acompañamos en el sentimiento, hoy subiremos por nuestro propio pie a los coches».

Después de una pausa, añadió: «Empecemos por observar juntos un minuto de silencio».

Una última salida para terminar el ciclo. Fue la más hermosa, y sin embargo casi ningún diario habló de ella.

En torno al obelisco de la Place de la Concorde (desde lo alto del cual, a falta de periodistas, «cuarenta siglos» contemplaron su gesto) hay una pequeña verja pintada de verde y cuyos barrotes terminan en punta.

La verja tiene su portezuela cerrada con un candado, que ellos abrieron con una ganzúa y volvieron a cerrar tras de sí.

Sobre la inscripción de la base, en el lugar donde se distinguen las palabras «Aux applaudissements d'un peuple im-

mense», ellos colocaron su banderola: *Assignez-nous à résidence.*

Y se pusieron a los cuatro lados de la base, espalda contra la pared, erguidos y graves como quien hace guardia.

Llegaba al ocaso un bonito sol de primavera, iluminando la escena con una luz dorada. La circulación es intensa a esas horas. Se hizo más lenta al principio; después, como los automóviles daban tres vueltas, se triplicó.

Después se hizo un verdadero atasco. Acudieron los transeúntes de las lejanas aceras. Por fin aparecieron los bien conocidos quepis.

No les quedaba a los voluntarios más que pasar planeando por encima de las puntas de la verja.

Vino después la jornada de los Campos Elíseos, para la cual habían convocado a la multitud a que les siguiera hasta el ministerio.

Pero, en virtud de un procedimiento táctico de la policía que es difícil explicarse, se nos tuvo agrupados en el lugar más frecuentado.

El prefecto de policía vino a dirigir en persona las operaciones. Hay muchos que se burlan de nosotros y no se dignan tomarnos en serio, pero tal no es el caso del señor Papon, que no bromeaba en absoluto. El despliegue de fuerzas era por lo demás mucho más considerable que en Vincennes, y los espectadores también eran más numerosos, pero menos favorables, pues no tenemos buena prensa en los barrios de lujo. El mirón distinguido se distingue por su antipatía. Pero también entre los que se habían sentado con nosotros se adivinaba un cierto rencor partidista, más vivo que el interés por los valores humanos. Eran las dos Francias que se afrontaban. Y como para confirmar ese sentimiento, surgió una segunda manifestación, tumultuosa y sin embargo tímida. Una bandada en jovencitos nos asedió a los gritos de «¡Los locos al manicomio! ¡Argelia francesa!».

El señor Papon hizo una sola redada. Nos metió a todos en el mismo saco, nos encerró en el mismo coche celular y nos llevó a la misma comisaría, nosotros tranquilos, con naturalidad como si estuviéramos en nuestra casa, ellos indignados, gesticulando, implorando: «¡Pero si nosotros estamos contra ellos! ¡Señores guardias, nosotros estamos con ustedes! ¡Esto es un error!».

Dignos de lástima, en fin.

El éxito mismo de esta manifestación hizo comprender a Jo Pyronnet que no había que realizar otras en bastante tiempo.

Nadie, salvo los voluntarios, pensaba en los campos de asignación a residencia ni en el sufrimiento de nuestros semejantes: el ardor político y polémico eclipsaba el motivo de conciencia.

Por otra parte los voluntarios estaban en un callejón sin salida y se encontraban, hay que confesarlo, extenuados. Era evidente que no conseguirían hacerse encerrar, cualquier cosa que hiciesen. Cualquier otro que hubiera hecho la décima parte estaría ya a la sombra. Quedaba demostrado que la prisión, como las demás desgracias, es para los que huyen de ella, pero a veces los que la hacen frente se ven dispensados de ella.

Un obispo se pronuncia

Monseñor Ancel, publica, en *La Semaine Religieuse de Lyon,* algunas reflexiones sobre la no-violencia:

«No sólo no es justo criticar a un seglar que emprende ese camino, sino que hay que decir que la finalidad de esa acción es loable, ya que se trata de hacer desaparecer una injusticia, y hay que decir también que el medio empleado no sólo es lícito, sino que, de todos los medios empleados contra la injusticia, es ciertamente el más conforme con el evangelio».

Ayuno y vigilia entre las chabolas (verano de 1960)

La empresa contra los campos, como hemos visto, había llegado a un punto muerto. No era una fracaso, ya que la

pequeña tropa de no-violentos había ganado mucho en experiencia, en firmeza y en prestigio, pero no era un punto final. Cuando un luchador agarra a su adversario por su vestido y un jirón de éste se le queda entre las manos, no tiene sentido encarnizarse sobre el trozo de tela. Había que volver al ataque por otro lado. Los argelinos encerrados en los campos no son las únicas víctimas de la arbitrariedad, ni las más desgraciadas. Los que están en libertad, con trabajo o en paro, viven bajo la amenaza perpetua de la detención, de la redada, del registro, de la comprobación de la documentación. La documentación es la tarjeta de identidad y la hoja de paga. El parado no tiene hoja de paga, y por ello se expone a ser llevado al campo; el trabajador a quien se retiene en la comisaría no puede ir al trabajo y pierde su puesto y su paga, con la que mantiene a su familia y a menudo a varios compañeros sin trabajo. Ya que las autoridades, a las puertas de los campos y del ministerio, se negaban obstinadamente a acceder a la petición de los voluntarios de ser detenidos, lo que éstos tenían que hacer era instalarse en medio de los argelinos y, cada vez que uno de ellos fuera perseguido o detenido, precipitarse para ponerse en su lugar si huyera y a su lado si se le cogiera. Esta nueva acción tendría sobre la anterior la ventaja de hacerles conocer más de cerca a aquellos a quienes defendían, sin haber visto nunca su rostro, de hacerles compartir la suerte de éstos en la realidad y no sólo en la intención.

Escogieron el «bidonville» o barrio de chabolas de Nanterre, uno de los más miserables de la región parisina, donde ya los amigos del Arca habían empezado algún trabajo social.

Está atravesado por tres carreteras asfaltadas paralelas, cuyos espacios intermedios están atiborrados de barracas de tablas, de chapa, de lona, de papel embreado. El viento y la lluvia causan grandes daños, así como las rondas nocturnas de la policía que, simplemente para señalar su presencia, abre la puerta insegura de una patada, arranca un pedazo de techo, agujerea o desgarra la pared con una tenaza o un garfio...

Los voluntarios, reducidos a diecinueve (los otros, terminado su compromiso de dos meses habían tenido que regresar a sus familias y a sus quehaceres...), establecieron su cuartel general bajo el techo de los buenos padres de Petit Colombes, que les abrieron su sala comunal. Allí, entre los tinglados del pequeño teatro, había tomado forma la vida comunitaria: turnos para fregar cacharros, para barrer, comida en común, lectura en alta voz, charla, silencio, y al anochecer la oración ante el fuego como en el Arca. Desde los primeros días, los equipos de prospección y de limpieza, de reparación de los daños de la noche, pegaban la hebra con los africanos, y se abrió una clase nocturna gratuita. Vinieron algunos africanos, pero pocos; los niños se acercaban, pero los mayores miraban de lejos. Se les notaba reticentes. Se preguntaban: ¿Quiénes son? ¿Misioneros disimulados? ¿Enviados del gobierno?

Entre tanto, los diarios anunciaban una recrudescencia de atentados del Frente de Liberación Argelino en la metrópoli. Los voluntarios comprendieron que había llegado el momento de protestar contra esos crímenes insensatos y que habían adquirido el derecho de hacerlo desde que se habían puesto al servicio de los argelinos y vivían entre ellos. Se prepararon para un ayuno de siete días y lanzaron su comunicado: «...Condenamos todas las violencias. Los atentados perjudican la causa argelina del mismo modo que la represión preventiva y los internamientos administrativos perjudican la causa del gobierno francés. Pedimos a todos los argelinos que hagan reflexionar a sus hermanos sobre la evidencia de que la sangre llama a la sangre... Un hombre como Gandhi supo liberar a su pueblo, más todavía, reveló al mundo la fuerza de la no-violencia»...

Era preciso hacer el ayuno en el corazón del «bidonville», abandonando para ello la demasiado cómoda sala comunal, que se encuentra a un cuarto de hora a pie. Comenzaron por preparar el terreno, limpiar aquel montón de basura.

En medio de la operación, recibieron la visita de los policías (no era la primera):

— ¿Dónde viven ustedes?

— Aquí —respondieron, mostrando el montón de basura.

— ¿Conque sin domicilio? Les tendremos que detener por vagabundos.

— Hace dos meses que lo pedimos.

Las órdenes pedidas llegan por radio: «¿Los no-violentos? ¡Sobre todo no les detengan! ¡Mejor que les den una tunda!».

— Háganlo pues —dijeron los voluntarios sin interrumpir su trabajo.

Los policías no les pegaron, pero no se decidían a dejarles y, por hábito profesional, buscaban manera de cogerles en falta.

— ¿Qué hacen ustedes?

— ¡Ya lo ven ustedes!

— Este solar no les pertenece, no tienen ustedes derecho...

— Todo el mundo tiene derecho a trabajar por todo el mundo.

Esta respuesta ganó a uno de los interlocutores: ¡Eso es verdad! Y, dirigiéndose en seguida a un argelino que les observaba, con las manos en los bolsillos: «¡Eh, tú! ¿No podrías coger una pala y venir a ayudarles, holgazán?». «¿Y usted? —observó uno de los nuestros— también ustedes podrían coger una pala...».

El primer día de ayuno en el terraplén todavía impregnado del olor de basuras y restos orgánicos retirados, a lo que se añadía el humo de una cercana fábrica de productos químicos, transcurrió claro y tranquilo.

Por la tarde el cielo se cubrió y pronto se puso a llover.

Los no-violentos no habían instalado tiendas de campaña, para no dar a la policía motivos para llevárselos, ya que, cosa nueva, preferían permanecer en libertad, por lo menos hasta el final del ayuno. A la debilidad del ayuno se añadía la de la vigilia, más el frío y la lluvia. Hacia medianoche, buscaron refugio bajo los precarios toldos de los dos cafetuchos y de la tienda de comestibles, hasta el desapacible amanecer.

Pero una feliz sorpresa debía calentarles el corazón: en cuanto la gente empezó a salir de las chozas y los comercios abrieron sus puertas, se encontraron muy rodeados: las lenguas se soltaban, las manos se tendían, las últimas dudas se habían desvanecido durante la noche.

— ¡Ahora sabemos que sois nuestros hermanos!

— ¡Cuando damos nuestra amistad, es para siempre! —decían los argelinos.

El segundo día se plantó la tienda de campaña, y sea lo que Dios quiera.

Los periodistas, que habían perdido y encontrado de nuevo la pista de los voluntarios, les fueron a visitar.

Las polémicas sobre la no-violencia continuaban llenando las columnas de algunos periódicos, pero la popularidad había abandonado en parte a los voluntarios, ahora que su asunto no tenía por escenario las calles de la capital, ahora que se habían retirado a ese otro continente que es el Africa del suburbio. En ese trabajo silencioso y muy humano, la pasión política encontraba menos alimento.

Al atardecer, un anciano alto y delgado envuelto en su chilaba y su turbante entra en el círculo en torno a la fogata de la oración, y la abolición de las barreras queda consagrada...

Para arrancar del relativo olvido en que habían caído a aquellos que no interesaban ya mucho ni a los franceses de izquierdas ni a los de derechas, desde que, retirados entre los argelinos, se consagraban a un ayuno de protesta contra los atentados de los argelinos, he aquí que una buena mañana estalló el escándalo.

Todos los periódicos publicaron un comunicado de la prefectura de la policía anunciando la detención de un estudiante de liceo «miembro activo de la Acción cívica no-violenta», portador de una maleta que contenía treinta millones destinados a apoyar a los rebeldes y una lista de personas que debían ser eliminadas. En una palabra, la no-violencia había sido al fin desenmascarada; los buenos apóstoles ocultaban el cuchillo sangriento y la metralleta que dispara por la espalda. El tema era fácil, y algunos se dejaron llevar con entusiasmo. Pero la mayor parte, hay que decirlo, unieron a la nota oficial

nuestro mentís o un comentario dubitativo. Los periodistas vinieron de nuevo, e incluso la radio nacional registró la declaración de los ayunantes, que fue difundida por la cadena de emisoras parisinas a mediodía.

Los autores de la invención ni siquiera se tomaron la molestia de aparentar que la creían cierta, y una acusación pública tan precisa y tan grave no dio lugar a la menor encuesta en la sede de la Acción cívica.

Los argelinos rodean a los ayunantes. Jo les habla de las grandezas y de los recursos de la no-violencia. Hamdani traduce y se exalta. Es denso el recogimiento de los oyentes.

Las niñas se interesan mucho por las canciones y los himnos del Arca, tratan de aprenderlos.

Una de ellas se acerca a los ayunantes chupando un helado; su hermana le tira del brazo: «¡No, delante de ellos no!».

La amistad exige regalos, pero ¿qué regalar a quien ayuna? Un grupo de hombres ha dado con ello: una caja de botellas de agua mineral. «¡Como si ofreciéramos el té!».

Los voluntarios reciben aquella mañana una carta que les consterna:

«Vuestra acción, buena en un principio, no hace ahora sino desacreditarnos ante el pueblo francés. Interrumpid pues toda actividad, pues de lo contrario veréis cómo la violencia bien empleada puede ser buena consejera».

(Firma ilegible)
Jefe de la Villaya n.º 1
Sello verde

Jo se persona en el café, divisa a uno de los que, verosímilmente, podría estar en contacto con esos medios. Le enseña la hoja. Se la pasan unos a otros en torno a la mesa, la examinan con cuidado. «No, no debe ser verdad. Falta algo». Sin embargo, la firma y el sello dejan una duda. Se comprobará.

Resulta ser una falsificación. Pero tan bien hecha que sólo puede venir de servicios especiales bien equipados, en posesión de numerosos originales. Se imagina sin dificultad de dónde viene la cosa.

Un coche de la policía se detiene dos o tres veces al día en las cercanías de la tienda. A veces baja un brigada, entra en el grupo, discute, no sin una cierta cordialidad.

El sexto día tuvo lugar el ataque, o más bien la sexta noche, una hermosa noche de luna llena.

La lona de la tienda cayó sobre los durmientes como una red. Después fue retirada por los mismos que habían cortado las cuerdas y buscaban su presa a tientas; se escuchaba su aliento antes de ver sus rostros.

¿Quiénes? ¿Los policías? Eso no hubiera sido lo peor: lo que los nuestros temían con angustia era que los argelinos se volvieran bruscamente contra ellos...

Estaban ahora al aire libre y la luna iluminaba a todos como en pleno día. ¡Alabado sea Dios! Eran jóvenes franceses bien vestidos. Incluso les reconocieron: los que habían contraatacado a su manifestación en los Campos Elíseos.

Todo se hizo muy bien bajo la luna alta y en el alto silencio, con la lucidez y el despego que da el ayuno.

Más que víctimas, se sentían espectadores de la ceremonia nocturna.

No hubo ni golpes ni gritos por ninguno de ambos bandos.

Empezaron por sacarles de los sacos de dormir, y después de su ropa. Les ataron las manos y les arrastraron hasta la carretera.

El poder de la no-violencia se manifestaba en el contraste entre su propia tranquilidad y la agitación ansiosa de sus agresores.

¡Pobres jovenzuelos! Estaban visiblemente decepcionados, desconcertados, asombrados.

Se habían divertido por anticipado imaginando la estupenda broma en sus cabezas de colegiales, y pensaban reírse de lo lindo el día siguiente al comentarlo: les dejamos en cueros; ¡Ja, ja, ja! ¡Ji, ji, ji! ¡En cueros!

Pero no habían contado con aquella luna, ni con aquellos

hombres desnudos ante ellos, la boca cerrada y los ojos abiertos.

No trataron siquiera de reír; trataron en vano de escapar a aquel error que les había convertido de repente en monigotes.

Se marcharon apresuradamente llevándose las pobres vestimentas.

Pero aquellos a quienes habían dejado acostados desnudos en la carretera se levantaron y les siguieron.

A poco, los otros echaron una mirada hacia atrás, y fue como el asesino que se ve perseguido por el fantasma de su víctima: huyeron ahogando un grito, y se refugiaron en sus coches.

Los curas de Colombes, advertidos no se sabe cómo, acudieron inmediatamente con nuevas ropas y mantas. Después les dejaron. Acostados sobre la tienda caída, con las cuerdas cortadas, trataron de conciliar el sueño hasta el amanecer, que era el del séptimo día.

Al ponerse el sol el séptimo día, fue la fiesta de la ruptura del ayuno. La compañera María, los amigos del Arca de París, llegan con cestas y paquetes, instalan en el terraplén mesas adornadas con ramas, cargadas de frutos, leche, queso, pasteles. Los argelinos del barrio traen plátanos, buñuelos, requesón, naranjada. Llegan los curas y los feligreses de Colombes. Todos en pie en torno a la mesa miran, mientras que los voluntarios, sentados, comen. La abundancia es tal que se procede a una distribución entre los presentes.

Vuelven a establecerse en Colombes, en su sala comunal. Ahora tres equipos se relevan para que haya una presencia permanente en el «bidonville».

Se trata de estar allí cuando lleguen los coches de la policía y de seguir a esos señores en su ronda, de asistir a los forzamientos de puertas, a los registros, de estar allí de pie sin decir palabra, sin un gesto, mientras que ellos dan la vuelta a la cama, tiran al suelo el contenido del cajón, bajo la mirada aterrorizada de los niños, zarandean al padre, le arrastran, ponen a los hombres en hilera para cachearlos: entonces

los voluntarios se ponen también en la hilera con los brazos levantados, dispuestos para el cacheo y la detención... Subir al coche celular, sentarse en el banco al lado de los argelinos, no salir si no es a la fuerza.

Son varias las comisarías y gendarmerías que realizan incursiones día y noche. Al parecer se ignoran unas a otras. Si alguien se queja de los tratos sufridos ayer, se le responde que no ha sido cosa de los gendarmes con quienes habla. Son siempre los otros los que han hecho el daño. Por lo demás, nadie se queja.

— Pero bueno, a éste es la tercera vez que le detienen para tomarle la filiación, ya deben de empezar ustedes a saber quién es, ¿no?

La respuesta del bravo esbirro es ésta:

— Hay que hacer esto para tenerles en la mano.

— ¿Y creen ustedes acaso que lo consiguen?

Una nueva patrulla de policías tropieza con la de los voluntarios:

— ¿Qué hacen ustedes aquí?

— Vigilamos.

— ¿A quién vigilan?

— A la policía.

— ¡Basta de bromas, fuera de aquí, circulen!

Y circularon en el mismo sentido que los policías.

Las patrullas nocturnas fueron las que asistieron a mayor número de escenas indignantes, y con su sola presencia pudieron sin duda limitar los excesos. Pues las fuerzas del orden, como se las suele llamar, tienen por costumbre actuar por la noche sin freno ni control. Irrupción, apuntando con las metralletas, en el tranquilo café, y revolvimiento entre las botellas, o bien, en las chabolas de las familias dormidas, rotura de vajilla, saqueo y rapiña so pretexto de armas ocultas, búsqueda que no podía terminar puesto que no se encontraban. Y la presencia muda de los testigos no-violentos, a veces su intervención para ofrecerse a los golpes, era, como puede suponerse, insoportable para los gendarmes nocturnos.

Uno de los voluntarios pasó una noche en una choza de

dos metros de largo y dos de ancho, invitado por su ocupante que no podía acostarse a causa de la lluvia. Cuando llueve, cae una gotera en la cabecera de la cama, y hay que enrollar el colchón; y cuando llueve más fuerte se forma otra a los pies de la cama, que hay que recoger igualmente. Un tercer arroyo, un arroyo de barro, entra en el entarimado por la puerta; sólo la maleta, sobre cuatro pilotes, queda en seco, y es lo más importante, pues contiene la camisa limpia y la ropa de trabajo seca que harán falta mañana para ir a la fábrica.

Eludir las invitaciones, eludir los regalos sin lastimar a nadie, requiere mucha vigilancia y a veces astucia. Pero la astucia está a veces del otro lado. Jacques, sentado en un rincón de una barraca, canta; un paquete de cigarrillos le cae en las rodillas, mientras que el culpable huye como un ladrón.

Las clases nocturnas continúan, cada vez más frecuentadas.

Este trabajo de educación, de limpieza, de protección, de acercamiento, los voluntarios se dan cuenta día a día de cuán necesario era y se asombran de no haber pensado en ello antes y más a fondo. ¡Qué conveniente sería extenderlo en el tiempo y en el espacio hasta hacerlo permanente en todas las aglomeraciones de miseria y de indignada protesta! Ese sería el mejor terreno de maniobras del ejército no-violento.

Y sin embargo, al terminar el mes, vamos a tener que abandonar, por la sencilla razón de que no tenemos ni fuerza ni recursos para sostener más tiempo nuestro esfuerzo.

Abandonar no: suspender. Suspender, para reflexionar sobre la manera de ampliar la acción asociando a ella a otra categoría de víctimas de la guerra de Argelia.

De hecho, el pueblo argelino no es el único que experimenta su horror. Inmediatamente después de él, en la escala descendente, viene la juventud francesa. Los jóvenes que, al salir de la escuela o del seminario, se ven obligados a entrar en esa guerra y quedan marcados para siempre por lo que han visto y lo que han hecho; sobre todo los que, en número que crece día tras día, se niegan firmemente a tomar parte en ella.

Los voluntarios no-violentos, con Jo Pyronnet a la cabeza, se disponen a sostener su causa y a compartir su suerte.

8. POR LA OBJECION DE CONCIENCIA Y EL SERVICIO CIVIL

Los siete Boisgontiers y el Périgourdin (septiembre de 1960)

A principios de septiembre se reunieron los responsables de la Acción cívica y de otras asociaciones amigas para concretar los textos y los planes.

Se exponen al rigor de la ley tres categorías de personas:

1. Los jóvenes.
2. Los signatarios o solidarios;
3. Los voluntarios.

1. Los jóvenes son: o bien militares que abandonarán su uniforme anunciando a sus superiores que se les encontrará en tal campo de trabajo, o bien estudiantes que renuncian a su prórroga, o bien reclutas que esperan la orden de incorporación.

Los jóvenes han redactado por su parte una carta al presidente, pidiendo un servicio civil en Argelia.

Se trataba de evitar dos escollos: ante todo encontrarse bloqueados entre el ejército y los rebeldes, lo que hace el trabajo y aun la vida imposibles para quien se niega a servir a unos contra otros.

Después, pese a su intención de trabajar en medio de las poblaciones exclusivamente para el bien de esas poblaciones, el escollo de servir de argumento para la propaganda colonial y de arma psicológica. (Dadas las inmensas dificultades de la aventura, lo más probable es también lo más deseable: que el gobierno rechace su proposición y les ponga entre rejas).

Los jóvenes se encargaron ellos mismos de dar a conocer el proyecto entre la juventud y de buscar adictos. Cuando empezaron eran cinco.

2. Los signatarios son personas de edad madura en general, sin obligaciones militares, que se declaran solidarios de los jóvenes. Para ello, firman la carta de Jo Pyronnet al presidente de la república, apoyando la petición de los jóvenes y explicándola... Firman también el llamamiento a los jóvenes que hubiéramos querido difundir por la prensa. Pero los periódicos no han querido correr el riesgo de publicarlo, y ha tenido que ser distribuido por correo y de mano en mano. Todo signatario puede ser acusado de incitación de militares a la desobediencia y ser castigado con penas graves: ése es el valor de su firma. Tuvimos, para empezar, más de cien firmas (es evidente que cuantas más hay, menores son los riesgos), entre ellas varias de sacerdotes y pastores.

3. Los voluntarios dan todo su tiempo a la campaña de servicio civil, encuadrando a los jóvenes. Cuando éstos sean detenidos, harán una barrera con sus cuerpos, no para impedir la detención, sino para hacerse detener con ellos. Son una decena, la mayor parte del grupo de los treinta de la última campaña.

Esta asamblea de septiembre en Pasquier estuvo lejos de tener la corrección, la armonía, la amenidad de los campamentos de no-violencia y de las reuniones del Arca. El enfrentamiento de los «no-violentos absolutos» y de los «no-violentos tácticos» dio lugar a roces penosos. Acá y allá surgía la inquina política. Algunos (de los más generosos y abnegados) se creían obligados a servirse de un lenguaje incorrecto y obsceno en su afán de popularidad. A veces me pregunto quiénes son más difíciles de amar, si nuestros enemigos o nuestros amigos...

Estas notas discordantes no eran sino los signos precursores de un conflicto más grave, por ser más íntimo, y que estuvo a punto de malograr la empresa durante su misma gestación.

Uno de los dos jóvenes que habían buscado la ayuda de Jo, Alain, el estudiante, pidió una reunión de voluntarios para «ponerse de acuerdo sobre lo que había que responder a la policía al ser interrogados». Jo respondió: «La verdad, sencillamente». Pero el otro no lo entendía así. Se mostraba inclinado a los ejercicios de astucia. Hubo que reconocer que no estaba en su lugar en el centro de un *satyagraha*. Tras días y noches de discusión se decidió la separación. Al marcharse arrastró consigo a otro joven y encauzó hacia su lado a una parte de nuestros apoyos en el mundo de la prensa y del parlamento. Ocupó el lugar que habían preparado los treinta en el suburbio de Nanterre.

Los voluntarios se trasladaron a Terrasson, municipio rural devastado por una crecida del río Dordogne, con los tres jóvenes que quedaban: Pierre Boisgontier, que se había marchado del cuartel dejando su dirección; Jach Muir, en posesión de su orden de incorporación: y Jean-Pierre Hémon, a punto de ser llamado a filas, el primero de los niños educados en el Arca que llegó a la edad militar.

El alcalde les instaló en el Albergue de la juventud. Jojo, el grueso cocinero, les hizo sopas y tartas. Los campesinos a quienes ayudaron a salvar la cosecha de maíz les acogieron con agradecimiento y asombro, «pues es raro que se piense en la gente del campo».

Cuando el gendarme vino a buscar a Pierre Boisgontier, encontró tres que decían: «Yo soy Pierre Boisgontier».

— ¿Me van a decir de una vez cuál de los tres?

— Ya se lo he dicho —repitió cada uno—, soy yo.

— Si siguen burlándose, la cosa se va a poner seria.

Se puso seria: otros cuatro vinieron diciendo a su vez: «Soy yo».

— ¡A ver, documentación! —gritó el gendarme.

— No tenemos nada que enseñar.

Amenazó: ¡Les llevaré a todos! Los siete dijeron: Llévenos.

El pobre hombre no sabía si debía enfadarse o reír. ¡Una historia de locos! Optó por reír: Vengan todos, ya se las arreglarán con el capitán.

Por el camino los campesinos le interpelaban: Por una vez que vienen unos muchachos excelentes para ayudarnos, usted nos los quita. ¡No dirá usted que son malhechores! ¿No les irán a hacer nada malo?

— Nada grave: comprobación de identidad, todo se arreglará.

La mañana no fue suficiente. El capitán, ante este caso sin precedentes, perdía el aliento repitiendo un interrogatorio que conducía al mismo callejón sin salida. Después se zambulló en el estudio del código y del reglamento, consultó al tribunal, volvió al fin al teléfono para llamar al cuartel.

— ¡Oiga! Hemos detenido a Pierre Boisgontier... Sí, mi coronel... Muy bien, mi coronel... Pero el problema es que hay siete... Sí, siete: tres más cuatro... No lo sabemos... Sí..., sí... Eso no... ¿Ah? ¿Manda usted a alguien para reconocerlo? Bien, mi coronel. A sus órdenes.

Eran más de las doce. Los gendarmes volvían de su ronda y eran numerosos. Fue el momento que escogió Jo para generalizar el debate: se levantó, habló de la no-violencia, de la acción de Thol, de Vincennes, de Nanterre... Habló de la guerra de Argelia, de la juventud, de la significación de la presencia de los voluntarios en aquel lugar...

Nunca había hablado ante un auditorio más atento. Los gendarmes, de pie, eran todo oídos, asentían con la cabeza, abrían los ojos...

Se hizo venir a Jojo con sus platos. El capitán aprovechó la ocasión para preguntarle. Tenía que haber inscrito a sus huéspedes en el registro, pues es obligatorio. Pero los voluntarios no eran sus huéspedes, eran huéspedes del municipio: él no tenía nada que preguntarles. Entre todos aquellos Boisgontier, él no sabía cuál era el bueno... Jojo se hacía el tonto con mucha finura, aunque los voluntarios no le habían pedido que entrara en el juego.

Un gendarme insistió para que se pusiera la mesa con un mantel.

Era tarde, y él no había almorzado a causa de todo aquel movimiento desacostumbrado: «¡Bah! —dijo. No me habrá hecho mal ayunar un poquito, yo también».

El desenlace llegó por la tarde.

El capitán había descubierto hacía tiempo al verdadero Boisgontier, pero le faltaba la prueba documental, el medio legal de conseguirla. Mas he aquí que descubrió la fórmula exacta:

— ¡Veamos los hechos! Se niegan ustedes a enseñar su documentación: falta de respeto a la gendarmería, y va uno. ¡Más hechos! Seis de ustedes por lo menos dan una falsa identidad: delito, pues, y van dos. ¡Más hechos! Intentan ustedes engañar a las autoridades en el esclarecimiento de la verdad. ¡Otro delito, y por consiguiente detención y cacheo!

Esta vez les separaron a la fuerza, y pronto los seis inocentes fueron liberados a la fuerza.

Regresaron al albergue y se consultaron.

Probablemente iban a llevar a Boisgontier a Mourmelon en tren; había, pues, que ir a su encuentro en la estación.

Fueron en vano a la de Terrasson, asistiendo a la salida del último tren.

Quedaba una leve esperanza de encontrarle en el tren de la noche en la estación de Brive.

Allí fueron, y se acostaron en la sala de espera, mientras que Cécile y Jean montaban la guardia.

Hacia medianoche les despertaron: «¡Allí está: andén número 3!».

Permanecieron ocultos en el paso subterráneo hasta la llegada del tren de París. Jean, a quien los gendarmes no conocían, se quedó a la vista en lo alto de la escalera.

A una señal convenida, se precipitaron al andén, rodeando al prisionero y a sus gendarmes.

Sofocados por la sorpresa, gritando, gesticulando, los gendarmes llamaban en su ayuda a unos militares, indignándose por su falta de celo, y a unos civiles que se apresuraron a alejarse.

Volviéndose hacia su prisionero, trataban de empujarle hacia el vagón, pero Jean-Pierre, deslizándose a gatas entre sus piernas, se abrazó a él a la altura de las rodillas.

Al quedar inmovilizado cayó a tierra, y los voluntarios sobre él como en una melée de rugby. Los gendarmes descargaban puñetazos y patadas sobre el montón.

El tren arrancó sin esperar. Llegaron refuerzos de la policía, desbordantes todos de rabia nueva.

Mientras que ponían las esposas a Boisgontier, Jo Pyronnet con gesto rápido tendió el brazo, y el segundo aro se cerró en torno a su muñeca.

Los dos amigos cambiaron una larga mirada, unidos por la cadena.

Volvieron a encontrar a su gendarme, pero le encontraron fuera de sí.

— ¡Ah! —gritaba. ¡Hacerme esto a mí! ¡Y pensar que hice que les pusieran un mantel para comer! ¡Me han engañado, los desgraciados, se han burlado de mis buenos sentimientos! ¡Palabra de périgourdin [1], no se volverán a reír de mí!

Al día siguiente les pusieron a disposición del juez de instrucción.

Acusados de falta de respeto a los representantes de la fuerza pública, de golpes y heridas, de tentativa de sustraer a un desertor a la justicia...

Hicieron notar, aunque el no-violento tenga por costumbre reconocerse culpable,

[1] Nativo de la región del Périgord, cuya capital es Périgueux (*N. del T.*).

que no pretendían sustraer a Boisgontier a la justicia, sino lo contrario: sufrir el peso de la misma justicia;

que Boisgontier no era desertor, ya que había informado siempre a sus superiores de su marcha y dejado su dirección;

que los golpes y las heridas, eran ellos quienes los habían recibido; que...

Sí, sí, convino el juez, los propios gendarmes son testigos de todo eso: en el proceso se verá...

— Y ese proceso, ¿hacia cuándo será?

— ¡Oh! Más tarde, y acaso nunca...

Volvían a estar libres, excepto Boisgontier: libres para continuar, ya que se estimaba que no habían hecho bastante para merecer la prisión.

El proceso (noviembre de 1961)

Si me hubiera propuesto escribir una obra dramática de tesis titulada *L'affaire Pyronnet* para exponer la doctrina de la no-violencia de la manera más popular y más conmovedora, utilizando todos los recursos del arte dramático, graduando los efectos, las sorpresas, las réplicas, inventando para ilustrar cada aspecto del problema un personaje original y su historia, ciertamente no habría podido lograr nada tan bien compuesto como el gran espectáculo que se dio por sí solo en el tribunal de Carpentras el 22 de noviembre de 1961.

Yo me encontraba ese día en Tierra de Fuego, en la otra extremidad del otro hemisferio. Imaginaba al juez de provincia enfrentado con este caso sin precedentes y no previsto por la ley francesa. Ponía en su boca algunos comentarios y réplicas de tipo burlesco, por lo demás sin salero, y que apenas casaban con el trágico y grandioso decorado del cielo antártico, y menos todavía con la ansiedad de sentirme tan lejos de los míos en el día de su prueba. Reconozco una vez más, humildemente, que las cosas y los hechos han mostrado más imaginación que yo.

La sala del juicio, que no es muy grande, estaba atibo-

rrada y el público se desbordaba por los pasillos. Los asientos están dispuestos de tal manera que los asistentes se encuentran a escasa distancia del tribunal. El público, por su densidad, por la intensidad de su atención, desempeñó sin duda un papel importante, aunque mudo, en el debate.

El presidente tiene fama de ser un juez expeditivo. Desde el principio, se aplicó a no desmentir su reputación. Procedió al interrogatorio de los acusados, que fue escamoteado en parte, a la lectura de los informes de la policía y de las inculpaciones con gran rapidez, no por negligencia sino por deseo de ir derechamente al grano; no por falta de consideración con los acusados, sino todo lo contrario: «Son ustedes no-violentos, por consiguiente hombres veraces y valientes, no hay que esperar de ustedes argucias ni triquiñuelas; reconocen ustedes, pues, la materialidad de los hechos de que se les acusa, y todo esto simplifica mi tarea». Estimaba que el asunto estaba juzgado de antemano. Jo intentó varias veces interrumpirle y hacerse oír, pero el presidente le interrumpía a su vez. El diálogo se hizo apretado, cortado, después se enredó y empezó a girar en un círculo vicioso:

— ¡En fin! —exclamó el juez— ¿reconocen ustedes los hechos?

Jo: Pero ¿qué hechos?

El juez: Los que especifica el acta de acusación: incitación a militares a la desobediencia.

Jo: ¡No, en absoluto!

El juez: En el llamamiento de ustedes a los jóvenes se dice: «...Si las autoridades os niegan el servicio civil, estad dispuestos a ir a la cárcel antes que a llevar armas...». Si esto no es incitación, provocación, ¿qué es?

Jo: Una llamada a la conciencia.

El juez: Las palabras de tal llamada siembran la duda en el muchacho sencillo que no se planteaba problemas, y para el vacilante son un empujón en el sentido de la desobediencia; eso es lo que la ley entiende por *incitación*.

Jo: Incitación implica por lo menos presión moral, insistencia ante el que vacila, pero todo eso es contrario a la no-

violencia. Yo tendría escrúpulos en empujar a cualquiera hacia cualquier cosa, y me guardaría de atraer o incluso de aceptar a uno que vacila.

Se desarrolla aquí un debate en torno a la palabra *incitación*, en el que cada uno acusa al otro de jugar con las palabras. En el momento en que el acuerdo parecía imposible, interviene el abogado para reclamar, oportunamente, que se deje hablar a los testigos. A ellos corresponde decir si su determinación había sido decidida libremente o si se les había subyugado o seducido.

En seguida todo se aclaró, se desenredó, todo apareció sencillo y humano.

Los primeros en declarar son tres de los jóvenes refractarios, a quienes se ha sacado de la cárcel y que han viajado esposados.

Su testimonio es sobrio, firme, fuerte, tanto por sus palabras como por sus acentos y sus silencios; fuerte porque es la prisión la que se presenta y habla. Y la prisión es otro mundo. Y la prisión en la que se ha entrado deliberadamente por amor a la justicia da al testimonio una resonancia que ninguna elocuencia puede conseguir.

Hay otros once en su caso, que no han venido. Pero estos tres representan los tres grados de conciencia y de resistencia a los que la Acción no-violenta ha dado forma y voz.

El primero ha sido soldado durante once meses. No es el servicio militar ni el hecho de llevar uniforme lo que ha rechazado, sino (sin influencia de secta ni de partido) la guerra de Argelia y sus horrores.

He ahí cómo, un día de permiso, se presentó en el campo de trabajo en lugar de regresar al cuartel.

El segundo es un objetor de conciencia que, el día en que fue llamado, fue a decir «no» como quien va a la guerra. Se había unido a la acción por correspondencia y había recibido el apoyo y la solidaridad de los no-violentos [2], lo mismo

[2] Acción de Aix en favor de René Nazon.

que Henri Cheyrouze, ya prisionero y célebre por sus ayunos cuando empezó nuestra campaña.

El tercero es un anarquista y desertor que, en el marco de la acción, había regresado del extranjero [3].

Todos afirmaron que no se trataba para ellos de elegir entre desobedecer y no desobedecer, sino entre las posibles formas de desobediencia:

la deserción, que no es un testimonio;

el paso a la rebeldía, a lo que se opone el amor del país, aun cuando se juzgue severamente al país;

la objeción de conciencia clásica, que es un testimonio honrado y muy valiente, pero en el cual uno combate solo y está vencido de antemano;

o finalmente la Acción cívica no-violenta, que es ese mismo testimonio, pero colectivo y ordenado, social y constructivo, que responde al angustioso interrogante del momento y al que uno se lanza con la certeza de una victoria próxima.

Declararon no haber sido empujados y apremiados; antes bien, se les había advertido de los peligros y las pruebas a que se exponían, se les había rogado que meditaran su decisión y que no la tomaran más que con pleno conocimiento de causa.

Jean-Marie Domenach, director de la revista *Esprit*, se levanta, pálido y con la voz temblorosa de emoción:

«Me pide usted, señor presidente, que dé testimonio sobre la moralidad de los acusados. ¿Cómo podría yo expedir certificados de moralidad a hombres a quienes no tengo la fuerza espiritual de imitar? Bernanos dice que lo que salva a una nación de la vergüenza de las tiranías es una cierta proporción de hombres libres. Yo veo en los acusados unos hombres libres».

Viene después Hamdani, el joven musulmán:

> Soy argelino, tengo 29 años. Soy diferente a los que se han presentado aquí esposados, refractarios al ejército francés. Yo, gracias al Arca y a Jo Pyronnet, soy refractario al Frente de Liberación Nacional, por más que esté de acuerdo con los objetivos que persigue. Lo que me ha conmovido, convencido, unido a los no-violentos, es ver por primera vez unos hombres, unos franceses, cuyo amor a la patria consiste en querer que su patria esté limpia de crímines y de reproches; hombres que, tanto en el amigo como en el enemigo, para la buena causa como para la mala, se oponen a los medios cruentos, a los complots, a las mentiras de la propaganda, al homicidio legal tanto como al homicidio ilegal.
>
> Cuando les vi, para protestar contra los campos de internamiento en donde se encierra arbitrariamente a mis compatriotas, reclamar con insistencia que se les encierre en su lugar o con ellos, no pude retener el impulso de unirme a su campaña. Como la presente acción en favor de los objetores de conciencia me afecta menos directamente, pedí que se me permitiera retirarme para reflexionar, y también para acercarme a mis antiguos amigos y predicar entre ellos la no-violencia, pues sé que ésta podría liberar a mi país como liberó a la India bajo la dirección de Gandhi.
>
> No he sabido hacerme escuchar por los míos, ni encontrar el camino de su corazón.
>
> Y ahora pido que se me admita de nuevo en las filas de los no-violentos, en las que estoy seguro de servir a uno y otro país y de preparar la paz y la reconciliación. En espera de lo cual, aprendo a liberarme a mí mismo.

Claude Voron tiene 23 años, ha obtenido prórroga como estudiante de astronomía y es becario del Centro nacional de investigación científica. La movilidad de su cabeza de pájaro, su clara voz teñida de un alegre acento marsellés, disipan un poco la gravedad de los mensajes precedentes:

«Participo en la acción desde hace más de ocho meses, yendo de campo de trabajo en campo de trabajo. Soy refractario al servicio militar y voluntario para el servicio civil. He renunciado a mi prórroga y he devuelto mi orden de incorporación; me encuentro a disposición de la ley», declara.

[3] André Bernard, que se hizo detener en Marsella encadenado a seis voluntarios, en mayo de 1961.

El juez: Parece usted muy contento con este estado de cosas, pero no estoy tan seguro de que la ley esté satisfecha; y ahora, joven, si es usted un prófugo, ¿cómo es que está libre?

Claude Voron: Eso me pregunto yo también: el 28 de octubre me presenté en la gendarmería. Me respondieron: «Ya que es usted no-violento, espere a que vayan a buscarle, tenga paciencia». Y me pusieron de patitas en la calle... (Risas en el público).

El juez: ¿Es la Acción cívica la que le ha inspirado su negativa?

El testigo: Había tomado mi determinación yo solo, pero ellos me inspiraron la buena manera de ponerla en práctica. Otros decían: «Haz dos años de servicio mejor que cinco de cárcel», y otros: «Vete al extranjero mejor que soportar dos años de servicio y quizá de guerra». Cada uno se las arregla como puede ante la ley. Sólo los no-violentos me dijeron: «Asume la responsabilidad de tu acto: vete a los gendarmes, nosotros te acompañaremos».

Ahora es el pastor Trocmé quien eleva su corpulencia majestuosa, su cabeza noble y meditativa. Una profunda convicción da a su voz una particular fuerza de conmoción:

> Alguien puede extrañarse de que un pastor protestante dé testimonio en favor de Marie Faugeron y de Jo Pyronnet, que son ambos católicos fervientes. No soy el único: los pastores Vernier y Lerch les aprueban, los pastores Lasserre y Blanchet son, como yo, firmantes del llamamiento. Me pregunto incluso por qué, si se acusa a éstos, no se nos acusa a nosotros. Soy testigo de que el acto de que les acusa la justicia de los hombres tiene por único motivo la fidelidad a Cristo, que es su maestro y el mío. Para seguir su «mandamiento nuevo» han dejado ellos su familia, su profesión, sus comodidades, se han puesto al servicio de los más pobres, han invitado a los jóvenes a hacer otro tanto en lugar de ir a derramar sangre.
> Si son culpables de reclamar el derecho de no matar, y un servicio civil en lugar del servicio militar, nosotros lo somos también: incluso les hemos precedido en varias décadas.
> Ese servicio civil existe ya en Holanda, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Suecia, en Noruega, en Dinamarca, en Canadá, en Alemania.
> En Francia, el jefe del estado nos lo ha prometido ya.
> Dentro de algunos meses, Dios lo quiera, la paz habrá vuelto tal vez, y el estatuto de los objetores habrá sido concedido al fin. Entonces los acusados de hoy serán considerados como precursores y profetas.
> Pedimos el honor de asociarnos a ellos. Pedimos que, para ellos y para nosotros, se haga justicia, en el sentido más elevado del término.

La sesión de la tarde se abrió con el testimonio del padre Cortade, dominico:

> Sí, juro decir toda la verdad, pues, como sacerdote, a ella estoy consagrado, a servirla de manera muy concreta ante los hombres que encuentro en mi camino.
> Mi ministerio me ha hecho, como a tantos otros sacerdotes, testigo del drama de conciencia de los jóvenes ante la guerra de Argelia. Testigo de su oposición a esa guerra, no por temor de combatir y de exponerse, sino por temor de servir a la mala causa y de verse obligados a cometer actos abominables en cumplimiento de órdenes recibidas. Soy testigo de los desgarramientos, de las desviaciones a las que puede conducir tal oposición. Y soy testigo de los daños más graves que han causado a veces en las almas la aceptación forzada y algunos meses de servicio en Africa. Sé a qué degradaciones, a qué desesperación se han visto conducidos varios. He visto a quienes volvían de Argelia como quien sale de una horrible enfermedad o de un extravío de la razón.
> El camino que mis amigos los acusados han abierto y por el que se han adentrado valientemente para sostener a los que lo escogen escapa a esa alternativa. No trataré de demostrar que ese camino no es contrario a la ley. Creo, sin embargo, que es

moralmente legítimo. He leído en alguna parte de las Escrituras que es mejor obedecer a Dios que a los hombres, y mi viejo maestro santo Tomás enseña que la conciencia obliga siempre, pues Dios habla por la voz de la conciencia, y desobedecer a la conciencia es un pecado.
¿Incitación a la desobediencia? No, sino acogida fraternal a las conciencias para hacerles ver la verdad y darles la fuerza de abrazarla.

Dejemos algunos testimonios más confusos, y otros que fueron hermosos pero de los que no he tenido sino relatos demasiado vagos.

Cada vez que un testigo se aventuraba a declarar algo como «...ya que me repugnaba participar en una guerra injusta...», el presidente le gritaba: «Tengo que interrumpirle. No nos salgamos del tema. No es sobre sus propias opiniones sobre lo que tiene que testimoniar, sino sobre la influencia que hayan ejercido los acusados en su decisión», o bien «sobre la moralidad de los acusados, y nada más».

Le tocó por fin su turno a Pierre Boisgontier, cuyo asunto, como se sabe, marcó el comienzo de la campaña.

Nuestro amigo tiene un labio leporino, lo que complica su elocución, entrecortada con pequeños soplidos; pero no por eso tiene pelos en la lengua ni deja de mostrarse tan atrevido en sus palabras como en sus actos. Cuando explica que después de ocho meses de prisión le han declarado inútil «por sinusitis», todo el mundo rompe a reír.

Quizá quieren ustedes hacerme decir que he sido objeto de incitación o presión por parte de los acusados; pues bien, yo les digo que soy yo quien he recurrido a la incitación. Y a la presión también, sobre Jo, en cuanto pude tenerle a mi alcance. ¡Y vaya si tuve que insistir y machacar! No era fácil de convencer, el amigo, no tenía prisa. Tenía otras cosas que hacer, estaba con las manos en la masa en el asunto de los campos de internamiento. Y yo: «¿Entonces, no vais a hacer nada por nosotros? ¿Vais a hacer como los demás, que dicen querer la paz en Argelia, y que no hacen nada? ¡Y nos dejan ir a los jóvenes a Africa, adonde ellos no van!».
La idea del servicio civil en Argelia, para la reconciliación de los dos pueblos, soy yo quien la tuve, y como es una idea muy buena, no quería guardármela para mí solo, y se la había comunicado a la Unión de estudiantes, y también a «Jeune résistence» y a los grupos clandestinos, los cuales me dijeron: «Imposible que el gobierno acepte: tendrás tus cinco años de cárcel, y no habrás conseguido nada. Nosotros no pedimos nada a nadie: nos escabullimos». Había hablado asimismo a varios diputados y senadores, y periodistas, que me dijeron: «Muy hermosa idea, vuelva a verme otro día, eso me interesa mucho».
Y yo seguía esperando, en mi almacén de intendencia, contando los calcetines, asqueado de no hacer nada y de estar en lugar seguro. ¡Y con uniforme de paracaidista por añadidura! Pero en cuanto tuve noticia, por los periódicos, de los no-violentos, y sobre todo de su jefe, comprendí que era ése el que necesitábamos para dirigirnos. Y me dediqué a acosarle, a importunarle, me aferré a él, hasta que un día me dijo: «Ya que de todas maneras te vas a lanzar, ya que el proyecto de un servicio de paz es sólido y yo creo en él, vamos a ayudarte». Y poco después añadía una idea a la mía: «Como no se os permitirá hacer el servicio civil en Argelia, en lugar de reclamarlo en el vacío, hagamos que sea una realidad en Francia desde mañana: establezcamos campos de trabajo, y hagamos nuestras manifestaciones con la pala, el pico y la carretilla en las manos...».

Cuando terminó su relato, después de hablar de la ayuda que había recibido de los no-violentos mientras estaba en la cárcel y de explicar que se había unido de nuevo a ellos en cuanto se vio libre, inició el movimiento de retirada pero volvió con movimiento brusco a la barra de los testigos para decir:

«¡Olvidaba decir que soy su cómplice!».

El presidente precisó: «Para que haya complicidad tiene que haber delito, y no se ha definido aún que haya delito».

Era bien evidente que la atmósfera había cambiado.

Desde el principio, el juez había dado muestras de su estima por los acusados y, todo a lo largo del debate, de su deseo de objetividad. Pero, dotado de inteligencia clara y de espíritu despierto, desde el primer golpe de vista sobre los documentos, sobre las cartas y los telegramas recibidos de todos los rincones del mundo, había previsto la conclusión del asunto: quiero decir que había descubierto el punto exacto en que ese múltiple drama personal y nacional en cuyas profundidades no pretendía penetrar tropezaba con un texto de ley sencillo y preciso que descarga la conciencia del funcionario honrado, ataja todo escrúpulo, asume en exclusiva la responsabilidad del castigo...

Pretendía retener, de las declaraciones de los acusados y de los testigos, elementos concretos para precisar sus puntos de vista, y en cuanto surgía un aspecto imprevisto del problema lo miraba como una digresión, como un retraso, como un obstáculo que se esforzaba por salvar. A poco que un testigo fuera tímido, confuso en su expresión o poco convencido, le hacía dar un traspiés...

Pero ahora era visible que las palabras escuchadas habían hecho impacto en él y su actitud era distinta: escuchaba, reflexionaba.

Jo pudo tomar de nuevo la palabra y resumir a su gusto los puntos esenciales del tema con la fuerza de convicción que le caracteriza:

> Creo suficientemente probado por esta larga serie de testimonios diversos que no hemos incitado ni provocado a nadie, no hemos hecho presión sobre nadie, y mucho menos hemos obligado a nadie. Pero no es bastante: hay que añadir que yo mismo me he visto obligado a ocuparme de la profunda desazón de la juventud francesa ante la guerra de Argelia, obligado no tanto por la insistencia de tal o cual de esos muchachos y por su ansiosa espera como por la lógica misma de la no-violencia.
>
> Digo *obligado*, pues confieso que me hubiera gustado mucho más poder persuadirme de que no había que hacer eso, o de que no había nada que hacer, o, en fin, que no era cosa mía... Pues me daba buena cuenta de las dificultades y de los peligros de la empresa, de los cuales el peor era acaso un éxito excesivo, una eficacia imprevisible que uno no puede ya contener, el peligro de verse comprometido por aliados que uno no ha escogido, de provocar desviaciones o efectos de carambola, divisiones, confusiones, desórdenes, en fin lo contrario de lo que uno hubiera querido.
>
> Ese riesgo existía y existe todavía, pero hemos tenido que aceptarlo, sin perjuicio de precavernos de él lo mejor que podamos día a día; pues no aceptarlo hubiera significado correr el riesgo todavía más grave de no hacer nada, de faltar a nuestra vocación de no-violentos conocidos por hablar y actuar en nombre de la conciencia, de tener al final que rendir cuentas a esos jóvenes sometidos a toda clase de presiones y de incitaciones, a toda especie de amenazas y coacciones, que dirigen a sus hermanos mayores una pregunta urgente y vital; de tener que rendirles cuentas porque, teniendo la respuesta, nos habríamos abstenido de dársela, y esa respuesta es: «Seguid vuestra conciencia», y es proporcionarles los medios para hacerlo, y es también comprometernos con ellos.
>
> Se habla respecto a ellos —y naturalmente respecto a nosotros— de desobediencia, y parece darse a entender que todo se reduce a la aceptación o a la no aceptación del uniforme militar. Pero, por afán de simplificar, se eluden dos cosas, sin las cuales es imposible establecer un juicio correcto: se elude ante todo el fondo del problema, y se eluden después las condiciones concretas en que se plantea el problema.
>
> Hoy, en efecto, para obedecer no basta vestir el uniforme militar, hay que saber también a quién se obedece. Dirán ustedes: «Al superior inmediato». Pero ¿y si éste desobedece a sus superiores, a quién obedecerá el soldado? (¡Creo que nadie me reprochará aquí el plantear una cuestión abstracta!).

¡Díganme ahora! ¿Y si esta guerra que el propio jefe del estado califica de «fratricida» y de «absurda», si toda la cuestión de Argelia, así en sus fines como en sus medios, se presentara como una flagrante infracción a las leyes más fundamentales del respeto del hombre y del bien de los pueblos...? Me va a interrumpir aquí, como ha interrumpido usted a los testigos... Me interrumpo, pues... Pero lo cierto es que, para el militar como para el civil, es imposible hoy obedecer simplemente y sin escoger, y que el hombre sólo puede ser juzgado por el valor de la fidelidad que ha escogido.

Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Me he esforzado en esta acción por conciliar las dos exigencias. No considero que la autoridad sea necesariamente el César ni el príncipe de este mundo. Creo, con san Pablo, que la autoridad puede ser «de Dios». Tal autoridad se reconoce en el signo de que lleva las armas de Dios, que son la justicia y el amor del bien común. Creo (también con san Pablo) que la obediencia es una virtud, que es preciso someterse a la ley, «no por temor del castigo, sino por motivo de conciencia». Creo (aunque la Escritura no diga nada) que la comunidad nacional tiene su valor. No la hemos escogido, pero no depende de nuestra voluntad que haya sido ésta y no otra, ni podemos hacer que no hayamos obtenido provecho de ella, que no tengamos para con ella una deuda de agradecimiento y de honor.

Por ello nuestro llamamiento insiste en palabras como «No desertéis, no hagáis nada que pueda considerarse traición», palabras que disgustaban mucho a varios de nuestros amigos y nos valieron su alejamiento. Por ello nos hemos negado siempre a toda alianza con la resistencia clandestina, o a un acuerdo mediante fórmulas como «los mismos fines, medios diferentes», ya que para el no-violento es esencial que fines y medios sean de la misma naturaleza.

Ahora bien, precisamente porque tenemos apego a nuestra patria y no queremos separarnos de ella, porque respetamos la autoridad legítima y la persona de los jefes y en modo alguno deseamos suprimirlos y menos todavía ponernos nosotros en

su lugar, precisamente por eso sentimos los errores y los crímenes que se cometen en nombre de Francia como males de los que somos responsables: más que juzgarlos y denunciarlos, lo que hacemos es confesarlos. Nuestra acción se propone resistir a ellos, pero más todavía, por las tribulaciones que nos acarrea, expiarlos.

Volvamos ahora a los riesgos de desviación y de equívoco. ¿Cómo nos hemos defendido de ellos? Más bien que desplegar esfuerzos de habilidad y de prudencia, hemos observado esta máxima: «No sacrificar la menor parcela de verdad en aras de una mayor eficacia».

Así, el proyecto de abrir inmediatamente un campo de trabajo para ayudar a las poblaciones fue acogido de todo corazón por nuestros jóvenes, pero se notaba que —a veces inconscientemente— lo que les importaba era la demostración, más que el trabajo efectivo. Se trataba ante todo de ser numerosos, de manifestarse, de llamar la atención, de interesar a la prensa; en cuanto al trabajo, era para ellos un argumento de polémica, un gesto simbólico más bien que una labor.

Nuestra primera salida tuvo por objeto encerrarnos en Terrasson, lejos de París, lejos de todo. La mayor parte de nuestras manifestaciones se hicieron en provincias. Pero hemos hecho más trabajo que ruido. Los campos de trabajo que hemos tenido que abandonar a causa de las detenciones, nos hemos preocupado de que los reanudaran el Servicio civil internacional u otros grupos menos expuestos que nosotros.

Esta discreción ha decepcionado mucho, varios se desalentaron o se alejaron. Por nuestra parte, no estamos descontentos de los resultados de tantos esfuerzos: ante todo, del trabajo que se ha hecho en las almas de los que han trabajado con las manos, pues esa actividad manual ha sido la escuela del no-violento, en la que se preparaba para la prisión y para otras pruebas, y ha sido también el lazo de unión con las poblaciones a las que se prestaba una ayuda fraternal; después, de las transformaciones que se operaron en los que asistieron a las manifestaciones o visitaron nuestras barracas, y muy especialmente en los que tenían por misión actuar contra nosotros: gendar-

mes, policías, inspectores, carceleros, magistrados, ministros, para no hablar de los vecinos de celda en las prisiones.

Lo que importa ante todo en la acción no-violenta es que sea conforme a la verdad y también que sea comprendida.

Esa es precisamente la razón de este proceso y de nuestra defensa. Si, contrariamente a lo que usted esperaba, señor presidente, impugnamos los términos de la acusación, si no reconocemos nuestra culpabilidad, nadie debe creer que es para eludir nuestras responsabilidades y para evitar los castigos.

Es para explicar la naturaleza particular de nuestra acción, pues tenemos derecho a que se nos castigue por lo que hemos hecho, y a que no se nos juzgue por malentendidos o aproximaciones. Y la naturaleza de la acción no-violenta es precisamente la responsabilidad y aun la corresponsabilidad voluntaria.

Este es el momento de recordar una de las acciones de que se me acusa: la devolución de la cartilla militar. Lo hice para protestar contra el tratamiento dado a uno de los nuestros: contrariamente a las exigencias del código de justicia militar, se le había guardado en el cuartel y se le había enviado después a Argelia con ropa de paisano. Pero un prófugo que da a conocer por anticipado y públicamente su decisión debe ser entregado a la justicia militar, y en lugar de eso lo que se suele hacer es retenerlo en el ejército, donde puede verse sometido a toda clase de tratamientos para hacerle rectificar su decisión. Otro, uno de los testigos citados, que no ha podido venir, casi fue estrangulado en su celda por un oficial...

Llama usted «presión» a nuestro llamamiento no-violento, pero ¿cómo le llama usted a esto? Es cierto que no le incumbe a usted juzgarlo, pero toda la cuestión está ahí. No insisto.

La devolución de mi cartilla militar tuvo por objeto exponerme yo mismo al rigor de la ley para subrayar la ilegalidad de esos tratos, para aflojar la presión que se ejerce sobre la conciencia de los jóvenes.

Ahora bien, mientras esos jóvenes sufren fuertes penas de prisión, si nosotros, que hemos abrazado enteramente su causa, hasta el punto de asumir incluso su identidad en el momento de su detención y de reclamar que se nos haga sufrir la misma suerte, saliéramos de este proceso con una simple multa o se nos aplicaran medidas de clemencia, ¡eso sería un verdadero escándalo!

Sigue la requisitoria del fiscal.

Empieza por reconocer la «materialidad de los hechos y la infracción de disposiciones legales».

Concluye con estas sorprendentes palabras:

> Espero con confianza la decisión de vuestro tribunal. Estoy convencido de que esa decisión sabrá, en la medida de lo posible, conciliar la consideración de la lealtad de los acusados y de la nobleza de sus móviles, y por otra parte las disposiciones legales que nos rigen, impuestas al poder legislativo por las imperiosas necesidades del tiempo en que vivimos. Deseamos que la humanidad adquiera conciencia un día de su verdadera vocación y supere los problemas de que hoy nos hemos tenido que ocupar.

El abogado Gasparri toma la palabra con una emoción que le impone la sobriedad. Piensa que en procesos como éste en que los acusados y los testigos no ocultan nada, no temen nada, no hay sitio para el abogado, si no es como un testigo más:

«Las palabras no pueden añadir nada a una acción que, a través del desfile de testigos, es más elocuente que todo lo que se podría decir».

Cuando le tocó al abogado Bouchet hacer uso de la palabra, todos tenían la impresión de que su discurso sobraría, pues todo estaba dicho.

Sin embargo, después de cuatro horas de audiencia de un interés sostenido, supo todavía forzar la atención del tribunal y del público y tener al auditorio pendiente de sus labios durante un largo alegato en el que todo fue justo y oportuno, claro y fuerte:

Le gusta a usted, señor presidente, que se responda a las preguntas con un *sí* o con un *no*. Trataré de conformarme a esta exigencia.

Consideremos la finalidad de la acción. ¿Es mala, sí o no?

Obtener, en lugar del servicio armado, un servicio de los más pobres, en reparación de los estragos de la guerra y para preparar la paz en la reconciliación.

Formular la pregunta es responder a ella: la finalidad es altamente loable.

Entonces ¿será la proposición utópica e irrealizable?

No, es un proyecto razonable y constructivo. Tan es así, que dieciocho naciones lo han inscrito en su ley.

No son soñadores los que tenemos ante nosotros. Considerad su título *Acción cívica*. Las palabras significan lo que significan.

De hecho, abrían el campo de trabajo al mismo tiempo que lanzaban el llamamiento y hacían la petición.

¿Será la proposición inoportuna y prematura?

No. Se nos promete el estatuto de los objetores de conciencia para el final de la guerra de Argelia. En otras palabras, se nos ofrece el remedio cuando el mal haya causado sus peores estragos.

El «malestar de la juventud», el «malestar del ejército», no son los no-violentos los que han inventado eso. ¿Cuál es la extensión del mal, cuántos miles de jóvenes franceses han pasado la frontera para escapar a un problema que no sabían resolver? No es posible avanzar una cifra con seguridad, pero poco importan las cifras: aunque no hubiera sino una sola conciencia noble turbada por la imposibilidad de armonizar sus exigencias morales con las leyes del estado, tendría derecho a obtener satisfacción de la sociedad.

Nadie puede reprochar a los no-violentos haber buscado respuesta a esta pregunta, respuesta que nuestra sociedad no da. Nadie discutirá que su respuesta ofrece una salida cuando todas parecían cerradas, y que es la mejor y la de más alta moralidad de todas las que se presentan hoy, incluida la de la obediencia absoluta.

Está claro que la salida que proponen excluye todas las otras, incluida la de la sumisión ciega a la ley. ¿Es, pues, una salida ilícita? ¿No será más bien una manera de hacer adelantar el estado de las cosas?

La oposición, en democracia, ¿es contraria al derecho? Es más bien un freno, un estimulante, un correctivo del poder, y la garantía de la libertad.

Dice Waldeck-Rousseau: «Todo progreso moral es en sus comienzos una acción dirigida por una minoría». Y también: «Lo esencial es tener razón, la mayoría es una cuestión de fecha». Ahora bien, esta minoría, esta ínfima minoría, digamos privilegiada, de los no-violentos, ¿a qué medios recurre?

Hemos reconocido el valor de sus fines. ¿Serán acaso censurables sus medios, los medios no-violentos?

Si tenemos que defender una causa santa, incluso los medios violentos nos parecen justificados: ¿No han de serlo, pues, los medios no-violentos?

¿Será siempre la violencia la gran partera de la historia?

Ha habido incluso grandes capitanes, grandes políticos que, al final de su carrera, han llegado a reconocer el fracaso de sus métodos: «Hay dos fuerzas en el mundo —dice Napoleón—: la de la espada y la del espíritu. La fuerza del espíritu terminará siempre por vencer a la fuerza de la espada». Y Lyautey: «Nada auténtico se funda sobre la fuerza». Y Clemenceau (que no era un corderito y no simpatizaba con las sotanas): «Si los cristianos tuvieran una gota de la sangre de san Francisco, el mundo sería muy distinto».

La sentencia se pronunció tres semanas después. Hela aquí:

Joseph Pyronnet: diez meses,

Jacques Tinel (responsable de las manifestaciones de París): ocho meses,

Marie Faugeron (compañera del Arca): seis meses,

Simone Pacot (compañera del Arca): seis meses,

aplicándose a todos ellos la remisión condicional.

9. EL GRAN AYUNO DE ROMA

Los cuarenta días

He aquí la carta que Shantidas dirigió al papa Juan XXIII a su llegada a Roma:

Roma, 4 de marzo de 1963

Santo Padre:

En respuesta a vuestra llamada [1], he venido de Francia a Roma para hacer penitencia en favor del concilio, de ese concilio de la reconciliación en el que soñamos desde hace años sin haber soñado nunca que podía ser cosa real y próxima.

Voy a ayunar hasta la mañana de pascua, realizando así cuarenta días de muda e intensa oración.

Tres motivos me animan:

El primero es la conciencia de mis faltas, que me hacen demasiado indigno de elevar al cielo una súplica.

El segundo es la súplica: la de la salud de nuestro papa, pues aquel que ha querido cambiar la majestad pontifical en bondad paternal ha ganado nuestro afecto.

El tercero es nuestra espera, ante la amenaza de la guerra

[1] Alusión a la encíclica *Paenitentiam agere*.

total, de la palabra conciliar que todo el mundo necesita hoy, una palabra audaz, absoluta, evangélica en suma.

Permitidme que me extienda un poco sobre este punto de vital importancia. En efecto: ¿para qué serviría todo el bien que esperamos del concilio si la guerra total que se nos prepara nos transforma en un montón de cadáveres o en un pueblo de leprosos, o si, incluso sin guerra, las irradiaciones de la materia desintegrada nos producen generaciones de monstruos?

Sé que a vuestra santidad no le gustan los profetas de la desgracia y no quisiera yo ser uno de ellos. Pero no digáis que todo esto no es sino una novela de ciencia-ficción. Está inscrito en la loca lógica del siglo, aparte de que la deflagración universal puede sobrevenir de un momento a otro por simple accidente.

¿Quién protegerá a los pueblos de su propia ignorancia, de su inercia, de su inconsciencia?

¿Quién les protegerá de sus jefes, ciegos que conducen a ciegos, y que a su vez son conducidos por el príncipe de este mundo?

¿Quién protegerá a la creación de Dios y a todas las bellezas y bondades que contiene contra las codicias, los miedos, los orgullos armados hoy para destruirlo todo?

¿Quién, si no es la iglesia, «mater et magistra»?

A ella le toca advertir, exhortar, implorar, indicar las salidas. Ved lo que ha ocurrido en Suiza, donde ha sido un arzobispo quien ha incitado al pueblo a consentir el arma de muerte. Si Roma hubiera hablado, tal vergüenza no recaería sobre nosotros los católicos. Si no habla esta vez, el mal ejemplo será seguido, multiplicándose el peligro.

Es verdad que la iglesia no tiene el poder de imponer su voluntad a los gobiernos legítimos, ni de oponerse a ellos, a menos que esté dispuesta a volver a las catacumbas. Pero no se trata de imponer ni de oponer, ni tampoco de dirigirse a los gobiernos (los gobiernos continuarán descargando sobre el adversario la culpa de la agresión y esperando que el otro se desarme el primero, de tal manera que nunca habrá un primero).

Se trata de arrancar de la boca de los enemigos de nuestra iglesia la acusación que le hacen de ser cómplice de los go-

biernos en sus empresas sangrientas, mientras que las declaraciones papales en favor de la paz no son sino teoría y retórica, por no decir máscara.

Es muy difícil refutar el argumento mientras una interpretación abusiva de Romanos 13 [2] haga de la obediencia ciega al poder establecido, por malo que sea, un deber religioso.

No hay esperanza sino en Dios, y Dios obra desde dentro, en la conciencia de los hombres libres. La única esperanza está pues en un despertar de la conciencia cristiana debidamente educada, capaz de resistir a las tentaciones, seducciones y presiones mediante las cuales el poder la obliga a entrar en su juego.

La resistencia espiritual es todo lo contrario de la rebelión, de la subversión, de la anarquía, ya que «obedecer a Dios antes que a los hombres» es un freno para el poder cuando éste se desvía y es celo en servirle para el bien común.

La resistencia espiritual no es en modo alguno renuncia a la legítima defensa y a la lucha por la justicia. Es en todo momento la más legítima de las defensas y en la era atómica la única razonable y posible: la única que no lleva a la destrucción de aquello que se pretende defender.

La resistencia espiritual consiste en oponer al mal no un mal de la misma índole y de sentido contrario, sino un bien igual y apropiado.

«Poseemos —dice el apóstol— armas no carnales; éstas tienen fuerza, con la gracia de Dios, para rendir fortalezas». Está claro que los cristianos, que han derrumbado o visto el derrumbamiento de tantos imperios, no pueden poner su confianza a la vez en esas armas y en la bomba H.

Circula confidencialmente un proyecto de esquema sobre la guerra y la paz, un fragmento del cual fue publicado en las *Informations Catholiques Internationales*. Si llegara a ser aprobado, respondería en gran parte a nuestras aspiraciones.

Contiene palabras sin equívoco, como éstas: «La destrucción en masa de poblaciones enteras, como fueron los bombardeos

2 Epístola de san Pablo a los Romanos, cap. 13.

de Hamburgo, de Leipzig y de Hiroshima, es un crimen que clama venganza al cielo».

O como estas otras: «Quien da órdenes contrarias al derecho de gentes merece que se le desobedezca».

Pero si esto es así, si la guerra total es un crimen, ¿no habría que insistir en la idea de que la preparación del crimen es ya un crimen? Declaración de grandes e inmediatas consecuencias, pues el hombre que trabaja en tiempo de paz en el armamento atómico no podría ya ignorar que es culpable, y que debe cambiar de profesión.

Hay más: todo ciudadano que permanece pasivo ante la urgencia del peligro debería saber que es culpable, y que mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio pequeño o grande a su alcance debe romper la complicidad del silencio y despertarse antes de que llegue lo irreparable.

En fin, lo que a nuestro humilde parecer falta por completo es un párrafo en que se expongan las cuatro reglas de la resistencia espiritual:

1. Que se lleve a cabo sin efusión de sangre.
2. Sin fraude ni mentira, a rostro descubierto, sin eludir los castigos, antes bien provocándolos y soportándolos con tranquila dignidad.
3. Con el respeto del adversario, de su libertad, de su dignidad, y aspirando a su conversión.
4. Que sea un testimonio de la verdad de que el sacrificio tiene una virtud salvífica (tal es la lección de la cruz y la tradición de los mártires).

Y habría que recordar que la resistencia espiritual ha probado su eficacia práctica en la liberación de la India, y en diversos conflictos privados o públicos tanto en occidente como en oriente, historia poco conocida y que merece un atento estudio en estos tiempos de peligro extremo.

Disculpadme por estas páginas tal vez inútilmente largas. Puede ser que la silenciosa súplica del ayuno completo hubiera bastado para decir todo eso y mucho más, mejor que las palabras.

Sea lo que fuere, me mantengo retirado y oculto en el convento cisterciense de Frattocchie. La cosa sólo es conocida por pocos amigos y algunos eclesiásticos. Espero que la prensa no haga ruido en torno al asunto.

Pongo esta ofrenda, tembloroso pero no sin esperanza, a los pies de su santidad y en el corazón de nuestro Señor misericordioso.

Con mi devoto homenaje,

LANZA DEL VASTO

El monasterio en que Shantidas y Pierre Mohandas encontraron refugio es un gran edificio de ladrillo, nuevo pero de un gusto discreto, rodeado de un viejo olivar, al borde de la Via Apia al pie de los montes Albanos. La hospedería es un palacete rojo y gris, donde se albergó más de un papa. Se les alojó en la habitación abovedada de Benedicto XIII.

El ayunante se sintió sostenido por los hermosos oficios en la capilla alta y sonora, rodeado por la amistad de los monjes y vigilado por su hijo Mohandas, que como se sabe es médico.

La prueba pasó sin accidentes y sin inquietud. Se mantuvo en pie, trabajó, se mostró animoso hasta los últimos días. Mientras que Mohandas seguía la regla de los trapenses, asistía, como un monje más, a los oficios nocturnos. Durante el día visitaba a los monseñores en sus despachos dorados y se encontraba a veces ante puertas cerradas. Tuvo sin embargo felices encuentros en los colegios en que se recibe a los cardenales de paso y mantuvo con teólogos prestigiosos conversaciones aptas para hacer avanzar nuestra causa.

No obstante, la respuesta del Vaticano no llegaba, salvo, al cabo de veinte días, en forma de un acuse de recibo en estilo administrativo. ¿Había llegado la carta a su destinatario? Cabía ponerlo en duda. ¿Había sido leída, comprendida, transmitida a las comisiones conciliares competentes? Era poco probable. Resultaba imposible obtener una audiencia

privada para asegurarse de ello, en vista del estado de salud del papa.

Pero el ayuno trabajaba y producía sus frutos incluso a distancia. Se recibían cartas de la comunidad y de algunos amigos anunciando la participación de varios en el sacrificio y las gracias obtenidas con ello.

El domingo de Ramos llegó Chanterelle [3], lo que reconfortó grandemente al ayunante. El miércoles santo se trasladó Chanterelle a la secretaría de estado, portadora de una nueva carta pidiendo respuesta a la primera y pidiendo una bendición en esta semana santa «que es la más dura». El secretario, monseñor P., habló con ella más de una hora, afirmándole que la carta había sido leída y que no había que esperar una respuesta... «Además —dijo—, en realidad, se la voy a dar a usted, la respuesta». Y le tendió la encíclica *Pacem in terris,* que debía aparecer al día siguiente. «Hay aquí cosas que nunca se han dicho, páginas que podría firmar su marido...».

El viernes santo, cuando Shantidas, un poco cansado, tomaba el sol en la terraza, vino a visitarle el padre abad. «Le traigo noticias del Vaticano», dijo sonriente. Y le entregó los regalos del papa, dos estuches de piel, con escudos, que contenían un rosario y una medalla, acompañados de un mensaje, la oración particular y el saludo del santo padre para los esposos Lanza del Vasto.

El domingo de Pascua vinieron los amigos en coche a reunirse con el penitente en la misa mayor, rompieron con él el ayuno con un zumo de naranja y galletas, y le llevaron entre los suyos al hermoso jardín lleno de árboles de Judea en flor, de fresca hierba, de enredaderas abrazadas a los cipreses hasta la punta.

Allí descansó durante una semana, recuperando suavemente sus fuerzas. Reunió a los amigos cada día a la puesta de sol y formó el primer grupo romano del Arca.

[3] Esposa de Shantidas.

Pero, volviendo a las palabras del secretario de estado, ¿cuáles son los pasajes de la encíclica que responden a la carta de Shantidas?

En lo que atañe a Romanos 13 y a la obediencia a los poderes establecidos:

> Tal autoridad, como enseña san Pablo, deriva de Dios: *Porque no hay autoridad que no venga de Dios.* Enseñanza del apóstol que san Juan Crisóstomo explana con estos términos: *¿Qué dices? ¿Acaso todos y cada uno de los gobernantes son constituidos como tales por Dios? No, no digo eso; no se trata aquí de los gobernantes por separado, sino de la realidad misma.*
>
> La autoridad es, sobre todo, una fuerza moral; por eso deben los gobernantes apelar, en primer lugar, a la conciencia, o sea al deber que cada cual tiene de aportar voluntariamente su contribución al bien de todos. Pero como, por dignidad natural, todos los hombres son iguales, ninguno de ellos puede obligar interiormente a los demás. Solamente lo puede Dios, el único que ve y juzga las actitudes que se adoptan en lo secreto del propio espíritu. La autoridad humana, por consiguiente, puede obligar en conciencia solamente si está en relación con la voluntad de Dios y es una participación de ella.
>
> La autoridad, como está dicho, es postulada por el orden moral y deriva de Dios. Por tanto, si las leyes o preceptos de los gobernantes estuvieren en contradicción con aquel orden y, consiguientemente, en contradicción con la voluntad de Dios, no tendrían fuerza para obligar en conciencia, puesto que *es necesario obedecer a Dios más bien que a los hombres;* más aún, en tal caso, la autoridad dejaría de ser tal y degeneraría en abuso. Así lo enseña santo Tomás: *En cuanto a lo segundo hay que decir que la ley humana, en tanto tiene razón de ley, en cuanto que es conforme a la recta razón, y según esto es manifiesto que deriva de la ley eterna. Por el contrario, cuando una ley está en contradicción con la razón, se la llama ley injusta, y así no tiene razón de ley, sino que más bien se convierte en una especie de acto de violencia.*

> Viene aquí oportuna —declara la encíclica— aquella expresión de san Agustín: *Si se abandona la justicia, ¿a qué se reducen los reinos, sino a grandes latrocinios?* (*La ciudad de Dios*).

En lo que atañe a la carrera de armamentos y concretamente al arma atómica:

> El motivo que suele darse para justificar tales preparativos militares es que actualmente no puede asegurarse la paz, sino fundándola en la paridad de armamentos. De ahí resulta que apenas se produce en alguna parte un aumento de la fuerza militar, se provoca en otras una carrera desenfrenada a aumentar también los armamentos; y si una nación cuenta con armas atómicas, esto hace que las otras procuren dotarse de la misma clase de armamento, igualmente destructivo.
>
> De todo esto proviene el que los pueblos vivan siempre como bajo el miedo de una tempestad amenazadora, que en cualquier momento puede desencadenarse con ímpetu horrible. Y no sin razón: pues ahí están las armas. Y si apenas parece creíble que haya hombres que puedan atreverse a tomar sobre sí la responsabilidad de las muertes y asoladora destrucción que acarrearía la guerra, no puede, en cambio, negarse que un hecho cualquiera imprevisible puede repentinamente provocar el incendio bélico. Y además, aunque el poderío atroz de los actuales medios militares logre hoy disuadir a los hombres de emprender la guerra, siempre se puede temer que los experimentos atómicos hechos con fines bélicos, si no se interrumpen, traigan consecuencias nefastas para cualquier clase de vida en nuestro planeta.
>
> Así, pues, la justicia, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos: que de un lado y de otro las naciones reduzcan simultáneamente los armamentos que poseen; que las armas nucleares queden proscritas; que, por fin, todos convengan en un pacto de desarme gradual, con mutuas y eficaces garantías. *No se puede permitir* —advertía nuestro predecesor, de feliz

memoria, Pío XII— *que la calamidad de una guerra mundial, con sus estragos económicos y sociales y sus crímenes y perturbaciones morales, se ensañe por tercera vez sobre la humanidad.*

Nadie, sin embargo, puede desconocer que el frenar la carrera de armamentos, el reducirlos y, más todavía, el llegar hasta suprimirlos, resulta imposible si ese desarme no es tan completo y efectivo que abarque aun las conciencias mismas: es decir, a no ser que todos se esfuercen sincera y concordemente por eliminar de los corazones aun el temor y la angustiosa pesadilla de la guerra. Y esto a su vez requiere que esa norma suprema, hoy seguida para conservar la paz, se cambie por otra del todo diversa, en virtud de la cual se reconozca que la verdadera y firme paz entre las naciones no puede asentarse sobre la paridad de las fuerzas militares, sino únicamente sobre la confianza recíproca. Y esto, Nos esperamos que pueda realizarse, ya que se trata de una cosa no solamente dictada por las normas de la recta razón, sino sumamente deseable y fecundísima en bienes.

Ante todo, es cosa dictada por la razón: puesto que a todos es manifiesto —o al menos debería serlo— que las relaciones entre los pueblos no menos que entre los particulares, se han de regular, no por la fuerza de las armas, sino según la recta razón, o sea, conforme a la verdad, a la justicia y a una eficiente solidaridad.

...Y por último, es fecundísima en bienes, puesto que sus ventajas alcanzan a todos: a cada una de las personas, a los hogares, a los pueblos, a la entera familia humana. Como lo advertía nuestro predecesor Pío XII con palabras que todavía resuenan vibrantes en nuestros oídos: *Nada se pierde con la paz; con la guerra, todo puede perderse...*

...Pero la paz será una palabra vacía si no está fundada sobre aquel orden que Nos, movidos de confiada esperanza, hemos esbozado en sus líneas generales en esta nuestra encíclica; la paz ha de estar fundada sobre la verdad, construida con las normas de la justicia, vivificada e integrada por la caridad y realizada, en fin, con la libertad.

¿Qué queda por desear después de estas fuertes y buenas palabras y qué esperamos del concilio?

Una vez admitido aquí el principio de la «desobediencia civil», queda por definir la manera, o dicho de otro modo, las reglas de la resistencia espiritual, o no-violencia activa.

10. EL AYUNO DE LAS MUJERES

La voz de las mujeres en el concilio (1965)

Chanterelle y Shantidas llegaron justo la víspera de la apertura de la exposición (20 de septiembre). Pierre Mohandas, Jo Pyronnet y la Cigogne («la Cigüeña», Michel Lefeuvre) les habían precedido y todo estaba en su sitio. Habíamos obtenido con ese fin una galería abovedada, de unos quince metros de largo por cuatro de ancho, en un palacio del siglo XVII, contiguo a la gran iglesia de Santa Lucía, calle del Alma, cuya fachada da a la plaza roja de Navona con sus fuentes de surtidores, entre ninfas, ríos barbudos, tritones y divinidades marinas estremecidas. Este palacio es la sede del Hogar Unitas, donde se celebran conferencias frecuentadas por los padres conciliares, los observadores y los expertos. No podíamos, pues, estar mejor situados.

La exposición preparada en La Chesnaie por Michel Cigogne y su pequeño equipo y trasladada en dos cajas-maletas se presentaba como una ilustración, mediante grandes fotografías, de las mayores hazañas de la no-violencia. Un cuadriculado blanco y negro, negro y rojo, agradable a la vista, y textos con traducción en dos lenguas, con una caligrafía esmerada. Había además una mesa con libros y folletos. El catálogo de la exposición, impreso en papel satinado, se distribuía a todos los visitantes, para que lo meditaran, así como a las personas a quienes fuimos a visitar. Pues durante los diez días que nos separaban del comienzo del ayuno nos trasladamos, solos o en grupo, a las moradas de los obispos, mientras que Jean Goss, con quien coincidimos allí, hacía otro tanto por su lado.

Saludamos de nuevo al cardenal Lercaro, gracias al cual los nuestros habían encontrado la casa religiosa en la que el ayuno se haría al abrigo de miradas indiscretas. Pronunció ante nosotros hermosas palabras que nos hubiera gustado oír en el aula. Allí se proponía pronunciarlas, por lo demás, al anunciar el ayuno, manera directa de llegar a los oídos de los que deben escuchar, evitando el ruido.

Nos presentamos juntos ante Máximos IV, patriarca de Antioquía, cuya intervención, en el anterior período conciliar, había sido una de las más notables. Cuando entramos, hizo observaciones y elogios sobre nuestras vestimentas y nuestras barbas, olvidando por completo, al parecer, que las suyas y las de los archimandritas que le rodeaban no eran menos pintorescas.

«¿Qué quieren ustedes que haga yo?», preguntó en seguida. Tras lo cual Jo tomó la palabra para hablarle de la no-violencia, haciéndolo con elocuencia y calor. Pero el patriarca, cansado de los hombres y convencido por experiencia de que no hay nada que hacer, decía: «Sí, intervendré, sí, hablaré, gritaré, pero, hijo mío, ¡ah! hijo mío, pero...».

¡Ojalá que encontremos un obispo, uno solo, que tome en sus manos nuestra causa, que la haga cosa suya!, suspirábamos nosotros.

Todos nos recibían bien, nos escuchaban con benevolencia, nos daban toda la razón cuando se trataba de condenar ese gran crimen y esa catástrofe universal que es la guerra, pero siempre iban a tropezar en la piedra de la «legítima defensa», e inmediatamente rehacían la cadena de razonamientos que animosamente habíamos roto al fin...

— Pero, monseñor, ¿no hay otra manera de defenderse de un mal que no sea oponerle otro mal? ¿Se repara acaso un mal con otro? ¿Qué dice Jesús a este respecto? Si te abofetean en la mejilla derecha...

— Si, ya lo sé... Es un consejo.

— ¿Y cuándo se sigue ese consejo?

— En la vida privada.

— ¡No, monseñor! Ni en la vida privada ni en la pública; ¡nunca! Reconózcalo. No hacemos «nada más» que los paganos, y a veces incluso *mucho menos*.

— Desgraciadamente así es, hay que reconocerlo.

— Y la iglesia olvida, con todo el mundo, que no hay más solución que la que ha dictado el Salvador. Cree en los gobiernos, en los expertos, en los diplomáticos, en los políticos, incluso en los militares, pero cuando el Señor habla, entonces no es sino un consejo de perfección, estrictamente privado y que nadie sigue... ¡por modestia!

— Si hablamos así, los pueblos no nos escucharán.

— Nada de lo que ustedes enseñan y predican ha sido escuchado jamás por «los pueblos», y sin embargo continúan ustedes, y saben que es preciso hacerlo. Pero si tienen hoy una probabilidad de ser escuchados, es precisamente en este asunto. Se espera de ustedes otra cosa que lugares comunes, consignas de doble sentido y bendiciones en el aire.

— De todas maneras, no se puede negar a la gente el derecho a defenderse...

Y he ahí cómo, cansados de dar vueltas a lo mismo, teníamos que levantarnos, murmurar un saludo e irnos.

Entre tanto Jo había trabado amistad con uno de los redactores. Tuvimos copia del texto. Nos reconfortó encontrar en el capítulo que nos ocupa las grandes tesis de la encíclica *Pacem in terris* sobre la monstruosidad de la guerra total, sobre el inaceptable equilibrio del terror, sobre la incapacidad de las armas para reparar las injusticias, y encontramos incluso unas palabras en favor de los objetores de conciencia (fruto del trabajo de Jean Goss). Pero no se hacía ninguna alusión a la no-violencia. «Nuestra frase», la que con tanta dificultad habíamos logrado introducir en nuestro último viaje, y que la comisión había recibido sin discusión alguna, faltaba. Quizás había caído con toda una página al procederse a una de las revisiones a que había sido sometido y tendría aún que someterse el texto. Estábamos consternados.

Hacia el 27 llegaron las chicas, así como algunos amigos antiguos y seguros y también compañeros, como Paul Ruty de Nîmes, que trajo a su mujer para ayunar. Era, después de unos días de fuerte tempestad, uno de esos otoños romanos cuya luz es de plata dorada y cuyo aire tiene una sabrosa suavidad. Shantidas se paseó con un grupo de chicas por las ruinas y las callejuelas rojas, pero el capitán Jo llamó a todo el mundo a la realidad y asignó a cada equipo femenino cierto número de obispos para que les visitaran antes de la reclusión del ayuno.

Una mañana nos despierta el teléfono. Es Jean Goss, que anuncia exultante que «nuestra frase» está en el esquema, si bien en el capítulo de la paz, distinto del capítulo de la guerra: la no-violencia se recomendaba allí, en efecto, como solución de los conflictos sociales (en los que ha mostrado su validez) pero no como protección y remedio contra las conflagraciones internacionales. Nuestra tarea sería, pues, tratar de introducir un nuevo artículo a este respecto, por breve y discreto que fuera, en ese capítulo.

Otro punto nos inquietaba: «Mientras las instituciones internacionales sean insuficientes —decía aproximadamente el texto— la posesión de armas nucleares con fines puramente defensivos no podrá ser considerada como ilegítima». Tipo de fórmula capaz de destruir todas las proclamaciones anteriores respecto al carácter criminal de dichas armas, y por otra parte fórmula contradictoria, ya que se trata de armas que pueden ser ora ofensivas ora vengadoras, pero jamás defensivas, y contra las cuales no hay defensa.

Deseamos la corrección siguiente: «No cabe esperar que las naciones se desarmen de manera unilateral e incondicional, pero...». Se transformaría así la declaración de legitimidad en

constatación de un hecho, de un estado de cosas deplorable y que exige que se busquen salidas y no justificaciones.

El 1.º de octubre condujimos a las ayunantes al convento. Dejémosles la palabra. He aquí su declaración:

En Roma, en unión con el concilio
una veintena de mujeres de diversos países,
católicas, protestantes,
hacen un ayuno completo de diez días

Estas mujeres saben que la asamblea de padres conciliares va a asumir ante el mundo, en peligro de muerte, la temible responsabilidad de pronunciarse sobre el problema de la guerra y de la paz.

En cuanto madres y guardianas de la vida, se han preguntado de qué manera, en su propia medida, podían participar en la prueba. Incitadas por el consejo de Pablo VI de «ponerse en estado de vigilia espiritual» y por la encíclica *Poenitentiam agere* de Juan XXIII, se entregarán al ayuno y a la oración durante diez días, retiradas en una casa religiosa, suplicando al Señor que inspire a los padres conciliares las soluciones evangélicas que el mundo espera.

Mas, se dirá:

¿Es posible detener la carrera de armamentos, renunciar al equilibrio del terror, desarmar sin provocar un desequilibrio más grave en beneficio de los menos escrupulosos?

— Sí, es posible, a condición de sustituir las armas de destrucción por otra fuerza.

El arma de los pobres

¿Es posible defender la justicia y hacer que se reconozcan los derechos de los más débiles sin recurrir a medios que son la negación de todo valor humano o espiritual?

— De hecho, esas armas vinculadas al poder y a la riqueza no pueden traer remedio alguno a las injusticias más graves del mundo de hoy; antes bien, contribuyen a agravarlas.

En este siglo de la bomba atómica, son los «subdesarrollados» y los oprimidos quienes nos recuerdan la existencia de esa arma al alcance de los más pobres: la acción no-violenta o resistencia espiritual. Los indios con Gandhi y Vinoba, los negros de los Estados Unidos en su lucha contra la segregación, son ejemplos magistrales. La influencia de esos hombres crece cada día en el mundo. La atribución del premio Nobel de la paz a Luthuli y después al pastor King subraya la importancia creciente de esta nueva fuerza en la construcción de una paz dinámica.

¿Qué es la no-violencia?

Movilización voluntaria de las fuerzas morales y espirituales de un pueblo, es un redescubrimiento práctico de las «armas de la paz» de que habla san Pablo, una aplicación concreta de la fuerza de la verdad a escala comunitaria y cívica. Sólo la experiencia puede dar una idea precisa de ella. Sus fundamentos son:

La llamada a la conciencia y el respeto del adversario, sin fraude ni mentira.

La resistencia al mal y a la injusticia y la negativa a odiar, a herir, a amenazar.

La desobediencia abierta a las leyes injustas y la aceptación de los castigos.

El servicio del bien común, sin excluir el bien del adversario.

La no-violencia no es un sistema acabado en que la victoria esté garantizada de antemano, sino un combate que exige tanto valor, perseverancia y espíritu inventivo como la guerra.

Tiene que tener su eficacia incluso terrestre, ya que el evangelio nos lo promete y la cruz es un signo de victoria sobre el mal.

Este ayuno plantea una doble cuestión a la conciencia de los cristianos

¿Cargaremos con la responsabilidad, ante Dios y ante las generaciones futuras, de dejar alguna justificación a los horrores de la guerra total y a las armas de destrucción en masa, aun empleadas a título de represalias defensivas?

¿Recibiremos la lección que nos dan nuestros hermanos más pobres, sean cristianos o no? ¿No arroja su éxito en la lucha no-violenta una nueva luz sobre el sermón de la montaña, mostrándolo no sólo como un camino de perfección personal, sino también como una potencia capaz de transformar las instituciones y de dar un nuevo sentido a la historia?

Participan en este ayuno

Chanterelle Lanza del Vasto, compañera del Arca.
Marcelle Bernadat, Grenoble.
Lise Caillon, Bayonne.
Louisette Caramelli, Haute-Savoie.
Maryse Chenevey, compañera del Arca.
Dorothy Day, Nueva York.
Claude Forcellino, Marsella.
Raymonde Llech, Marsella.
Piéra di Maggio, compañera del Arca.
Edith Maximoff, compañera del Arca.
Erika Mitterer, Viena (Austria).
Ivette Naal, París.
Marianne Platz, Mulhouse.
Christiane Pons, Niza.
Léa Provo, Amberes.
Rose-Marie Ressouches, París.
Milène Ruty, Nîmes.
Matilde Seghezzo, Buenos Aires.
Nicole Uhl, París.

¿Cómo no discernís estos tiempos?... si no os arrepentís, pereceréis todos igualmente (Lucas 12, 54, y 13, 3).

Del diario de Chanterelle

Viernes, 1.º de octubre

En el convento del Cenáculo de Roma.

No le he dado a nadie esta dirección, y nuestra gente no la ha sabido sino ayer... para encontrarnos en el lugar de cita de esta mañana: «El viernes a las 10, en el 7 Via X».

Franqueado el portal, encontramos en el patio un grupito de mujeres de alegre semblante: las ayunantes...

La superiora, menudita, con su toca blanca y sus ojos azules muy claros y profundos, se adelantó hacia mí. Se alegra de lo que hacemos y dice que rezará con nosotras.

Subimos al tercer piso, donde vemos doce puertas abiertas de doce dormitorios. Pronto está hecha la distribución. Dejamos a Dorothy Day en atención a su edad y a Erika Mitterer, que la ha pedido, sendas habitaciones solitarias y soleadas, y las otras se instalan, dos a dos, según las simpatías del momento o de la víspera, ya que el día anterior nuestras ayunantes visitaron en grupo a algunos obispos y se conocieron entre sí.

Sin quererlo, Piéra y yo tenemos también sendas habitaciones solitarias. La mía lleva por nombre santa Felicita. Y es verdad: he esperado tanto este bendito momento que estoy en la felicidad.

Shantidas, todo vestido de azul, lleva nuestras maletas. Jean-Pierre, siempre servicial, va a buscar agua mineral. Raoul Ducrocq, el doctor, nos sonríe. Yvonne Labande, que será nuestro lazo de unión con el mundo, parte para ir a escuchar los resúmenes de la sesión de la mañana que monseñor Haubtmann, como cada día, dicta a la prensa.

El cardenal Lercaro nos ha prometido anunciar nuestro ayuno a los padres conciliares. ¿Tal vez hoy? Es tan hermoso que no me atrevo a creerlo.

Este ayuno no es público. No es una protesta ni una pre-

sión, antes bien un acto de piedad, de penitencia y de unión. Queremos que sea anunciado ante todo a aquellos a quienes se dirige: los padres conciliares, en el aula. Los periodistas lo sabrán por ese conducto. Pero la fecha y el lugar deben permanecer secretos para evitar la publicidad vulgar.

Descendemos al jardín de amplios paseos bordeados de pinos y nos reunimos, sin quererlo, en un bosquecillo en que la santa Virgen, con las manos abiertas, dice «sí».

Su expresión está atenta únicamente a la llamada de arriba, pero mi mirada baja a lo largo de su vestido y veo su pie ligero encima de la serpiente. El contraste me hace pensar.

Sí, eso es. Es al decir «sí», al abrirnos a lo que quiere de nosotros el Señor, cuando aplastamos el mal, incluso sin saberlo.

Tratar de atacarlo directamente, con todas nuestras fuerzas terrestres, es a menudo vano, pues vuelve a levantar la cabeza tan pronto como nuestra atención se desvía; pero si tenemos la mirada fija en Dios, haciendo su voluntad, «el resto se nos da por añadidura» y el mal se desvanece.

Mientras pienso esto Shantidas dice la oración, con el círculo unido de las ayunantes. Después de haber establecido el horario del día, todas iremos a descansar.

A las 5, en ese mismo bosquecillo, henos aquí reunidas en torno a una lectura de los «comentarios al evangelio»: amar a los enemigos. Los árboles están verdes y relucientes, el césped florido y húmedo... en torno a esta calma bulle la ciudad. Sin esfuerzo nos asimilamos a la paz, olvidando el ruido que nos rodea. ¡Qué hermoso sería tener en el corazón, siempre en medio de nuestra vida agitada, el mismo islote tranquilo y fresco!

A las 7 llega Yvonne. El cardenal no ha dicho nada, no ha tomado la palabra. Está bien así. Podemos rezar el sábado, el domingo, y esperar que el lunes 4 de octubre, día de san Francisco, día del viaje de Pablo VI a Nueva York, el cardenal anuncie el ayuno. Quiera Dios que ello incline a los padres a considerar la «solución evangélica» del problema, la que todo el mundo parece ignorar: la no-violencia.

Las chicas, estos últimos días, han hecho un buen trabajo visitando a los obispos. Estos, de edad avanzada en su mayor parte, se han conmovido ante los rostros juveniles. «¿Vais a ayunar? —dicen a Claude, a Nicole, a Maryse. Es hermoso, pediremos por vosotras. Volved a verme cuando todo haya acabado».

Matilde, la argentina, ha visitado durante dos días a todos los obispos de su país.

«¿Cómo —le dice monseñor Iriarte—, tú también me hablas de no-violencia? En Argentina, en Fortinolmos, recibo un paquete de libros de Lanza del Vasto y una carta sobre la no-violencia. En Buenos Aires una carta, una visita y un libro. En Europa, en Luxemburgo, una carta, un libro; en Bruselas lo mismo. En Roma es de nuevo el Arca quien me viene a visitar... ¿Cuántos sois, pues?».

Y Matilde, que estaba enferma al llegar, se siente ahora completamente curada.

Del diario de Lise Caillon

La vida se retira de nosotros como una marea, dejando grandes espacios desiertos. Fuera, los pinos se estremecen y la ciudad gime. Hay que bajar al jardín y acostarse al pie de los árboles. Aquí la vida nos rodea, el sol acaricia la hierba y las hojas, y a través del paisaje parece sonreír la luz del reino.

Una lagartija confiada ha venido a posarse en mi brazo y se ha escapado en seguida. La vida es una gran maravilla y el nuevo estado que nos separa de los vivos nos revela la frágil belleza de este mundo creado.

Más tarde, en la capilla, descenderemos a las tinieblas interiores para encontrar en nosotros el camino del misterio de vida, la morada donde arde la llama.

Que nuestro Señor ilumine a esos hombres consagrados a él, que les dé el valor y la palabra. Nosotras no podemos sino amar y dar, animadas por una invencible esperanza.

Dejar que el sufrimiento venga a nosotras... La enorme bestia se extiende lentamente, muy asombrada...

En general la huimos, nos ponemos en guardia, la espantamos... El medicamento la hace huir o la actividad redoblada la hace olvidar, y entonces, furiosa, nos da un zarpazo o nos clava su colmillo afilado.

Nada de eso aquí. Se la deja entrar. Se estira y despliega sus largas patas. La náusea nos invade. Gracias, Dios mío, esto es lo que queríamos. No importa que nos pese sobre el corazón y sobre el estómago, nadie hace un gesto para rechazarla. Gracias a ella sentimos lo que sienten millares de seres humanos, débiles, hambrientos. Gracias, Dios mío.

Y la oración se hace más ardiente y la petición de ayuda más profunda. Es preciso ser débil para ser finalmente como el niño que tiene necesidad de su padre.

La enorme bestia se aburre y bosteza. Termina por marcharse. Cada ayunante, después de unas horas de sufrimiento, recobra su buen humor y se yergue como una flor.

Lección de no-violencia. Dejar venir, decir «sí», comprender, sufrir, y la mayor parte de los conflictos desaparecen. Es la primera fase de la gran aventura.

Mas viniendo a los hechos: ¿en qué queda la aventura?

Han pasado el lunes, el martes y el miércoles y nada se ha anunciado en el concilio. Poco nos importa esto, y rezamos tranquilas, en este puerto de paz, guardadas por las dos madres, únicas cómplices de nuestro secreto.

Y he aquí que el jueves a las 4 de la tarde la madre, con sus velos al viento, nos anuncia la visita del obispo de Verdún: monseñor Boillon. Las ayunantes se reúnen en mi habitación con rapidez de pájaros.

Llega el obispo, bondadoso, vestido de negro, y se sienta, piernas estiradas.

— Bien —dice—, como sabéis se ha pasado ahora a otra cosa: se habla de las misiones. Por mi parte, encuentro que no se ha hablado bastante de la guerra. Así pues pido la palabra para mañana por la mañana, en nombre de los setenta obispos que me han dado su firma. Quiero anunciar vuestro ayuno. Vengo pues a veros para comprender.

— Es el Espíritu santo quien le envía, monseñor —respondo.

— Tal vez, sí.

Y nos habla de su tierra de Verdún, empapada con la sangre de millones de hombres. «Dicen que no es lícito matar a mujeres y a niños, pero ¿es lícito matar a hombres jóvenes, hacer semejantes carnicerías?».

Dice cosas justas, firmes, acertadas... Tratamos de explicarle suavemente por qué estamos aquí.

— ¡Ah, sí, la no-violencia! Jo Pyronnet debe venir a hablarme esta noche.

— Si quiere usted comprender, monseñor, lea este libro. Cada página es una lección de vida. Y le pongo en las manos *La revolución no-violenta* de Martin Luther King, lleno de notas, señales, subrayados hechos durante las vigilias nocturnas.

Y se marcha, siempre sencillo y cordial.

Al día siguiente, viernes 8, leía en el aula de san Pedro, ante los dos mil quinientos padres conciliares, su hermoso discurso y, después de sus líneas sobre la dulzura evangélica, leyó nuestro texto.

Shantidas, gracias a nuestro obispo de Montpellier, monseñor Tourel, estaba en San Pedro esa mañana, y escuchó el anuncio.

Cuando en septiembre me mostraba yo inquieta respecto al momento en que se discutiría el pasaje sobre la guerra y la paz y temía los contratiempos, él había dicho: «Veréis cómo todo lo lleva Dios de la mano. La discusión se hará durante los diez días de ayuno, el día en que yo esté en el Vaticano».

Su ingenua seguridad me había hecho sonreír, pero él había acertado.

Nota de Shantidas

Sí, el perfecto éxito de nuestros planes, más soñados que concertados, parecía un milagro.

Pero el principal instrumento de la providencia había sido el padre Gauthier, cura obrero en Nazaret, autor de un bello libro, *Consoler mon peuple,* en el que hace fervientes votos por la reducción de la iglesia a «la iglesia de los pobres», uno de los promotores del viaje del papa a tierra santa y, gracias a su prestigio espiritual, muy influyente en el Vaticano II.

Nos conocimos en una librería en la que presentaba su libro y en la que Shantidas hablaba también, e inmediatamente se anudaron fuertes vínculos.

Pronto nos atacó sobre nuestra posición frente al mundo de hoy, pero las respuestas que recibió de Jo le hicieron ver claro sobre nuestras vocaciones respectivas y su relación, y la amistad se vio confirmada. Visitó a las ayunantes y las reconfortó con palabras profundas.

Era un amigo íntimo del obispo de Verdún.

¡Habíamos encontrado al fin al que tomaba en sus manos nuestra causa!

No fue el único. Hubo las intervenciones de monseñor Alfrinck («La violencia, incluso legítima, no casa con el espíritu de Cristo»), de Cristopher Butler, de monseñor Liénard, de monseñor Ancel, de monseñor Duval, e incluso del cardenal Ottaviani, gran jefe del Santo Oficio, repitiendo, en medio de los aplausos de la asamblea, su *Bellum omnino interdicendum* [1].

Extracto de la intervención del muy reverendo Christopher Butler, abad de Downside

1. Según nuestro texto, «mientras las organizaciones internacionales no estén en condiciones de salvaguardar la paz,

[1] «La guerra debe prohibirse por completo».

no podrá decirse que es ilegítima en sí la posesión de armas modernas con el único objeto de imponer respeto a un adversario equipado de manera análoga».

Propongo que *se suprima este pasaje del documento.* Nadie piensa que las grandes potencias se limitan a *poseer* tales armas. El hecho es que, a cada lado del telón, existe un sistema de preparación para el empleo de tales armas, para su empleo ilegítimo en la eventualidad de una guerra total. Si pensamos que tales preparativos son legítimos, más valdría decirlo abiertamente y no ocultarlo tras una referencia a la simple «posesión» de esas armas.

Pero, ¿no deberíamos continuar y decir claramente que no sólo es ilegítimo servirse de tales preparativos haciendo la guerra, sino que ya la intención de servirse de ellos, aunque sea una «intención condicional», es gravemente inmoral? No es procedente invocar así las intenciones de los jefes de estado, o las de sus subordinados o de la población en general.

Es ridículo preguntarse si tales preparativos son concebibles sin que haya por lo menos la intención condicional de emplear las armas nucleares.

Tampoco deberíamos hablar de legitimidad de los preparativos de una guerra nuclear. Es suficientemente evidente que la intención de hacer la guerra injustamente es injusta en sí misma.

2. Obediencia a los gobiernos y a los oficiales y jefes en tiempo de guerra. Sería preferible no hablar en este contexto de «presunción de razón» en favor de quienes dan las órdenes [2]. Aunque sea cierta en teoría, esta presunción ha provocado numerosos crímenes, recientemente, a causa de la obediencia de los súbditos a órdenes diabólicas. Hoy, además, todos los hombres tienen el deber moral no sólo ni en prioridad para con su propio país, sino para con todo el género

[2] La tesis, que es clásica, pretende que el subordinado tiene el deber de suponer, en los casos dudosos, que sus superiores tienen razón.

humano. Propiamente hablando, están llamados a obedecer a una autoridad mundial que no existe todavía, pero que es necesaria para el bien común. Entonces, más bien que insistir sobre una «presunción de razón» que tan fácilmente puede conducir al pecado, es preferible que declaremos con fuerza que el deber puede obligar a veces a negar la obediencia.

3. Me alegro de que el texto mencione a los objetores de conciencia, pero no me gusta esa fórmula que hace pensar que esos objetores, son, en cierto modo, personas que carecen de madurez. Sería preferible no hablar sino de la objeción fundada en casos de conciencia sinceros. Algunos objetores de conciencia son tal vez, en realidad, los profetas de una verdadera moral cristiana.

En conclusión: aprovechemos esta oportunidad para declarar abiertamente que la iglesia, el pueblo de Dios, no busca la protección de sus enemigos, cualesquiera que sean, en la guerra, y menos todavía en una guerra moderna. Somos el cuerpo místico, y Cristo es nuestra cabeza. El se negó a defenderse y a defender su misión mediante la espada de sus discípulos, e incluso mediante las legiones de los ángeles, ministros de la justicia y del amor de Dios. Las armas del evangelio no son nucleares, sino espirituales. Obtienen sus victorias no por la guerra, sino por el sufrimiento. Mostremos pues toda nuestra simpatía a los hombres de estado que se debaten en dificultades inmensas, reconozcamos sus buenas intenciones con gratitud. Pero añadamos estas palabras para recordarles que los fines deseables no justifican los medios inmorales, no justifican tampoco la intención condicional de hacer frente a un ataque inmoral con una defensa inmoral. Nuestra fuerza reside en el nombre del Señor, que ha creado el cielo y la tierra.

Nota. El muy reverendo padre abad había ido a visitar a las ayunantes manifestando su agradecimiento con emoción: «Todos necesitábamos esta penitencia», les decía. Y también: «El concilio no es una reunión de dignatarios que deliberan

para legislar; sois vosotras, es el pueblo de Dios que sufre, espera y reza».

Extracto de la intervención de Pierre Boillon, obispo de Verdún

...Venerables padres, nosotros no tenemos sino un solo mensaje que lanzar, en nombre del Señor, a la cara de los pueblos; con nuestro muy santo papa Paulo, gritar: «Sois hermanos en Cristo, no es lícito hacer la guerra».

Debemos añadir en este concilio que las guerras monstruosas que han movido entre sí las naciones occidentales a las que el mundo llama cristianas son un obstáculo fundamental para la aceptación del evangelio por las naciones que ignoran a Cristo. No permitamos que, a través de esos distingos en sí mismos incongruentes, el escándalo se reproduzca una y otra vez.

Además, como varios lo han dicho ya, es necesario no sólo condenar la guerra, sino además construir la paz, para la cual se precisa una autoridad internacional. Pero como las instituciones no bastan, es preciso que la opinión pública, es decir, la conciencia de los pueblos, sea educada con este fin. Y a la iglesia incumbe principalmente hacer que esa educación sea moral, o por mejor decir evangélica. Precisemos:

Humildad en el orden internacional. Que los ciudadanos y jefes de las naciones pongan límites a la soberanía y la independencia nacional. ¡Malhaya el orgullo, incluso nacional!

Pobreza en el orden internacional. Que las más ricas naciones y sus más ricos ciudadanos se avengan a compartir sus riquezas y sus maneras de vivir con las naciones más pobres, en lugar de aumentar con la guerra misma, de manera innoble, la fortuna de los ricos.

Mansedumbre, signo admirable del propio Cristo. La mansedumbre en el orden internacional consiste en que los hombres renuncien a la violencia de las armas; de lo cual dan testimonio los que practican y suscitan la acción no-violenta

con valentía, con sufrimiento, pero actuando sin violencia tanto en el interior de la nación como entre las naciones.

Entre éstos (ya que en esta aula hablamos de la guerra) veinte mujeres seglares, en la propia Roma, realizan un ayuno completo de diez días y oran para que el Espíritu santo nos ilumine. Séame permitido darles brevemente la palabra.

Leyó aquí, en francés, la declaración de las mujeres que antes hemos reproducido.

Por vez primera, la voz de las mujeres se hizo escuchar bajo la bóveda de San Pedro.

Epílogo del ayuno de Roma

El ayuno de las mujeres en Roma fue seguido por los amigos no sólo en pensamiento, sino en actos. Hay que citar ante todo el grupo de Buenos Aires, donde catorce personas hicieron el ayuno de diez días. Akos, nuestro amigo húngaro, hizo otro tanto, solo en su casa de Mougins, así como Pierre Almand, de Annecy, y otros varios que no desean ser nombrados. En cuanto a Léa Provo, jefa del grupo de Amberes, partió de Roma sin romper el ayuno y continuó ayunando otros diez días en su país. Casi todos los grupos, en Francia, en Suiza, en Bélgica, en España, hicieron cadenas de ayunos y enviaron cartas a sus obispos; algunas de ellas muy hermosas y que recibieron buenas respuestas.

Dorothy Day, que nos había dado la gran alegría de venir a ayunar a Roma con nuestra gente, regresó al terminar los diez días a Nueva York, donde contó su aventura en las columnas del *Catholic Worker*.

Señalemos el ayuno de tres días de los amigos de París. La parroquia de Saint-Séverin, cuya comunidad de sacerdotes mantiene relaciones de amistad con el Arca desde hace una veintena de años, acogió a los ayunantes [3] y los sostuvo.

[3] Entre los que se encontraba el traductor de esta obra, que siempre recordará aquel su primer contacto con no-violentos convencidos.

El ayuno se anunció y se comentó en todas las misas de ese domingo.

Declaraciones del concilio

Tenemos ahora ante nosotros las primeras traducciones de ese Esquema XIII que, tres veces revisado y finalmente votado, lleva el nombre de *Constitución pastoral sobre la iglesia en el mundo de este tiempo*.

Nos hemos precipitado inmediatamente sobre el capítulo V: «Protección de la paz», a causa del cual hemos hecho tres viajes a Roma, dos largos ayunos e innumerables gestiones, sin hablar de los ayunos, las cartas y las visitas de los amigos a sus obispos.

Hemos comprobado en seguida:

1. Que «nuestra» frase sobre la no-violencia está allí, un poco abreviada, pero en muy buen lugar, ya en la introducción.

2. Que se reprueba la obediencia ciega que lleva a actos contrarios «al derecho de gentes», y que se «alaba calurosamente el valor de los que oponen resistencia abierta a las autoridades que ordenan tales acciones».

3. Que se invita a los gobiernos a tomar «disposiciones jurídicas humanas» respecto a los objetores de conciencia.

4. Que la guerra total es condenada «firmemente y sin vacilación».

5. Que toda acción guerrera que apunta indistintamente a destruir ciudades enteras y vastas regiones con sus habitantes «es un crimen contra Dios y contra los hombres».

6. Que «el equilibrio del terror» es falaz, que lejos de alejar las causas de la guerra puede al contrario agravarlas progresivamente.

7. Que la «carrera de armamentos» es «una plaga de la humanidad». «Perjudica a los pobres de manera intolerable

y es muy de temer que su prolongación desencadene los desastres para los que prepara ya los medios».

Si no se condena el armamento nuclear de manera explícita y particular (se condena con todos los medios de destrucción masiva), al menos no se legitima su «posesión» como se había hecho en la redacción precedente, lo que tanto nos había alarmado.

Podemos pues anunciar a nuestros amigos la buena noticia de que los objetivos que nos proponíamos en nuestras tres misiones romanas han sido alcanzados, no importa si gracias a nosotros o gracias a otros: gracias a Dios.

Las protestas, las mociones, las intrigas de buen número de obispos norteamericanos y otros para hacer que se suprimiera tal o cual de los siete puntos, para invitar a sus venerables colegas a oponerse en bloque al Esquema XIII, las palabras de tal obispo italiano sobre «la inmoralidad» de la objeción de conciencia, no han sido sino una última sacudida del diablo vencido por el Espíritu.

Volveremos sobre este texto importante y entrañable, lo citaremos y comentaremos en otras ocasiones. Invitamos a nuestros amigos a leerlo, a alegrarse de él. Y a servirse de él para defender la paz con la palabra y el pensamiento.

Antes de haberlo leído nosotros mismos, habríamos podido creerlo débil, tímido, equívoco como lo es tantas veces el lenguaje eclesiástico sobre estos temas, pues habíamos visto que muchos quedaban decepcionados de su lectura. En realidad, el capítulo V de la *Constitución pastoral* no se queda atrás en casi ninguno de sus artículos con respecto a la encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII, y en algunos de ellos la adelanta. Yo definiría la *Constitución* en conjunto como un acto de valentía y de buena voluntad.

El concilio, el día de su clausura, lanzó un llamamiento a las mujeres del universo, confiándoles la tarea primordial de «reconciliar a los hombres con la vida».

«Y sobre todo velad, os lo suplicamos, por el porvenir de nuestra especie. Retened la mano del hombre que, en un momento de locura, intente destruir la civilización humana».

11. BREVE CRONICA DE LA NO-VIOLENCIA EN OCCIDENTE

La no-violencia tiene una larga historia en occidente. Ha tenido sus apóstoles, sus héroes, sus teóricos, sus poetas, sus revolucionarios. Alcanzó en esta parte del mundo sus victorias, seguramente menos célebres que las de Gandhi en la India, pero grandes y significativas, que dan materia para pensar y permiten esperar.

La carta de la no-violencia

El evangelio es la carta de la no-violencia occidental:

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra...».

«Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen...».

«Si te golpean en la mejilla derecha, presenta la izquierda. Si te quitan el manto, entrega también la túnica...».

«Pedro, vuelve la espada a la vaina: quien se sirve de la espada, por la espada perecerá...».

He ahí los artículos de la carta, en su texto íntegro, tales como se dieron, sin explicaciones, pues así bastan para los que tienen los oídos para oír; sin más comentario que los de los hechos y gestos, y sobre todo del supremo: la pasión.

El cristiano que rechaza, descuida u olvida la enseñanza de la no-violencia contenida en esos artículos, quita su llama al «fuego» que Jesús vino a «traer a la tierra», quita su punta a la «espada» que él llevó, quita «su sabor» a la «sal».

La no-violencia, método de los mártires

Los actos de los primeros cristianos son para nosotros, desde la infancia, un motivo de veneración más bien que de reflexión crítica.

Pero si consideramos su actitud constante como un método, lo asimilaremos a lo que Thoreau y Gandhi llaman la «desobediencia civil», cuyo gesto culminante y decisivo era la negativa a ofrecer sacrificios a los ídolos [1], generalmente corroborada por otras negativas: negativa a recurrir a los tribunales para defenderse, negativa a defenderse ante los tribunales, negativa a poseer bienes propios, a ocupar cargos públicos, a llevar armas...

Esta resistencia les valió la execración del mundo civilizado, incluidos grandes espíritus como Tácito, Marco Aurelio, Plotino. A ojos de la prudencia mundana, hay que decir que la negativa del incienso a los ídolos parece completamente insensata: si el ídolo es un trozo de madera o de metal y el incienso un poco de humo, el sacrificio fácil realizado bajo coacción es un gesto vano y nulo, pero que sirve para calmar a la multitud estúpida y hostil. ¡Cuánto más vano e incluso loco el negarse a hacer el gesto, exponiéndose así a hacer caer una tras otra las mejores cabezas de la comunidad, a diezmar a los pocos depositarios de una herencia

[1] Esta negativa iba acompañada a veces por la ruptura de las estatuas; notemos aquí, como en la India, el aspecto agresivo, provocador, vehemente de la no-violencia que, no es necesario decirlo, nada tiene que ver con la no-resistencia, o con la fuerza de la inercia, o con la resignación a la fatalidad, o con la aceptación de la injusticia, de las mentiras, de los excesos del prójimo, sino que se define como resistencia al mal mediante la fuerza del Espíritu (*satyagraha*).

infinitamente preciosa! Pero aquí como en otras partes, la prudencia mundana se muestra negativa, presuntuosa, ciega, incapaz de captar la realidad en su profundidad, y por consiguiente de prever su futuro, incluso próximo. Sólo la no-violencia fue perspicaz y eficaz. Adoptada por un grupo unido, consciente de los principios doctrinales, de las resonancias místicas, de las disciplinas personales, de las consecuencias prácticas y sociales que entraña, la no-violencia venció y trastornó de raíz el mundo antiguo y, uno tras otro, transformó también a todos los pueblos bárbaros: a medida que avanzaban vencedores, ella les vencía.

Atila ante los leones y los lobos de la no-violencia

Por sucesivas oleadas, las invasiones bárbaras habían roto los diques del imperio romano, cuando surgió la ola gigante que a todas empujaba: apareció Atila, con sus innumerables e irresistibles jinetes, y se decía: donde él pasa, no vuelve a crecer la hierba.

Mas el «azote de Dios» tropezó dos veces con la no-violencia, y la segunda quebró contra ella su fuerza.

Fue primeramente en Troyes, cuyos muros había tomado por asalto. Entró en la catedral, donde la población perseguida se había refugiado junto a san Lupus, su obispo. Todo el mundo volvía la espalda al que entraba, fijando la mirada en la hostia que el oficiante levantaba. Ante ese fuerte silencio, el vencedor quedó en suspenso, salió, llamó a sus hombres y abandonó la ciudad sin saquearla.

Un año después entraba en Italia y se precipitaba sobre Roma, en donde había estado en su adolescencia como rehén. Se proponía ejercitar sobre aquella ciudad una venganza a la medida de su orgullo herido. Un río cortaba el camino. Había descubierto ya el vado y dirigía al agua su montura cuando divisó en la otra orilla una columna que subía a su encuentro, armada no con lanzas sino tan sólo con el crucifijo. A su frente, sobre una mula, con la tiara puesta, el papa san

León. La procesión cantaba al avanzar. El bárbaro perdió la seguridad en sí mismo, volvió grupas y no apareció nunca más.

La no-violencia, fundamento de la iglesia

Cuando la iglesia se constituyó en cuerpo soberano, cuando todo el mundo pudo entrar en ella sin pena y sin riesgo, entonces el espíritu del mundo la penetró también y el «príncipe de este mundo» tuvo su desquite. La iglesia cristiana trató con las potencias de este mundo más o menos cristianizadas, y ella misma era una potencia de este mundo más o menos análoga a las demás. Entonces la no-violencia y la pobreza evangélicas (una es inseparable de la otra), entonces el espíritu de profecía, las curaciones, los milagros, las gracias sobrenaturales escasearon. Hubo los ejércitos papales, las prisiones papales, las cruzadas, las hogueras, las guerras de religión, la justificación de las guerras nacionales o coloniales, de las opresiones y represiones de toda especie. No podemos negar estos hechos, no pretendemos hacernos sus defensores, ni tampoco sus acusadores. Dicho esto, sostenemos que es un aspecto accidental y temporal de las cosas. La doctrina auténtica y permanente de la iglesia sigue siendo profundamente pacífica, superior a las divisiones de razas, de naciones, de clases, respetuosa de la naturaleza y de lo humano, y moderada. Su estructura esencial también. Ninguna dignidad puede adquirirse en ella a mano armada, la autoridad se ejerce en ella sin ninguna forma de fuerza coercitiva. Su más alto título es el infantil y familiar «papá». En ello difiere totalmente de todos los imperios y de todas las repúblicas. Las inmensas riquezas que maneja no le vienen sino de contribuciones análogas a los impuestos que todos los estados perciben de sus súbditos, pero también aquí la diferencia salta a la vista. Pues en todos los regímenes, el pago de los impuestos no depende sino del temor de las penalidades ante el menor retraso, mientras que la iglesia, en todo su esplendor, sigue siendo un mendigo que pide en la calle...

En los santos y en las sectas

La ausencia de las virtudes evangélicas en el común de la cristiandad dio lugar a sobresaltos, despertares y retornos. En todos los siglos se elevaron dos clases de hombres, cuya historia es la de la no-violencia en occidente: los santos reformadores y los fundadores de sectas. Unos y otros se oponen y se parecen. Unos corrigen a la iglesia desde dentro, la renuevan en su llama, fundan dentro de ella una orden, una obra, una escuela de espiritualidad; otros se rebelan o bien se hacen expulsar de ella y tratan de fundar una iglesia nueva, análoga a la de los primeros tiempos. Mas, muy a menudo, el santo, obediente a Dios más bien que a los hombres, es juzgado herético o rebelde, sufre persecución, condena, y no es canonizado sino después de habérsele quitado la vida. Mientras que el heresiarca muestra a veces las altas virtudes, el fervor, la pureza, la caridad y los carismas que son la marca de los santos.

La más célebre secta de la edad media es la de los albigenses, llamados cátaros o puros, que practicaban en efecto la pureza y la no-violencia. Fueron exterminados y extirpados por una guerra que extinguió la amable y floreciente civilización provenzal. Podría verse en esta tragedia un fracaso total de la no-violencia. Pero dos observaciones se oponen a esta conclusión: la primera, es que no se trató de una resistencia no-violenta suprimida por la fuerza bruta, sino de una verdadera guerra en la que la violencia se desencadenó por ambas partes. La segunda es que, bajo el nombre de albigenses, se confunden dos especies de hombres que, para su desgracia, no estuvieron sino demasiado separados: por una parte el pequeño número de los «puros» o «perfectos», por otra el gran rebaño del pueblo que aquéllos habían separado de la iglesia sin admitirlo a comulgar con ellos pues lo encontraban indigno; rebaño que aquella doctrina *demasiado pura,* con su repulsa de todo lo que es naturaleza y carne, dejaba en el abandono, desmoralizaba y desesperaba. No es la no-

violencia de los cátaros, sino la violencia y la impureza de sus defensores lo que perdió a unos y otros.

Vino después el renacimiento de los dioses paganos, y la Reforma, y las guerras de religión. Se combatía para decidir quién era mejor cristiano, y parecía evidente que el mejor sería el que matara al otro. Pero hubo sectas para reformar la Reforma, y santos para impedir que prevalecieran las puertas del infierno.

Hubo los menonitas y los mormones, los amish de Holanda, los dujoboros de Rusia, los huteritas de Suiza y Alemania, todos los cuales buscaron en América refugio contra las persecuciones, y allí forman todavía comunidades fraternales pacíficas y cerradas. Hay hoy entre nosotros los testigos de Jehová, los adventistas, los amigos del hombre.

Mención aparte merecen los cuáqueros, con sus predicaciones y tribulaciones en tierra cristiana, tan análogas a las de los primeros cristianos en las sinagogas judías y en el mundo pagano. Uno de ellos, William Penn, en su aventura en el país de las selvas que lleva todavía su nombre, mostró que es posible dirigirse al salvaje de otra manera que para exterminarle, subyugarle o pervertirle so pretexto de convertirle y civilizarle; que se puede asumir el riesgo de dirigirse a él como hermano y tener confianza en él.

De lo cual los jesuitas del Paraguay hicieron una experiencia más completa, más duradera, más admirable todavía en sus Reducciones, en las que pusieron al indígena al abrigo de la esclavitud y de la corrupción y mediante la repartición igual de los trabajos y las cargas, la distribución gratuita de todos los bienes y la libre elección de sus jefes, le dieron el régimen de independencia rural y artesanal que Gandhi y Vinoba soñaron instalar en la India con el nombre de *Gramradj*.

La no-violencia revolucionaria del siglo XIX

El siglo XIX inaugura la era de las guerras santas de la revolución social. No es ya la caridad de Cristo, ni la gloria

de Dios, es la felicidad de la humanidad la que se convierte en legítimo motivo de los homicidios colectivos y sistemáticos. Algunos raros solitarios se percataron de que, para obtener un fin tan deseable, debían existir medios mejores que las intrigas, los complots, los golpes de estado, los asesinatos, el terror. De que para llegar a la justicia y a la paz, había que encontrar medios justos y pacíficos. De que esos medios eran de todas maneras los mejores, aun cuando fueran más lentos y más difíciles, pero también era posible que, siendo más lógicos, fueran más sencillos y más accesibles. La doctrina de la no-violencia cívica había nacido. Tuvo sus grandes apóstoles en las dos extremidades del occidente: en América, Thoreau; en Rusia, Tolstoi. Cabe añadir a ellos, en Inglaterra, el nombre de Jean Ruskin. (Gandhi bebió en estas tres fuentes, además del evangelio y la *Guita;* allí encontró casi todos los elementos de su pensamiento).

Thoreau había meditado sobre las inmortales páginas de Etienne de la Boétie, *De la servitude volontaire* (mediados del siglo XVI), y había descubierto allí la ranura en la que se puede introducir la palanca de la acción directa no-violenta. La Boétie se asombra de que, a diferencia de los animales no racionales, el hombre se subyugue él mismo con tanto celo y afán. En realidad, los poderosos que le oprimen no tienen más fuerza que la que él les concede. Los tiranos nada pueden por sí mismos, son sus súbditos los que les hacen poderosos al creer que lo son. Cuando los soldados avanzan pesadamente a través de campos y ciudades, es el pueblo el que, en beneficio de los poderes establecidos, aplasta al pueblo...

Thoreau saca la conclusión de que el ciudadano que obedece a las leyes y a las órdenes sin plantearse problemas no hace sino la mitad de su deber y a menudo hace lo contrario de su deber: cada vez que la ley funciona contra la justicia, cada vez que a un jefe se le antoja erigirse en déspota, el ciudadano se hace su instrumento y su cómplice. Para su bien y para el bien de todos, debe pues aprender también «la desobediencia civil».

Si los ciudadanos se unen en número suficiente y aplican

este principio con audacia y rigor, poseerán una fuerza considerable: es posible liberar sin disparar un tiro a una nación avasallada por sus ocupantes, deshacer ejércitos sin una batalla, levantar a una clase oprimida sin alzar barricadas, derribar un régimen sin colgar a nadie de las farolas, poner fin a grandes abusos financieros, detener guerras, como Gandhi (y otros) habían de demostrar.

Jaque al emperador en Hungría, rebelión funeraria en Polonia y el Cristo de los Andes

En la segunda mitad del siglo pasado, los húngaros que sufrían el yugo austríaco volvieron ordenadamente la espalda al gobierno de Viena, organizaron ellos mismos la instrucción pública, la justicia, la producción industrial y agrícola, se negaron a comprar las mercancías austríacas y a pagar el impuesto. Las incautaciones y subastas que siguieron produjeron más gastos que beneficios. La policía, los tribunales, las prisiones se vieron desbordados por el número de delincuentes de honor. Las fuerzas del orden vinieron a establecerse en el país. Se dio alojamiento y comida a oficiales y a soldados, pero nadie les dirigió la palabra. Ante esto, el emperador decidió imponer a los húngaros el servicio militar obligatorio y tropezó con una nueva y más completa negativa. En 1857, después de cinco años de luchas, sin derramar una gota de sangre, los húngaros se salieron con la suya.

En la misma época Polonia gemía bajo la bota de Rusia, pidiendo en vano al zar un parlamento. El alzamiento que tuvo lugar entonces podría llamarse la rebelión funeraria. Habiendo fallecido un poeta patriota, su cortejo fúnebre no terminaba de desfilar. La policía se inquietó y dio a los asistentes la orden de dispersarse: el cortejo seguía desfilando. La policía lanzó una carga de caballería, pero el cortejo, dejando muertos y heridos en la calzada, se formó de nuevo y desfiló hasta la puesta de sol. A todos los muertos de ese día

se les hicieron funerales análogos. Toda la nación se puso de luto por un año. Resultado: Polonia obtuvo del zar un parlamento. Contraprueba: tres años después, Polonia recurrió a la sublevación armada, y los rusos, que no deseaban otra cosa, la aplastaron.

Habiéndose enturbiado las relaciones entre Argentina y Chile, los dos ejércitos marcharon uno contra otro por los altos desfiladeros de los Andes. Pero de uno y otro lado se adelantó un obispo a las tropas. Ambos obispos se encontraron para darse el abrazo de la paz a la vista de los soldados. Y, en lugar de combatir, se concluyó un pacto de alianza y de amistad perpetua entre las dos naciones. Un Cristo Redentor se alza en la divisoria de la montaña para conmemorar esta victoria sin víctimas.

Hazañas más recientes

¿Pueden citarse algunos ejemplos de hazañas no-violentas en el occidente contemporáneo?

En 1909 las mujeres de España obstaculizaron la guerra impopular de Marruecos acostándose sobre la vía delante de los trenes que debían transportar a la tropa. En 1914 un millón de obreros impidió al gobierno de Madrid entrar en la guerra al lado de los aliados.

En 1950, Viena, devastada y arruinada por la guerra, estaba dividida en cuatro zonas, la más importante de ellas atribuida a los rusos.

Los soviéticos pensaron que el pequeño país desmoralizado y subyugado iba a caerles en las manos como un fruto.

Hicieron lanzar una orden de huelga general que ofrecería el pretexto para una ocupación completa. La multitud de obreros que iban al trabajo encontró el puente Floritzdorfer cortado con barricadas, tras las cuales se alineaban los carros blindados. Durante algún tiempo el muro humano y el muro de acero permanecieron cara a cara.

Después, en silencio, el muro humano avanzó, las barri-

cadas quedaron barridas en pocos instantes, los blindados se batieron en retirada.

En el Africa negra N'kruma, inspirándose en Gandhi, liberó de los ingleses su país, Ghana.

Misión y pasión de Kimbangu

A raíz de un éxtasis, de una caída, de una enfermedad, de un sueño, Simon Kimbangu, joven cristiano negro de la iglesia baptista, se traslada a una aldea vecina, como a pesar suyo y empujado por el Espíritu, hasta el lecho de un niño moribundo, aparta a las plañideras, se pone a orar, le impone las manos, e inmediatamente el niño se cura.

Le presentan otros enfermos a quienes toca, y se curan.

A partir de entonces —era en 1921 y el hombre tenía una treintena de años— N'Kamba, su aldea, se convirtió en un centro de peregrinación, de meditación espiritual y de milagros.

Los negros venían por trenes enteros, llevando a sus inválidos, a veces a sus muertos.

Día y noche las multitudes rodean al santo varón, rezan, cantan, imploran, se entregan a transportes de fervor y exultaciones, o se sientan en el suelo, en círculo, para escuchar la enseñanza.

El enseña y predica, en efecto. Conoce a fondo la Biblia, de la que jamás se separa. Prohíbe los fetiches, las danzas lascivas, la poligamia.

Los adeptos arrojan al fuego sus amuletos, rompen sus tambores, arrojan al mismo fuego los rosarios y las medallas distribuidos por las misiones y a veces derriban las estatuas de yeso de los pobres misioneros.

Es una oleada y un tumulto en todo el país, o más bien una resaca y una huida.

El plantador ve desvanecerse la mano de obra, en el molino de aceite es peor que una huelga, el comerciante espera en vano su clientela, el pobre párroco busca sus feligreses, el

criado ha dejado caer el abanico de plumas, el cocinero abandona en el horno la cacerola, la salsa y todo...

Toda la colonia se indigna, las quejas llegan hasta Bruselas.

¡En vano, pues las metrópolis son todas iguales! Todas igualmente dispuestas, con el menor pretexto político, jurídico o sentimental, a exponer a sus pioneros de ultramar a la ruina, al odio fanático de los salvajes, al exterminio... Y he aquí que Bruselas, voluntariamente ciega, no ve el delito. So capa de libertad religiosa en el Congo como en Bélgica, se desinteresa de esta agitación supersticiosa que turba el orden público, arruina el comercio, paraliza las obras públicas, vacía los hospitales, molesta a los ciudadanos tranquilos y por consiguiente se asemeja a una subversión.

En una palabra, los colonos no pueden contar sino con sus propias fuerzas. Entonces (pues la colonia es la misma en todas partes) se pone el asunto en manos de un tribunal militar, el cual resuelve valientemente este asunto de milagros, de éxtasis, de conversiones y de profecías y, en quince días, despacha el caso excepcional mediante una condena a muerte en buena y debida forma, cortada a la medida.

La plena satisfacción de las gentes honradas no tuvo más sombra que una intervención de la metrópoli: el indulto concedido por el rey Alberto al miserable.

Y el justo partió con la cadena al cuello, bajo el látigo y el rebenque, para los trabajos forzados en los que murió treinta años más tarde, seguido por treinta y siete mil de sus adeptos, muchos de los cuales no habían esperado a ser perseguidos, sino que se habían presentado a los gendarmes con toda su familia, reclamando el martirio.

La iglesia que Simon Kimbangu fundó sin quererlo se proclama no-violenta.

Está constituida por católicos y protestantes que no se han rebelado jamás contra su iglesia, pero que han sido expulsados de las parroquias, y sus hijos de las escuelas y los patronatos.

Sufrió tan duras persecuciones que terminó por esconderse en la selva.

Un día, seiscientos fieles se reunieron en un claro del bosque y decidieron, por unanimidad, dirigir una carta al gobernador, anunciando su próxima llegada a la ciudad, ya que estaban cansados de vivir como animales acosados. Decían que, como todo cristiano, veían en la muerte una liberación, y pedían por lo tanto que se les concediera la gracia de ser fusilados todos juntos y rápidamente. La carta terminaba con bendiciones.

Se presentaron en el estadio Balduino a la hora fijada. El ejército les cerraba el paso. Pero, en lugar de ser recibidos a tiros como esperaban, se entregó a sus jefes una invitación del gobernador.

Resultó de la entrevista que se levantaron todas las prohibiciones, que pudieron celebrar su culto, vivir y trabajar libremente.

En medio de las convulsiones revolucionarias y de las rivalidades tribales, supieron conducirse como cristianos.

Forman comunidades fraternales, que se rigen por sabias reglas.

Someten las cuestiones difíciles a los ancianos, que elaboran su respuesta y su juicio orando juntos noche y día.

Son unos cinco millones.

En el Congo y en Colombia

Recordemos que el Movimiento de Liberación del Congo, el Abako, había llevado el país a la liberación por procedimientos propiamente gandhianos de boicot y de gobierno paralelo; sus declaraciones eran sencillas, dignas y justas.

Las matanzas y los destrozos que siguieron a la proclamación de la independencia han borrado el recuerdo y anulado los beneficios de aquel Movimiento.

Erase una vez, en Chile, un dictador que era al mismo tiempo un general y tenía en su mano el ejército, la policía y todos los poderes.

En esto, como ocurre en semejantes casos, los esbirros mataron a un niño.

Estalló entonces la revolución funeraria: toda la ciudad de Santiago desfiló tras el pequeño ataúd.

El dictador, que miraba la comitiva desde una ventana del palacio, detrás de los visillos, comprendió que lo mejor que podía hacer era marcharse.

Era un dictador inteligente.

Tan inteligente que, diez años después, volvió al poder y, aprovechando la lección, gobernó esta vez de manera muy honrada.

En mayo de 1957, en Colombia, la «dictadura mejor armada del hemisferio» se derrumbó en un día ante la resistencia unánime de la población, y en particular de las mujeres, que se hicieron detener en masa.

El día siguiente el dictador había abdicado. Otro dictador inteligente. ¡Quién hubiera creído que había tantos!

Luthuli

Son ejemplares el valor, la moderación, la dignidad, la obstinada buena voluntad, el fervor cristiano que ha desplegado Luthuli, jefe zulú de Grutville, en el país en que Gandhi llevó a cabo su primera y más brillante acción, en esa Sudáfrica en que, desde la marcha de los británicos, las clavijas opresoras del *apartheid* se han apretado todavía más sobre los autóctonos, confinados a reservas estrechas y estériles en las que reinan el hambre, la enfermedad y la desesperación. Su «campaña de desafío», sus boicots, sus procesos, sus encarcelamientos, han valido a sus perseguidores la reprobación del mundo entero.

Cito sus palabras [2]:

> En Camperdown..., llevando bandera blanca y sin piedras ni bastones, las mujeres se aproximaron a los comisarios expo-

[2] A. Luthuli, *Dejad marchar a mi pueblo*, Barcelona 1963.

niendo sus peticiones. La policía fue a su encuentro. Al mismo tiempo, se dio la orden de dispersión y la orden de atacar con porras. Las mujeres fueron apaleadas. En Ixopo, donde la organización era muy eficiente, las mujeres salieron al encuentro con una táctica propia. Cuando recibieron la orden de dispersarse, empezaron a caer de rodillas y a rezar. La policía empezó a dar vueltas sin saber qué hacer...

En el epílogo del libro:

Pero la lucha continúa, con o sin arrestos, deportaciones o cárceles. No luchamos con fusiles y con violencias... La lucha continúa tanto dentro de la cárcel como fuera de ella, y cada vez que los crueles hieren o matan a los indefensos, pierden terreno.

Los supremacistas se engañan creyendo que se trata de una batalla de número, una batalla de razas, una batalla de armamentos modernos contra armamentos antiguos; no es esto. Es la verdad contra la mentira, el bien contra el mal, la fuerza de lo enfermizo, torcido, mutilado, contra el deseo de salud. Se complacen hiriendo la mente y el cuerpo del hombre débil. Abrazan todo aquello que hiere su propia alma.

Cérésole, Dorothy Day, Danilo

El solitario, oscuro y silencioso sacrificio de los objetores de conciencia en todos los países de Europa y de América no llegará a resolver el problema de la guerra, pues el ejército no es sino su instrumento, no su causa, y el «no» del objetor deja intacta la causa permanente de las guerras. Por lo menos, llegarán a hacer que se reconozca un derecho fundamental del hombre, que las democracias pisotean como nunca lo hicieron los imperios bárbaros: el derecho de no matar.

El suizo Pierre Cérésole fue uno de ellos. No sólo dijo «no» al servicio armado, sino también a los impuestos de guerra y, renunciando a su herencia, fue a vagabundear por el

vasto mundo, ofreciendo sus servicios a los que le albergaban. Al final de la primera guerra mundial hizo pasar la objeción de conciencia de lo negativo a lo positivo e instauró, como contrapartida del servicio militar obligatorio, un Servicio civil internacional voluntario para socorrer a las poblaciones afligidas por calamidades, en particular por las devastaciones de la guerra. ¡Bien pequeño es este ejército de la paz ante el inmenso combate que no había comenzado hasta ahora, por falta de combatientes!

Más pequeña todavía es la orden laboriosa del Arca, única sin embargo en esto: es al mismo tiempo una escuela de vida interior, y la no-violencia encuentra en ella aplicación en todos los planos: religioso, educativo, médico, social, judicial, económico, estético, dietético.

En los Estados Unidos, un grupo de católicos dirigido por Dorothy Day y Ammon Hennacy publica un periódico que se titula *The Catholic Worker*. Se distinguen por su audacia, su caridad y su buen sentido (que les hacen pasar por una especie de locos). Cada año conmemoran, mediante ayunos públicos de expiación, el crimen de Hiroshima, se oponen al servicio militar y a pagar impuestos para la guerra, se presentan en los campos de experimentación de la bomba, se hacen detener por la policía e incendiar por los vecinos, practican la pobreza voluntaria, fundan asilos de vagabundos y comunidades rurales y cometen otras extravagancias de ese género.

Viene en fin el bandido de Sicilia, el más molesto enemigo, entre todos los bandidos, de la beata tranquilidad de la gente de bien: Danilo Dolci. Hombre que es todo bondad, de sencillez perfecta, joven y sin embargo ya sabio, paciente pero fuerte como un toro, está hecho, me atrevo a decirlo, de la madera de un Gandhi. La elevación de los pobres a la que se da mediante el sacrificio de la presencia y la perpetua disponibilidad en medio de ellos, mediante los ayunos y las peticiones de ayuda al mundo entero, es una empresa que se parece a las del abate Pierre y el doctor Schweitzer, las cuales pueden incluirse, a mi juicio, en la historia de la no-violencia

revolucionaria, por lo que tienen de interpelación a la conciencia de todos, y por esa punta de «cólera de amor» que nunca puede faltar en la fuerza-de-la-verdad.

En Noruega

La invasión de la pacífica Noruega en abril de 1940 fue rápida, y la ocupación, al principio, bastante suave.

La resistencia clandestina empezó inmediatamente. La traición también, bajo la forma del gobierno Quisling y de la Hird, la Gestapo noruega.

Quisling había concebido el proyecto de copiar las corporaciones fascistas. Fue disuelto el sindicato del personal docente, y los profesores fueron inscritos de oficio en la nueva corporación. Entre tanto, se encuadraba a los escolares de 10 a 18 años en un *sameling* imitado de las «juventudes hitlerianas».

El 20 de febrero de 1942, de un total de doce mil profesores, de ocho a diez mil presentaron su dimisión mediante sendas cartas que echaron al correo el mismo día.

El 24, los obispos de la iglesia estatal presentaron su dimisión, sin dejar por ello de proseguir su misión espiritual.

El 26, el gobierno amenazó a los dimisionarios con multas y persecuciones y anunció el cierre de las escuelas por «falta de combustible».

El combustible afluyó a las escuelas, así como los subsidios a los patriotas en paro, mientras que los carteros llevaban sacos con decenas de millares de quejas y reclamaciones a causa del cierre de las escuelas.

El 20 de marzo fueron detenidos mil profesores, 650 de los cuales fueron concentrados en el campo de Grini.

Después, de campo en campo, en vagones de ganado, siempre hacia el norte y hacia la nieve.

Se les sometió a trabajos forzados como trasladar la nieve a paletadas, a la «gimnasia» de arrastrarse por la nieve boca abajo y a la acción psicológica de las órdenes y contraórdenes

gritadas por el altavoz. Brutalidades científicas cuyo fin es quebrar la voluntad y perturbar la razón. Cada semana se les convocaba para hacerles retirar su protesta y reincorporarse a su puesto «voluntariamente».

Algunos enfermos fueron retirados, pero fueron raros los que cedieron.

Abrumados por los rudos trabajos y por las grandes y pequeñas miserias, por la preocupación de encontrar un poco de pan, un poco de calor, estaban muy lejos de imaginar que Noruega los exaltaba como héroes, y cuanto más tiempo pasaba más se pensaba en ellos.

Durante ese tiempo las escuelas habían vuelto a abrir sus puertas y los otros profesores habían ocupado de nuevo su puesto, pero sin aceptar la corporación. A las consignas oficiales que recibían, oponían una incomprensión obstinada, pedían explicaciones, y luego explicaciones de la explicación.

Quisling, exasperado, aullaba de rabia y de despecho. Por último, Hitler intervino para poner fin a la «experiencia».

En el momento en que la mortal noche polar iba a caer sobre ellos, los cautivos fueron conducidos por mar a sus hogares. En cada escala fueron homenajeados, colmados de flores y golosinas, a pesar de la penuria.

Los que realizaron esta resistencia ejemplar no tenían de la no-violencia sino nociones vagas, extraídas de antiguas lecturas. Descubrieron todas las reglas de la no-violencia bajo la doble presión de los acontecimientos y de la fuerza de su convicción. La unanimidad de los combatientes, su prontitud para captar las órdenes transmitidas a medias palabras y para ejecutarlas con exactitud, fueron las claves de su éxito.

En Dinamarca

A veces se pregunta: ¿Qué podía la no-violencia de los judíos ante la persecución nazi?

La respuesta es: nada.

Esto no quiere decir que la no-violencia no pudiera hacer nada por ellos. Pero eran otros quienes tenían que recurrir a ella para defender a los judíos.

«Si te abofetean en una mejilla, presentarás la otra» quiere decir: «Si abofetean a tu hermano en la mejilla, presentarás inmediatamente la tuya».

A los cristianos tocaba presentar su mejilla.

Rara vez lo hicieron, salvo en Dinamarca y Holanda.

La ocupación en Dinamarca se había hecho sin disparar un tiro; el viejo rey había conservado el trono y, para evitar lo peor, mantenía con el ocupante relaciones correctas.

En cuanto supo que se obligaba a los judíos a llevar la estrella amarilla, dio su paseo habitual, a pie por las calles de la capital, llevando en el ojal «ese signo sagrado, caro a todos los que creen en las Escrituras», lanzando así la moda.

Los nazis contuvieron la cólera, pero no supieron qué hacer y fue aplazada la hora de las persecuciones.

Pero como ésta se precisaba y parecía ya inevitable, el rey envió un mensaje a su buen primo el rey de Suecia, invocando su hospitalidad legendaria en favor de «nuestros compatriotas en dificultad». Hizo embarcar, de noche, a todas las familias judías.

En Holanda, en la misma época, un director de teatro, empujado al proscenio por las SS, tuvo que declarar que no se levantaría el telón mientras no abandonaran la sala los judíos que se encontraban en ella.

La sala se vació por completo, y no tuvo necesidad de levantar el telón.

He ahí el tipo de cosas que la multitud de las personas honradas habría debido hacer en lugar de indignarse en el vacío, y se hubiera contenido aquella marea de horror.

El sacrificio del pastor King

Desde que se escribieron estas líneas (1958), el movimiento de Martin Luther King tomó una amplitud comparable al *satyagraha* de Gandhi.

Concentraciones innumerables, marchas a través del país, piquetes ante los comercios que excluían a los negros, intrusiones en los restaurantes en donde no se les quería servir. La dignidad de estos hijos de esclavos, tanto como su valentía al hacer frente a las porras y a las mangueras que escupían agua mezclada con ácido corrosivo, despertaron la admiración del mundo entero. Hay que decir, para salvar el honor de nuestra raza, que numerosos blancos entraron en sus filas y soportaron los mismos malos tratos.

El jefe sufrió procesos, cárceles, injurias, amenazas, atentados mediante bombas, y sucumbió en la flor de la vida. El movimiento decapitado se vio sumergido por la cólera brutal del Black Power y sobre todo por la inercia de las masas.

Victoria de la violencia, se dirá. Pero preguntémonos quién gana con esas victorias y esperemos el final.

Praga

La resistencia no-violenta del pueblo checo a la ocupación rusa fue unánime y espontánea. No tuvo jefe conocido. Desconcertó al invasor durante largos meses. Después terminó por ceder a una presión sistemática. Una victoria más que apenas aprovecha a los vencedores. Pues les valió el desvío de numerosos partidarios de todos los países, causó disensiones internas, desenmascaró su imperialismo y su tiranía a los ojos de aquellos a quienes el aplastamiento de Hungría no había sido bastante elocuente.

Las marchas de pascua

En Inglaterra, el pacífico ataque a los centros atómicos siguió en pocos meses a nuestra incursión a Marcoule.

Después, todos los años, hubo la marcha de pascua a la fábrica atómica de Aldermaston, inspirada por el canónigo

Collins (de la catedral de San Pablo). Una inmensa multitud ocupaba Trafalgar Square para escuchar su discurso. Pero un alegre desorden anuló la fuerza del número. La falta de compostura y de seriedad desacreditó una causa tan grande.

Un antiguo lord inglés, Bertrand Russell, supo dejar a un lado su ciencia y su altiva ironía para sentarse en el bordillo de la acera, soportar la prisión y hacer otros gestos llamativos para disuadir a los hombres del suicidio, mas fue en vano.

Contra la guerra del Vietnam

En los Estados Unidos, los resistentes a la guerra del Vietnam se han negado al servicio militar por decenas de millares. (No hablo de las deserciones pues la moral no-violenta reprueba ese procedimiento). Se entregan a manifestaciones en masa cada vez más importantes, hacen hogueras de cartillas militares en la Quinta Avenida. Algunos invaden las oficinas de reclutamiento y manchan con su sangre los ficheros. Algunos llevan su atroz coraje hasta ayunar cien días, otros hasta rociarse con petróleo y arder vivos, siguiendo el ejemplo de los bonzos de Saigón. La acción decisiva que pone fin a semejantes guerras no tiene lugar en los campos de batalla, sino sobre el asfalto de las capitales.

Obtención del estatuto de los objetores

En Francia, conjuntamente con la campaña de voluntarios para la prisión en favor de los objetores de conciencia [3], Louis Lecoin emprendió un ayuno y declaró que no lo interrumpiría mientras no fuera liberado el último refractario. Los grupos de Acción cívica se asociaron a los anarquistas para encabezar los cortejos, firmar peticiones, formar parte de delegaciones en visita a los ministerios. Al cabo de veintiún días, habiendo obtenido promesas del gobierno y cediendo a los ruegos de los amigos, el buen anciano renunció a morir. Su gesto contribuyó de manera decisiva a la obtención del estatuto de los objetores en Francia, y por carambola en Bélgica.

[3] Cuyo relato se ha hecho en otra parte de este libro.

Después de la campaña de la Acción cívica no-violenta ningún movimiento de envergadura nacional se produjo en Francia. Pero los grupos y grupúsculos de estudio y de acción se multiplicaron, y la popularidad de la doctrina creció, suscitando el fervor de unos y la exasperación de otros (exasperación igual en la extrema derecha y en la extrema izquierda).

En Francia

Dos pilotos de la aviación militar, destinados a participar en los ensayos nucleares, en el Pacífico, hubieron de advertir el carácter criminal de la tarea, presentaron su dimisión, sufrieron las penas disciplinarias de rigor y, de regreso, fundaron en Toulouse un centro de reuniones y coordinación sobre la no-violencia.

El pastor René Cruse presentó su candidatura a la presidencia de la república ofreciendo por todo programa la abolición de la bomba. Nunca vacila en salir a la calle, con sus seguidores, teniendo en la mano una misma cadena, para significar nuestro estado de ciudadanos.

El obispo de Orleáns acudió ante el tribunal de su ciudad como testigo y para responder de la moralidad de dos sacerdotes y de un joven profesor acusados de haber devuelto su cartilla militar.

Este último, Jean-Marie Muller, se ha dado a conocer después por un excelente libro titulado *L'évangile de la non-violence,* por giras de conferencias y ayunos de protesta contra el tráfico de armas.

Jean Goss, aunque francés, más concretamente parisino, opera fuera. Su palabra popular y profética se vuelca sobre

los prelados del Vaticano como sobre las multitudes reunidas en la Plaza Roja de Moscú. Ha hecho giras, ayudado por su mujer, predicando a los pueblos de América latina, agitando los sindicatos, los seminarios, los obispados. En Brasil logró impedir choques sangrientos llevando a los revolucionarios a utilizar las armas de la persuasión y a experimentar ellos mismos la eficacia de esas armas.

La cruz, el pez y el báculo

En Recife, en el Brasil, los pescadores arruinados por una fábrica que envenenaba la costa con sus aguas residuales quisieron manifestarse, pero tropezaron con una barrera de la policía. Recurrieron a su buen arzobispo, quien les dijo: «Sí, las manifestaciones están prohibidas, pero no las procesiones. Yo encabezaré la procesión y vosotros me seguiréis».

La cruz avanzó por las calles, velada por una red de pescador en la que se balanceaba un pez muerto. La procesión se acercó a la fábrica. El arzobispo, tocado con su mitra, se dirigió a los directores, a los obreros, a los policías, como a sus hijos: «¿Cuántos hombres son necesarios para excavar los fosos depuradores?». «Dos mil por lo menos», le respondieron. «¿Cuántos obreros parados tenemos?». «Diez mil...». Las obras empezaron al día siguiente y los pescadores regresaron a sus redes.

Hemos conocido a dom Hélder Câmara, arzobispo de Recife, con su cruz de madera, en Roma, durante el concilio. Nos recibió con los brazos abiertos, pues sus brazos se abren fácilmente, así como su corazón. Nos prometió sostener nuestras tesis ante las comisiones encargadas de preparar las proposiciones para las votaciones.

Siete españoles amigos, entre ellos dos chicas, han conocido la prisión y fueron procesados por haber pedido que se les encerrara por solidaridad con José Luis Beúnza, objetor de conciencia católico. Acompañados por voluntarios de varios países, habían atravesado Francia, a pie, habiendo partido de Ginebra, y se habían entregado en la frontera de los Pirineos.

El estatuto de los objetores de conciencia españoles está, pues, en marcha.

César Chávez, capitán de los desarmados

¿Sabe el lector que en esta segunda mitad del siglo XX, una de las provincias estadounidenses más prósperas y célebres, California, conoce todas las miserias del tercer mundo?

País agrícola pero de agricultura industrial, ricas explotaciones de miles de hectáreas niveladas, encuadradas, alineadas, en régimen de alto rendimiento.

Todo lo que cubría antaño este país de clima paradisíaco, el bosque con sus pájaros, los ríos y sus curvas, las aldeas y su campanario, los campos y los chaparrales, las poblaciones de mejicanos hispanizados y cristianizados, todo fue rigurosamente extirpado, apartado, rechazado.

Los obreros agrícolas autóctonos, o importados de Puerto Rico o del Japón, son contratados en su gran mayoría para la vendimia o los demás trabajos por el más bajo salario, en las condiciones más duras, y devueltos después a su miseria.

Trabajan bajo un ardiente sol de plomo, empapados de sudor y de zumo de uva, atormentados por los insectos, infectados por los pesticidas, sin agua potable a su alcance.

La asistencia social, la asistencia médica, el salario mínimo vital, las vacaciones, la escuela para los niños, los contratos colectivos, el derecho de queja, la jubilación, todas las conquistas del proletariado en las otras provincias, no existen aquí. Su condición es mucho peor que la de los negros.

Ciertamente hubo movimientos de rebeldía, pero pronto fueron reprimidos, pues la fuerza armada está al servicio de los grandes propietarios; hubo huelgas, pero al otro lado de la cercana frontera pueden reclutarse todos los mejicanos pobres que se quiera para sustituir a los recalcitrantes.

Todo esto, César Chávez lo sabía cuando, en 1962, se propuso constituir un sindicato y poner en juego la fuerza del pobre, que es el número y la unión. Lo sabía pues él era uno de ellos, educado al azar de los campos de trabajo. No se distingue de ellos ni por la estatura ni por los rasgos, sino por el genio y las virtudes del jefe —y del jefe no-violento— que se revelan en cuanto se dirige a su gente y les habla, uno a uno o en multitud.

Es pobre y quiere seguir siéndolo, se contenta con el salario del último de los últimos. Es sobrio en palabras, reflexivo, devoto. Es firme, digno y respetuoso en sus relaciones con el adversario. Para él «la vida humana es un absoluto» contra el que no hay que atentar a ningún precio.

Se establece pues en Delano, centro del valle vitícola, y trabaja tres años en la sombra, agrupando, organizando, instruyendo a sus militantes.

Les lanza después a una huelga y les mantiene en ella durante cinco años. Mediante una marcha sobre Sacramento atrae la atención del país sobre su movimiento y la justicia de su causa. Gana el apoyo de los sindicatos obreros, de los liberales, de la iglesia.

La lucha es dura sobre el terreno. Los piquetes de huelga tienen que soportar vejaciones sin número. Ya no es posible, como antaño, fusilarlos simplemente, o embadurnar a los hombres con alquitrán y emplumarlos como se hacía en 1933. Pero es posible rociarlos con sulfato, cubrirlos de polvo mediante maniobras del tractor y herirlos por descuido, al pasar.

Además es muy difícil impedir la entrada en juego de los rompehuelgas, importados clandestinamente; por otra parte son pobres de extrema indigencia y, si se les hace abandonar la viña, ¿cómo se alimentarán? Cundía la fatiga, la desesperación y, lo que es peor, la cólera.

Entonces Chávez, después de un ayuno de veinticinco días, amplió la maniobra y dispersó a los hombres por todo el territorio, colocó sus piquetes ante los supermercados y los grandes almacenes de las ciudades, recorrió él mismo el

país, pidiendo la ayuda del público. Su llamada fue escuchada hasta el Canadá, hasta Inglaterra. La venta de la uva bajó, cajas enteras eran arrojadas al mar, los obreros portuarios se negaban a cargar los barcos.

Los potentados capitularon uno tras otro.

La lucha continúa, se extiende a otras regiones. El vencedor se encuentra en prisión en la actualidad (1971).

No se trata de salarios, se trata de dignidad. «Es una revolución de corazón y de espíritu». No se trata de política ni de ideología. Se trata de salud, de instrucción, de conciencia, de relaciones humanas entre los hombres.

Conversión en la iglesia

¿Cómo pasar en silencio los inmensos pasos dados por la iglesia en el camino de la paz con la encíclica de Juan XXIII, *Pacem in terris,* y después de ella?

Ante todo en el terreno de la reconciliación religiosa, que es su propio campo, mediante la apertura hacia la iglesia oriental, hacia la iglesia anglo-católica, y mediante el levantamiento de prohibiciones y condenas frente a la masonería y el comunismo perseguidor.

Después mediante intervenciones cada vez más insistentes y precisas en favor de la justicia social, de la paz entre las naciones y del respeto de los hombres de todas las razas, de todas las confesiones, de todos los niveles de cultura.

Además de dom Hélder Câmara, varios obispos de América latina han abrazado la causa de los más pobres y algunos han distribuido las tierras de la diócesis.

La asamblea de los obispos de Francia elevó su voz contra la tortura durante la guerra de Argelia. Se vio en Orán, en medio de un tiroteo, a un sacerdote salir de la iglesia con los brazos abiertos y atravesar la plaza, mientras que los tiros cesaban.

La expresión no-violencia no aparece todavía en la encíclica. Hace una tímida aparición en la *Constitución pastoral*

del Concilio bajo la forma «*sine violentia*». Aparece explícitamente, con frecuencia creciente, en los discursos de Pablo VI.

Algunos religiosos de cabeza caliente y algunos sacerdotes obreros, dispuestos a abandonar el cáliz para tomar la metralleta, han tratado ciertamente de predicar una «teología de la violencia», que no es sino el plato recalentado de la «guerra justa». Pero la madre iglesia no está dispuesta a suscribir este error.

El cardenal Ottaviani, examinada la doctrina tradicional, observa que ninguno de los motivos enumerados por santo Tomás para justificar una guerra es aplicable a las guerras modernas. Y mucho menos para justificar una guerra civil.

En fin, las comisiones vaticanas, empezando por la de América del norte, han recogido valientemente todas las tesis discretamente avanzadas por el concilio y, recordando las virtudes viriles de la no-violencia evangélica, devuelven a la sal su sabor salado.

Los dos grandes descubrimientos del siglo

Las guerras mundiales del siglo XX han tenido una respuesta y una compensación: esa respuesta, esa compensación, es la epopeya gandhiana.

¡Que oiga el que tenga oídos para oír! ¡Que el que no esté ensordecido por el miedo y el ruido, el que no esté cegado por la codicia o el odio, capte la significación de ese paraleio! ¡Y que nadie diga que la Providencia no vela, y que el mundo es absurdo!

Los dos grandes descubrimientos del siglo son: la bomba atómica y la fuerza de la verdad o no-violencia. No es un azar que se hayan revelado al mismo tiempo. Hay un vínculo lógico entre ellas: el mismo que existe entre la potencia de las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida. Ahora, la lógica nos exige elegir.

El que no elige resueltamente la vía estrecha de la no-violencia y no brega contra la corriente general, trabaja con

los otros en la bomba y fabrica su muerte. La bomba es la suprema obra maestra de la ciencia y de la técnica modernas. Es el fin y el término de todas las empresas de esta civilización. Es la firma del sistema. Que el que tenga ojos lea, que distinga las letras de la firma: Satán.

El porvenir

¿Cuál es el porvenir de la no-violencia en occidente? La cuestión podría también plantearse en estos términos: ¿Tiene el occidente un porvenir?

Pues es evidente que las rivalidades nacionales y sociales por una parte, las excrecencias de la ciencia y de la técnica por otra, conducen, como dos raíles de una vía, derechamente al abismo.

La buena nueva, la única cosa eternamente nueva, es que otro camino está abierto.

No hay que desdeñarlo como demasiado fácil: no es reposado el camino de la paz, no es suave el camino que llevará a los mansos a la posesión de la tierra.

Tampoco hay que volverle la espalda por creerlo inaccesible y decir con una nefasta modestia: nosotros no somos santos.

Se trata de ser hombres. ¡Se trata de no perecer en cuerpo y alma!

APENDICES

NO-VIOLENCIA*

Durante veinte días

En este barrio de Clichy de casas bajas, tan negras que recuerdan las viviendas de mineros del norte, reina durante este comienzo de la semana santa una animación inhabitual. Jóvenes, periodistas, sacerdotes en sotana, pastores vestidos de paisano, entran y salen por una pequeña puerta de la calle Landy. Tres hombres muy delgados, barbudos, vestidos con pantalones marrones y blusones azul celeste, pies desnudos en las sandalias, deambulan en un cobertizo provisto de bancos de madera. Son Bernard Gaschard, agricultor; Pierre Parodi, doctor en medicina; Lanza del Vasto, escritor.

Los tres han empezado el 31 de marzo un ayuno público de veinte días. Hasta el sábado santo por la noche, no tomarán sino agua. Ninguno de ellos había hasta ahora ayunado más de diez días. Uno de los dos compañeros de Lanza está muy fatigado. La razón de este sacrificio voluntario es Argelia: son las atrocidades que se cometen a uno y otro lado.

* Artículo de *L'Express* sobre el ayuno de Lanza del Vasto.

Dos dramas

Varios acontecimientos han llevado a estos adeptos de la no-violencia a este gesto extremo. Un amigo de la comunidad que habían fundado en Bollène (Vaucluse) fue asesinado hace un año en un zoco tunecino. Sus compañeros de regimiento le llamaban el Cristo: él se había negado a llevar armas y dedicaba su tiempo a cuidar enfermos e inválidos. A su entierro acudieron varios centenares de musulmanes.

Un compañero del «Arca» —es el nombre de la comunidad— ha regresado recientemente de Argelia. Ha sido testigo allí de las torturas infligidas a un musulmán sospechoso de veintiséis años, un boxeador llamado Mouloud Medaouri. Después de veinticuatro horas de suplicio, el joven argelino murió.

Estas extorsiones cometidas en ambos bandos han decidido a Lanza del Vasto a salir del medio retiro en que se había encerrado desde la liberación.

El escritor, de estatura elevada, mirada azul penetrante, se convirtió a la no-violencia con ocasión de un viaje de dos años que realizó a la India en 1936, cuando descubrió a los swamis, los gurús, a Gandhi, un universo extraño de misterio, de absoluto y de santidad que él describe en su célebre *Peregrinación a las fuentes*.

La figura de Gandhi le impresiona, así como los resultados concretos de su acción no-violenta de «Bapu». De regreso a pie del oriente, acaricia proyectos de creación de un *ashram* (comunidad gandhiana) en Francia. Pero cuando llega a Jerusalén es para ver los tanques patrullando ante los Santos Lugares, y la alerta de Checoslovaquia, en 1938, significó el entierro de las esperanzas de paz en occidente. Durante la guerra medita, trabaja, escribe y sienta las bases de una nueva orden, el «Arca», en la que podrán entrar todos los creyentes.

Un llamamiento conmovedor

Muchos jóvenes vienen a escuchar, en 1945-1946, los

comentarios al evangelio que hace en una vieja casa del barrio de Saint-Paul. Con algunos de ellos, funda su primera comunidad en Tournier. La vida que allí se lleva está calcada de la de un *ashram* hindú: trabajo manual, pobreza absoluta, régimen alimenticio vegetariano, oposición a la mecánica y a los instrumentos de la técnica moderna. Los ejercicios de yoga favorecen en los discípulos la meditación y la vida espiritual. Treinta y cinco personas —con mujeres y niños— viven hoy en Bollène, a donde la comunidad se ha trasladado hace dos años. La orden no cuenta todavía sino una veintena de compañeros que han pronunciado votos. Pero su influencia va infinitamente más allá de ese pequeño número.

Numerosos religiosos se han sentido sobrecogidos al leer el texto del llamamiento a la conciencia francesa y a los dirigentes del FLN, que Lanza ha hecho público al comienzo de su ayuno. Varios párrocos de París le han pedido que vaya a terminarlo en su parroquia. Aquí y allá, en la capital y en provincias, creyentes de todas las confesiones, reclutas, estudiantes, han ayunado igualmente. En Estrasburgo, los estudiantes católicos, protestantes y judíos observaron un día de ayuno al comienzo del Ramadán. En Argelia misma, numerosos musulmanes, que desaprueban las exacciones cometidas de uno y otro lado, se han sentido profundamente conmovidos por este gesto sin precedentes. En Marruecos, el semanario *Al Istiqlal* reprodujo íntegramente el llamamiento a la no-violencia del escritor.

19 de abril de 1957

Cuatro criminales*

Este miércoles 22 de noviembre (1961) tiene lugar en Carpentras la vista del juicio de cuatro peligrosos individuos,

* Artículo del *Canard Enchainé*, publicado la víspera del juicio de Carpentras.

los llamados Joseph Pyronnet, Marie Faugeron, Simone Pacot y Jacques Tinel, miembros responsables de la «Acción cívica no-violenta», acusados de «incitación de militares a la desobediencia». Siempre en primer plano de la información, el *Canard* ha podido conseguir una copia de la requisitoria que pronunciará el ministerio público. He aquí el documento:

Señores jueces:

Tenéis ante vosotros a cuatro malhechores públicos de la más temible especie: la especie de los no-violentos. Para decirlo todo: ¡cuatro apologistas del no-homicidio!

En la hora en que vivimos —si se me permite expresarme así, pues para muchos otros esta hora es la última— la acción de estos criminales es un verdadero desafío a nuestras instituciones, a la sociedad... Sí, señores jueces, si por desgracia su doctrina triunfara, todos los apoyos de la vida francesa quedarían resquebrajados. El gobierno nacido de la violencia del 13 de mayo se hundiría como un golpe de bazeoka en pleno corazón; nuestros compatriotas no conocerían ya ese «suspense» viril que les hace preguntarse si al regresar a sus casas no encontrarán su apartamento destruido por bombas de plástico colocadas por desconocidos que no comparten sus opiniones públicas, o incluso si una bala perdida o una puñalada en la nuca no les impedirá regresar a sus casas...

...Es bastante, señores. ¡La causa está lista para sentencia!

Impondréis a estos tristes sujetos la pena que merecen en su grado máximo. Tras lo cual, escribiréis al ministro de justicia para pedirle que se les niegue, en la cárcel, el beneficio del régimen político. En efecto, sería peligroso que contaminaran a los héroes de uno u otro campo. Los efectos indirectos de la no-violencia, no lo olvidéis, son todavía más peligrosos que los de la bomba atómica.

¡Gracias a vosotros, miembros del tribunal de Carpentras, gracias a vuestra sentencia histórica, la no-violencia no pasará!

R. Treno

Junto a una enorme granja situada en el valle se extienden las trincheras. Los centinelas, arma en ristre, vigilan día y noche los puntos de donde podría salir el «adversario». Con luces de batería, provisionados diariamente por un convoy y en contacto permanente por radio con el cuartel general, unos 60 soldados montan guardia bajo la bandera tricolor francesa. El escenario tiene el aspecto de una plaza militar en zona peligrosa.

Estamos en Francia, en El Aveyron, granja de La Cavailès, en la meseta del Larzac.

En octubre de 1976 esta granja abandonada con sus tierras fue adquirida por el ejército: una de las operaciones de extensión progresiva del campo militar. Inmediatamente, dos jóvenes agricultores la ocuparon y a las 48 horas fue «desalojada» por la tropa que allí se encerró y montó guardia. No obstante, los campesinos siguen «al asalto» más allá de las defensas. Han edificado una casa y un redil. Con un tractor laboran y siembran la explanada del fortín; las judías de la huerta cuelgan de las alambradas. La ocupan y trabajan cuatro pastores de unos 23 años. Y completan el asedio unas 60 ovejas. Muy pronto reunirán 200 cabezas en un redil que construyen.

La situación de este «fort Alamo» a la francesa es tan grotesca que algunas noches los reclutas saltan el muro y se van a tomar un café con sus sitiantes, que comparten las mismas condiciones pésimas de provisión y alojamiento. Olvidan las recomendaciones de sus oficiales: «No aceptéis cigarrillos, están drogados; no toquéis a sus mujeres, tienen sífilis». Tan sólo desean encontrar a gente de su edad y hablar con seriedad, en lugar de jugar a los cowboys y a los indios como idiotas.

Las fuerzas son desiguales. Por una parte el ejército, el gobierno, la administración, los tribunales y la ley. La extensión del campo de 3.000 a 16.700 ha. fue declarada de utilidad pública en diciembre de 1972 al término de una

encuesta pública hecha a bombo y platillo. Decisión que fue confirmada por el tribunal administrativo de Toulouse y el Consejo de Estado. Cuatro ministros (M. Debré, Galley, Soufflet y Bourges) afirmaron su determinación de llevar la operación a término. De momento, el ejército ya ha conseguido comprar amigablemente 5.700 ha. de las 13.700.

Pero tales compras «amigables» son raras. Los campesinos permanecen solidarios y afirman que el dinero no les interesa. 103 de ellos, el 28 de marzo de 1972, hacen juramento de «rechazar cualquier oferta de compra o indemnización por parte del ejército». Hasta el momento, sólo tres se han rajado, «proporción inferior al éxodo rural de cualquier cantón» —puntualizan ellos.

La municipalidad y los comerciantes apoyan la causa del ejército. Y algunas figuras de talla política. Alexandre Delmas, diputado por la región, propuso al ministro de la defensa M. Debré, extender el viejo campo militar del Larzac (3.000 ha. ya compradas en 1902), aludiendo a una carta de 1963 firmada por ocho campesinos en la que pedían al ejército que les comprara sus tierras.

Pero el parlamentario y el ministro olvidan que desde 1965 el Larzac comienza a renacer. Los jóvenes sucedieron a sus viejos. Otros ciudadanos y colonos, seducidos por los grandes espacios recobraron propiedades. Equipados con potentes máquinas —y endeudados—, roturan y abonan la tierra y mejoran la raza de ovejas. Mecanizan la cría y triplican las ventas de leche a las bodegas de Roquefort. Las cooperativas de explotación y de material eran tan numerosas que convirtieron el Larzac en una zona ejemplar de desarrollo agrícola.

Estos nuevos campesinos laboriosos y emprendedores iban a misa y votaban por la derecha. En mayo del 68 aplaudían a las F.O.P. Respetaban al ejército, aunque los blindados británicos les irritaran por sus operaciones en medio de los pastos.

Cuando en 1970 comenzaron a circular rumores sobre la extensión del campo militar, se alzaron de hombros. Los

poderes públicos no podían ser tan inútiles como para dejar a los tanques unas tierras que se habían recuperado con tanto esfuerzo. Además, a todas luces, tendrían que consultarles previamente.

Cuál no sería la sorpresa y cólera de los campesinos, cuando se enteraron el 28 de octubre de 1971 en el diario televisado que el ministro de defensa había decidido tomar casi 14.000 ha. para que las brigadas móviles (4.600 hombres y 1.200 vehículos) pudieran disparar y desplegarse a su antojo.

Ante este desprecio de los delegados, de la administración, del gobierno y del ejército dijeron: ¡NO!

Con determinación, pero sin fanatismo, los campesinos comienzan a actuar. Firman un compromiso mutuo de solidaridad —el juramento de los «103»— y en él se mantienen. Cuando M. Debré les propone negociar, envían dos delegados a parlamentar. Pero zanjan el encuentro pues la decisión «ya estaba tomada». Cuando el gobierno en 1973, de nuevo envía un mediador encargado de hallar un acuerdo, le quitan el informe y lo publican.

A pesar de su testarudez, los campesinos son flexibles en la acción. Al principio admiten los consejos de los maoístas salidos del mayo-68. Pero enseguida comprenden que la violencia conduce a un callejón sin salida. Muchos diputados, representantes de sindicatos y organismos profesionales, partidos, asociaciones e incluso obispos, acudieron en defensa del Larzac. Los campesinos aceptan, pero saben que no pueden confiar su defensa a intermediarios.

Las gentes del Larzac son tan desconfiadas a propósito de las «estructuras» que ni ellos mismos forman asociación. No tienen presidente ni portavoz, las decisiones se toman colectivamente y los «golpes» se preparan entre voluntarios. Es una contestación autogestionada.

Sin embargo, se pone cuidado en no formar guetos. Se recibe a todo el mundo, escuchan. Reciben a Mitterrand y a los socialistas, «pero nunca se sabe —dicen— ¿un gobierno de izquierda se tomaría la molestia de irritar a los militares?». Acogen al general de La Bollardière (del Movimien-

to No-violento), a René Dumont, a simpatizantes del IRA e incluso indios de América. Todas las minorías se expresan y desquitan libremente en el curso de grandes fiestas sobre la meseta. Los campesinos dejan hacer y, una vez apagados los clamores, se quedan solos, capitanes de la nave.

Solos preparan sus operaciones con increíble imaginación: la marcha de tractores a París, la operación «abrir granjas», las hogueras encendidas sobre los acantilados que dan a la ciudad, la cosecha simbólica en ayuda del tercer mundo, labores salvajes, un panal de abejas que arrojan en la sala de oficiales, desfile militar convertido en alegre carnaval, ocupación de granjas abandonadas. Son incontables los «golpes» que han asestado y que han tenido que encajar los estrategas profesionales del ejército.

Los campesinos han atraído cuidadosamente las simpatías de la opinión pública. Mensualmente, desde hace tres años, 3.000 ejemplares de *Gardarem lo Larzac* salen hasta los confines del país con nuevas noticias. En la estación veraniega, autocares llenos de colegiales o agricultores llegan a visitar las granjas. Han creado tres Asociaciones Hipotecarias Agrícolas que han permitido comprar —gracias a sus 3.000 asociados—, más de 1.000 ha. En caso de expropiación ya no serían diez, sino 3.000 los propietarios alcanzados.

En la granja de Montredon, que se ubica dentro del perímetro del hipotético campo, se ha creado «Larzac université populaire» con 400 afiliados. Se imparten cursillos de formación y clases verdes, seminarios. Un centenar de comités-Larzac se reparten por toda Francia, así como una asociación que promueve la agricultura e incita a los contribuyentes a retener el 3 % de sus impuestos —lo equivalente al presupuesto para armamento. De este modo, en 1976, 2.000 personas invirtieron una suma de 100.000 fr. para construir la granja de la Blaquière, en una zona donde debieran estallar obuses del 155.

El alma de esta resistencia son los campesinos. «Si no defendiéramos más que nuestros intereses —dicen— hace tiempo que los habríamos vendido». Lo que constituye su

fuerza es casi una fe. Fueron literalmente convertidos a la no-violencia activa —y por tanto a la desobediencia civil— por Lanza del Vasto cuando estuvo ayunando en la meseta en el año 1972. Fueron seducidos por el sindicalismo autogestionario de los obreros de Lip, interesados en la reivindicación occitana. Y de aquí a una crítica radical, de las ventas de armas al tercer mundo, de la sociedad industrial, tecnocrática y centralizada.

El poder no lo ignora y por ello no puede echarse atrás. El interés general, la ley y el ejército deben seguir siendo los más fuertes. De momento no ponen en marcha el procedimiento fatal: detención de cisibilidad, expropiación y expulsiones, por las consecuencias que traería.

La lucha sigue en Larzac. Una de las acciones se inspiró en la simple lógica: ya que los militares ocupan los pastos con sus carros de combate, un buen día, los parisinos vieron pastar a sesenta ovejas en los jardines de la Escuela Militar y corretear por los Campos de Marte bajo la torre Eiffel.

El verano-76, 22 campesinos fueron detenidos en el campo militar. Habían entrado en las oficinas del capitán administrador destruyendo todos los dossiers de compra-venta de tierras concernientes a la extensión, exigiendo la inmediata detención de las compras. Acto seguido, se declararon culpables del delito. De mala gana fueron condenados por el tribunal de Millau y, por orden de París, puestos en libertad.

Larzac es hoy día el centro de reunión de todos los contestatarios franceses y un lugar de peregrinación. Se han dado manifestaciones de más de 100.000 personas. En el verano-74 una marea humana cubría las solitarias tierras como un tumulto de feria. Festejaron la cosecha. Los campesinos recogieron el trigo sembrado en las fincas del ejército destinándolo al Sahel desolado aquel año por la sequía.

Cualesquiera sean los resultados, el levantamiento del Larzac permanecerá como un «mal ejemplo» que demuestra cómo un gran estado democrático moderno no puede gran cosa contra un puñado de ciudadanos decididos, hábiles y no-violentos. Vertiginosa e intolerable lección...

REFERENCIAS

Los textos reunidos en este volumen fueron publicados por primera vez por Lanza del Vasto en el boletín interior de su comunidad: *Nouvelles de l'Arche,* cuyo primer número apareció en mayo de 1952. El texto *Definiciones de la no-violencia* (números 1 a 4) constituye dos capítulos de *Umbral de la vida interior. El problema de la bomba* se publicó por el autor en forma de folleto.